

---

# EL HECHO CATALÁN

*Pierre Vilar*

---

# EL HECHO PORTUGUÉS

*Joxe Azurmendi*

Reservados todos los derechos.  
Queda prohibido reproducir  
total o parcialmente esta obra  
por cualquier medio, sin permiso  
previo de esta Editorial.

- © Pierre Vilar y Joxe Azurmendi, respectivamente.  
© Argitaletxe HIRU, S.L.  
Apartado de Correos 184  
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)

*Diseño de la colección* SEDICIONES:

Eva Forest

*Maquetación:*

Eva Sastre

Impresión:

Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-**Navarra**)

ISBN: 84-89753-27-X

Depósito Legal: NA-1030-1999

# **EL HECHO CATALÁN**

*Pierre Vilar*

# **EL HECHO PORTUGUÉS**

*Joxe Azurmendi*

## EN AGRADECIMIENTO A PIERRE VILAR

La “cuestión nacional”: para empezar, podríamos entrar en el espinoso problema abordando los conceptos en juego para tratar de aclararnos un poco. Ya se sabe que en este tema hasta los conceptos más básicos son objeto de discusión: qué es una nación/nacionalidad, existen o no derechos colectivos, etc. Otro modo de adentrarnos en él podría ser el de unos pequeños apuntes biográficos de P. Vilar, procedimiento quizá no tan lógico, pero apenas menos interesante ni menos provechoso. Este eminente historiador ha contado en repetidas ocasiones cómo llegó él a interesarse primero por el caso de Cataluña y luego —contra todo lo que hubiera podido esperarse por aquellas fechas de un académico francés, y menos de un comunista— por la cuestión más general de las naciones sin Estado. Porque esto sí merece ser destacado desde estas primeras líneas: en los años en que en Francia y en España tantísimos intelectuales se las daban de progres e izquierdistas (espíritus de derecha empuñando conceptos de izquierda, según hoy podemos ya decir por expe-

riencia), Pierre Vilar ha sido seguramente el único historiador comunista, y uno de los muy pocos intelectuales de izquierda, con Bergamín, Eva Forest y Alfonso Sastre, y muy poquitos más, que por estos lares ha mantenido abierto el espíritu ante esta cuestión, sin doblegarse al imperio de los tópicos oficiales, que tenían a priori resuelto el tema con sólo catalogarlo como una “cuestión burguesa”.

P. Vilar, aunque occitano de Frontinhan “subido” a París, llegó como profesor del Institut Français a Barcelona en 1934, en pleno auge de los movimientos nacionalistas en el Estado, y a pesar de su formación académica como historiador, ignorante absoluto de la existencia de una “cuestión catalana”. En repetidas ocasiones ha tratado luego de explicarse a sí mismo y a sus lectores cómo ello fue posible. Y es que en Francia —dice— los “problemas de nacionalidad” no incluidos en el Tratado de Versalles eran inexistentes tanto en el sistema educativo como en el informativo. Además la confusión Estado-Nación formaba parte de las verdades elementales establecidas, tanto para Francia como para España. Y las evidencias teóricas dominantes en una comunidad resisten sin dificultad a la evidencia de los hechos. Sin duda de niño se ha sentido orgulloso de ser “del Midi” (como entre nosotros suele haber un orgullo de ser catalanes o vascos, gallegos), *pero* ello le situaba precisamente “en función del Hexágono”. En su juventud ha sentido cierta curiosidad por la lengua d’oc, *pero* ésta estaba considerada como “patois” (lengua de campesinos). Él no la dominaba. Sus padres la sabían, *pero* no la empleaban nunca; había sido la lengua de sus abuelos, *pero* sólo cuando eran jóvenes. Todos estos “peros” eran aceptados como he-

chos de una “evolución natural”. Un ejército de maestros, producto espontáneo, consciente, bien visto por el campesinado, en el que figuraban sus propios padres, le inculcaba (con toda naturalidad, es decir, sin autoritarismo, sin menosprecio de la tradición) una ideología francesa, patriótica, republicana, mientras todo “provincialismo” era considerado como una nostalgia del “antiguo régimen”. El joven P. Vilar se ha visto involucrado así en el proceso clásico de “subida” a París y de integración sin ningún problema en la Universidad “nacional”, donde historiadores y sociólogos se situaban fácilmente en la línea jacobina. El descubrimiento de la “cuestión catalana” en Barcelona, en forma de conciencia catalanista, será para él una sorpresa bajo diversos aspectos. ¿Qué es ser catalán, sentirse catalán? ¿Cómo surge esta conciencia, de qué se alimenta? “Por todo ello, la conclusión que extraje de mi primer contacto con el problema catalán fué la del *contraste*: al sur de los Pirineos, renacimiento lingüístico, exigencia política, ruptura con Madrid, viraje «a la izquierda» de las reivindicaciones catalanas; al Norte, color conservador de todo vestigio regionalista, desaparición aparentemente ineluctable de las diferencias entre «franceses»: la parte catalana del Midi no parecía resistir de modo particular. Llegué a considerar esta yuxtaposición de tendencias opuestas a un lado y otro de la frontera del Estado, sobre un fondo humano e histórico común, como un caso privilegiado de *experiencia comparativa* para un buen análisis de las relaciones entre *estructuras de Estado y estructuras de Nación*”.

Se manifiesta así que la “conciencia catalana” de una misma gente —catalana—, o la “conciencia nacional” de catalanes y occita-

nos, por ejemplo, discurre de muy diversa manera en las circunstancias de uno y otro Estado. Es claro que una pertenencia no se basa en una mención en un pasaporte: sin embargo, signos más importantes son menos concretos. Es claro también que el uso de un idioma, la interioridad de una cultura, no marcan de la misma manera a cada individuo. El historiador comprende pronto que las palabras “yo soy catalán” no serán dichas sin más por el hombre medio en un mismo sitio a través de los siglos, o en un mismo momento en todos los sitios de un conjunto de territorios: valencianos, mallorquines, inmigrantes rurales del siglo XVI o inmigrantes obreros actuales, podrían decirlo o no, decirlo hoy y mañana no, o no decirlo hoy y mañana sí. “La historia de las conciencias de grupo no queda configurada de una vez para siempre”. P. Vilar comienza a interesarse por la distribución y redistribución de los juegos —como él dice— en el tapiz de las pertenencias. “¿Quiere esto decir que en materia «nacional» todo es «psicología» y psicología siempre cambiante? En un sentido sí —como por definición—, porque se trata de fenómenos de conciencia, y porque toda historia es cambio. Pero estas «psicologías» y estos «cambios» que aparecen como *hechos* tienen *nombres*, vienen a ser *causas*, son también *consecuencias*, en ellos intervienen múltiples factores. Algunos de estos factores imponen —o, al menos, proponen— permanencias o tendencias. Otros, lentas evoluciones; otros, virajes bruscos. La tarea del historiador consiste en la reconstrucción de las combinaciones (...) entre las cosas y los seres, entre la materia y los espíritus, en las diversas temporalidades que corresponden a cada uno”<sup>2</sup>.

## Los llamados caracteres objetivos y subjetivos de la nación

Las naciones no son algo puramente subjetivo. Tampoco son realidades que estuvieran ahí, terminadas y fijas, como una especie natural invariable. El hecho nacional, dirá, más que como un concepto, debe ser entendido como un proyecto o como una materia que se va modelando. Para comprender este hecho es fundamental la historia. Pero P. Vilar no espera al siglo XIX para entender que sea legítimo hablar de naciones, según ha sido dogma en ciertas escuelas. Para él no sería inexacto ni anacrónico hablar de Cataluña como nación, y del Principado como de un precoz Estado-nación, ya en la Edad Media (entre 1250 y 1350). “Si hi ha «estats multinacionals», podríem dir que els Països Catalans, a partir del segle XIII, han format una nacionalitat multistàtica”<sup>3</sup>.

Entre los distintos factores históricos (¡y prehistóricos!) que pueden aparecer configurando la nación, hay uno que P. Vilar aprecia especialmente: es la lengua. Después de recordar que en la Edad Media la lengua es el único fundamento del concepto de nación (Santo Tomás habla de “nationes sive linguae”), pone de relieve el temprano “patriotismo lingüístico” de Muntaner, que no carece de sorprendentes rasgos modernos. Recuerda que, por otra parte, el sentido de la expresión “nación catalana” ha sido rigurosamente



lingüístico por lo menos hasta fines del siglo XVIII, sin presuponer ninguna referencia al contenido político-administrativo: es aplicada sin ninguna limitación a las gentes del Principado como del País Valenciano o de las Islas; y los barcos y galeras dirigidos por marineros de habla catalana dependen, hasta en el lejano Oriente, sin distinción, de los cónsules de la “nación catalana”. Independientemente de las formaciones político-administrativas, la realidad de la nación, y la unidad nacional (lingüística), ha sido reconocida con toda naturalidad hasta tiempos bastante recientes, que es cuando empiezan a predominar en la historia tendencias fuertemente interesadas en identificar nación y configuración política, viendo en ello el mejor modo de su propia legitimación. Simultáneamente se refuerza también el empeño del nuevo Estado-nación en imponer una única lengua a sus súbditos: consecuentemente, en la nueva conciencia nacional(ista), el valor de identificación de la lengua tendrá un carácter más agudizado, más consciente y combativo. “No podemos ignorar —escribe P. Vilar— que la lengua es probablemente el agente principal de una cristalización por donde progresa, como todo fenómeno afectivo, el complejo nacional que nace o renace. Cuando el lenguaje infantil, la enseña familiar, la toponimia popular contradicen la lengua escolar, el rótulo oficial, la geografía administrativa, las solidaridades y las oposiciones saltan, por así decir, a los oídos. Y entonces el poder central, llámese gobernador y guardia civil en 1920 o virrey y soldado de los tercios en 1640, aparece como doblemente molesto, por venir marcado por un signo extranjero. Añádase que en el siglo XX se ha visto aumentar, con la importan-

cia práctica de la instrucción, los peligros de un bilingüismo provinciano. Cuando la lengua escrita enseñada en la escuela no es la lengua aprendida en las rodillas maternas (y corre, por tanto, el riesgo de ser mal hablada), cuando la lengua familiar no se enseña (y corre, por tanto, el riesgo de ser mal escrita), un país siente rápidamente la necesidad de una opción. Lo significativo en el siglo XX es que Cataluña, colocada ante esta opción, no eligió la *lengua de estado*, en el sentido en que ésta ha sido elegida en Francia, es decir, apareciendo como la *lengua nacional* reconocida por todos, cualquiera que sea el apego conservado hacia las hablas locales. Es aquí donde percibimos el orden relativo existente entre hecho político y hecho lingüístico. Es sin duda porque hablaban catalán que los catalanes han conservado una consciencia de grupo. Pero ha sido sobre todo cuando han sentido con mayor fuerza esta consciencia de grupo cuando se han negado a olvidar el catalán<sup>14</sup>. ¡Como se ve, la lengua es una característica nacional objetiva de valor muy subjetivo!

Escolásticamente –y, como a todo lo escolástico, no se le puede negar cierta utilidad, por lo menos orientativa– se suele definir el concepto de nación por una serie de elementos que se distinguen en objetivos y subjetivos. Luego se suele construir en base a ello una tipología simplista de conceptos de nación (concepto francés, concepto alemán) o de nacionalismos. En P. Vilar aprendemos que en la práctica no tiene mucho sentido pretender separar aspectos objetivos y subjetivos como dos tablas autónomas, casi contrapuestas: no es que no deben, sino simplemente no pueden ser considerados como separados e independientes. La “tierra” parece una realidad

muy objetiva: pero ¿dónde comienza y acaba, por ej., la tierra catalana (o francesa, española), dónde están sus límites? ¿Es sobre todo la ciudad, el campo? ¿Es la tierra quien caracteriza a la nación, o al revés —o más bien mutuamente? Otro tanto ocurre con la “raza”, otra de las características objetivas. (Para muchos intelectuales “de izquierda” la simple lectura de vocablos como “raza” en textos, por ej., de Arana Goiri, fundador del Partido Nacionalista Vasco, en el siglo XIX, ha solido ser buena ocasión para dejarse escandalizar piadosamente. P. Vilar no hace ascos al empleo de estos términos tradicionales —entendidos en su sentido tradicional!—, y sospecho que muy intencionadamente). Tan indefinible o indelimitable como la tierra aparece igualmente la raza —bien entendida como “el temperamento históricamente adquirido”. Es innegable que hay un carácter o una personalidad catalana. Pero no es fácil ponerse de acuerdo en qué consiste. “Basta recordar que para España el catalán es un «hombre del norte», encarnación del egoísmo mercantil, y que para un manual francés de geografía es «un campesino del sur, exuberante y pródigo»”. En conclusión: “Las realidades de la geografía y de la población, para la constitución de los grupos humanos con voluntad política fuerte, son fundamentos sin duda *necesarios*, pero *en modo alguno suficientes*”<sup>5</sup>.

Otro de los elementos que suele aducirse como constituyente de la nación es la historia. El catalanismo contemporáneo gusta de recordar los condes independientes, el Rey conquistador, el imperio barcelonés, las gestas almogávares, etc. Podríamos preguntarnos: ¿somos producto de la historia, o somos nosotros quienes produci-

mos aquélla; o debemos entender más bien, otra vez, que nos producimos mutuamente en un proceso continuado de producción mutua renovada? Vilar lo relaciona con el fenómeno de (la conciencia de) la lengua. “La lengua soporta las vicisitudes del grupo en la misma medida en que las dirige, siendo obvio que luego, como todo factor histórico, puede reaccionar o incluso arrastrar. Lo mismo ocurre con los recuerdos históricos”<sup>6</sup>. La lengua, como la historia, son inseparablemente realidades tan subjetivas como objetivas. “Este sentimiento vivo de la historia, de una historia remota, es para Cataluña, a semejanza de lo que ocurre con la evocación del Siglo de Oro en el nacionalismo castellano, una nostalgia moderna. Pero lo que habría que explicar es por qué el niño de Prades o de Perpiñán, ciudades que hasta 1659 se mantuvieron fuera de la comunidad francesa, siente hoy como suya la historia de san Luis o de Juana de Arco, mientras que el niño de Vic o de Barcelona, ciudades españolas desde hace cinco siglos, está llamado a preferir la iconografía popular de los almogávares a la de Isabel o Cisneros (...). A cada instante la fuerza del grupo se ve sometida a presiones internas, o extranjeras. Y no hay razón alguna para no someter al análisis de las coyunturas y de las estructuras, de las relaciones entre estado y clases, los reinos aragoneses del siglo XIII, igual que la España del XIX o las revoluciones catalanas de 1640 y 1705”<sup>7</sup>.

## **Ideologías, clases sociales, procesos nacionales**

Muchas veces se ha creído que ser de izquierdas era incompatible con el interés por la cuestión nacional, máxime con cualquier nacionalismo. En realidad, una de las principales enseñanzas del movimiento revolucionario europeo del siglo XIX ha sido la cuestión nacional —entendida como la lucha por la liberación de los pueblos—, y se puede ver a los revolucionarios corriendo de las barricadas a los frentes nacionales de toda Europa (de Irlanda a Grecia, y de Polonia a Italia), luchadores de la causa de la libertad en los diversos frentes de una misma y única lucha, nacional o/y social. La causa nacional ha sido en Europa, durante toda la fase revolucionaria del siglo XIX, decididamente de izquierdas, hasta el affaire Dreyfus y la confrontación franco-alemana. A partir de ahí cambia completamente el sentido mismo de la “cuestión nacional” (ya no hace referencia a las naciones sin Estado y a su lucha de liberación, sino a los Estados establecidos y a su lucha por la hegemonía), y ésta, efectivamente, se convierte en una cuestión que sólo interesa a las derechas, especialmente en Francia. (En la Europa oriental, sobre todo en el Imperio Austro-Húngaro y en Rusia, seguirá siendo una causa de las izquierdas). Es así como la cuestión nacional deja de ser un tema revolucionario en la Europa occidental. Las izquierdas, de haber sido los abanderados de la cuestión nacional, pasan a ser los

incansables acusadores (“J'accuse”) de todo nacionalismo y militarismo.

La izquierda parece de corta memoria. Sigamos, pues, el texto de P. Vilar.

En Cataluña P. Vilar se ha encontrado con un nacionalismo que es de hecho de izquierdas, pero –con un esquema lineal y etapista bastante simple para leer la historia–, se ruboriza de parecer heredera de un nacionalismo catalán que “originariamente” habría sido burgués, entendiendo este término en sentido peyorativo. De hecho, recuerda, sus enemigos no dejaban de reprocharle este defecto original. P. Vilar propone una lectura un tanto diferente de los hechos históricos. Una ideología nacional –dice– se encuentra siempre más o menos asociada a una imagen ideal del grupo, a un proyecto de sociedad a realizar en el marco nacional, y este proyecto, en una sociedad de clases, no puede ser el mismo para todos. La ideología nacional, primero, es elaborada por intelectuales; y, luego, es adoptada –y adaptada– por los políticos, que la traducen en programa y propaganda. Ni los intelectuales de primera hora han sido forzosamente conscientes de las derivaciones que podrían seguirse del instrumento que han forjado, ni los políticos del segundo momento tan clarividentes que pudieran prever los posibles virajes del instrumento por ellos adaptado contra sus propios intereses de clase. El mecanismo de este paso de la ideología a la política, e. d., qué fenómeno es, en realidad, el nacionalismo, debe ser analizado más cuidadosamente.

Vilar reconoce que la explicación clásica, escolar, del “problema de las nacionalidades” o de los “movimientos nacionales” (considerados generalmente como típicos del s. XIX) suele hacer “nacer” a éstos en círculos de poetas e historiadores, románticos nostálgicos del pasado. Ironiza, incluso: “Recents assaigs sobre el fet nacional farien passar de bona gana aquestes antigalles per descobertes”. (Vilar lo escribe en 1983; quince años más tarde se siguen repitiendo los “descubrimientos”, y hasta resultan un éxito literario y comercial). Lo que, comprensiblemente, hace la propaganda política: resumir el movimiento político en unas ideas y personalizar luego éstas en los líderes, es imitado luego, incomprensiblemente, por ciertos (psico)analistas profundos de los hechos nacionales, más periodistas y literatos que historiadores. No se trata de negar ni subestimar el papel de los “renacimientos” literarios o culturales, o la importancia de ciertos líderes, en los “renacimientos” nacionales. Tienen su presencia y juegan su papel. “Pero todos los felibres juntos no han conseguido una creación política”. Un renacimiento nacional no se nutre sólo de referencias librescas, dice Vilar. Los movimientos nacionales no suelen ser productos de algún personaje, ni de reivindicaciones literarias. (P. Vilar sigue criticando igualmente explicaciones “económicas” demasiado simples: “una contradicción económica no se puede resumir sólo en una presión fiscal”; criticando también los intentos de buscar una explicación por la simple suma de intelectualismo más economicismo)<sup>8</sup>.

Hay que partir del reconocimiento de la enorme complejidad del fenómeno y renunciar a explicaciones fáciles. En particular la expli-

cación intelectualista o culturalista clásica tiene, en cuanto pretende ser la explicación de un hecho histórico, el defecto de dejar enteramente de lado:

1. La importancia de los *hechos estructurales*: la geografía, la utilización social de la lengua, la continuidad de contactos o relaciones internas sin las que no podría darse una nacionalidad (lo inexistente no puede “renacer”).

2. La eficacia de los *hechos coyunturales*: ¿por qué unas solidaridades que iban camino de ser olvidadas, unas características en vía de extinción, encuentran en un momento determinado razones para retomar un lugar en la historia? El *cuándo* aclara muchas veces el *por qué*.

3. La necesidad de *medios* movilizadores. Las ideas se convierten en fuerza cuando penetran las masas: el historiador debe investigar los soportes y medios de difusión de aquellas ideas.

4. La presencia de *realidades de clase* en el seno de todo hecho nacional: la cuestión nacional presenta diversos aspectos según la clase que la plantea y el momento en que lo hace.

Esta consideración fundamental basta para entender que no se puede tomar como una especie de condena el calificativo de “burgués” aplicado a algún nacionalismo, como el catalán en algún momento. Vilar deja en claro que “no es «burgués» por naturaleza”; ha existido, eso sí, un momento burgués en la evolución del fenómeno. Un momento en el que la burguesía, como clase —cosa que no significa que lo haya hecho toda la burguesía, sino el sector más cons-



ciente o más organizado— ha creído conveniente encabezar un verdadero “nacionalismo”, esbozar una teoría, proporcionarle medios (partidos, periódicos, etc.). La cuestión es, entonces, cómo reaccionan las otras clases. Si aceptan aquel liderato, o lo critican en nombre de las contradicciones de clase, como ha hecho durante mucho tiempo la clase obrera; si otras capas intermedias (campesinos, intelectuales, empleados, etc.) encuentran en el nacionalismo el lugar de expresión de sus insatisfacciones. En este punto resulta por lo general especialmente clarificador el análisis de los hechos coyunturales. Porque ni la burguesía es siempre nacionalista, ni se hace nacionalista indiferentemente en cualquier momento, sino en circunstancias dadas<sup>9</sup>.

P. Vilar trata de huir tanto de toda metafísica de la nación o del culturalismo, como del economicismo o de planteamientos exclusivistas de clase. “¿Hay que reducir, pues, la existencia de una nación a un asunto de política económica y de coyuntura? Ciertamente no. Pues el *marco de la comunidad* depende del pasado. Y la coyuntura no actúa más que a través de las clases sociales que la sienten. Pero estas clases, por su parte, miden sus solidaridades históricas con el metro de sus descontentos, de sus satisfacciones, de sus posibilidades de acción. *Cronología y coyuntura, estructura y psicología de las clases*: éstos son los fundamentos necesarios de todo estudio de los agrupamientos humanos y de la forma «nación»”<sup>10</sup>. Vilar exige una “historia total”, porque “una nación —dice— es la resultante, como la vida, de las contradicciones de sus elementos”.

En una visión marxista de la historia y en una perspectiva de clase, P. Vilar no ha visto ningún inconveniente para el reconocimiento del hecho nacional. Al contrario, cree que el mejor tratamiento del tema lo ofrecen los planteamientos que se han ido desarrollando en la tradición marxista<sup>11</sup>. Quizá se pueda reconocer que a veces una idea de unidad exageradamente desarrollada (del Partido, del movimiento o de los intereses de la revolución universal) —que, por otra parte, históricamente representan un desarrollo bastante tardío, en torno a la Primera Guerra mundial, simultáneo con los desarrollos autoritarios de la época, que también han afectado a la izquierda— apenas ha dejado lugar para la debida aceptación de lo particular y de la diferencia. Ahora una nueva idea de la unidad —no monolítica— debería permitir igualmente una nueva valoración positiva de la riqueza de los hechos diferenciales.

Para un estudio más detallado del tema “Marxismo y cuestión nacional” véase PIERRE VILAR, *Historia, nación y nacionalismo*, n° 9 de la Colección Sediciones, Ed. Hiru, Hondarribia 1998, pp. 119-135. El lector encontrará más textos de Vilar sobre el tema en el presente volumen.

## De la “cultura nacional” o nacionalista

P. Vilar tampoco se ha dejado impresionar por cierto cosmopolitismo muy en boga, que de hecho suele reducir sus grandes vuelos al menosprecio de las culturas reputadas “pequeñas” (catalana, vasca, gallega), haciéndolo en nombre de una pretendida cultura universal —a la que, según se dice, debe aspirar todo espíritu progresista— por oposición a culturas locales o provinciales. Resulta difícil argumentar contra esa postura (es, efectivamente, más una postura que un argumento), porque no se sabe muy bien de qué habla. La cultura es siempre universal, por ser humana; y no hay cultura universal que no aparezca en forma de cultura particular o “provinciana”, aunque pueda ser una provincia bastante grande (como la china). P. Vilar tampoco se muestra dispuesto a aceptar tal rechazo en nombre de un materialismo histórico intransigente que en ese reconocimiento ve ya —o veía, por lo menos— el fantasma del idealismo. “Que la «cultura» —escribe— se cuenta entre los elementos componentes, característicos, del hecho nacional, es una verdad que apenas parece discutible. En los orígenes de la reflexión teórica sobre la «nación», en los comienzos de nuestro siglo, Otto Bauer privilegiaba sin ninguna duda el hecho cultural, y su contradictor Stalin, en 1913, coronaba una definición de la nación más célebre todavía con la palabra «cultura». Ahora bien, puesto que los dos personajes se

declaraban «marxistas», no se podría bien acusarles a priori a los dos de haber puesto lo espiritual en primer plano”<sup>12</sup>.

La identificación de izquierda y jacobinismo parece una pesada herencia todavía difícil de superar. Muchas veces la prosa aparentemente neutral de P. Vilar oculta una polémica suave pero sin concesiones con tales correligionarios. Tal sucede también, por ejemplo, respecto a los famosos “mitos” históricos del nacionalismo, que tantos y tan incansables debedadores vienen encontrando especialmente en cierta progresía del País Vasco. Algunos temas de la historia medieval (democracia, nobleza universal, pacto, etc.), o las referencias a la antigüedad y prehistoria, constituyen temas muy queridos del nacionalismo vasco —y de sus críticos! Vilar interviene con su elegancia de siempre, y aún escribiendo para lectores vascos, tiene la deferencia de preferir ejemplos catalanes. “No es inútil reflexionar sobre lo que se podría llamar los efectos «retro» de las tomas de conciencia sucesivas de aquellos episodios —escribe refiriéndose en especial a algunos sucesos significativos de la Edad Media—. Efectos muchas veces *mitificadores*, pero tal vez menos *mitificadores* de lo que pretenden sugerir ciertas ideologías, cuya hipercrítica es ideológica ella misma. Tomemos el ejemplo catalán: es cierto que las grandes «historias nacionales» de Cataluña, inspiradas por el renacimiento nacionalista (como las muy bellas historias de Ferran Soldevila o Rovira i Virgili) han proyectado sobre la Edad Media visiones de la «nación» y de la «democracia» anacrónicas en buena medida. El estado feudal del siglo XIII era patrimonial más que nacional, y la organización representativa de los «estados» (una

sociedad de “órdenes”) no dejaba lugar ninguno real al elemento popular propiamente dicho. Pero lo que importa –repara Vilar– es la convicción adquirida por una mayoría de nuestros contemporáneos de ser herederos de una tradición democrática”<sup>13</sup>.

Las historias son muchas, nunca hay una sola historia. Una es la historia que se investiga, otra la historia en que se vive. Vilar no parece entender que su tarea de historiador riguroso consista en perseguir furibundo toda “falsificación histórica” surgida en los procesos sociales, en especial las falsificaciones “nacionalistas”, que por estos pagos muchos de sus colegas, y algunos aprendices, no suelen poder perdonar. Más bien observa que las “imágenes del pasado” (la “conciencia histórica”) de un pueblo, o de una generación, han jugado siempre un papel decisivo en los orígenes de las instituciones. El Estado se ha apropiado esta “cultura histórica”, haciendo de ella la “ideología dominante” a través de los manuales escolares. Inversamente, si no hay coincidencia entre la comunidad nacional y el Estado, es interesante para el historiador, es incluso esencial –dice Vilar– seguir la marcha de los esquemas culturales, extraídos de la historia, que la comunidad opone al Estado (“que es lo que ocurre en Cataluña y en Euskadi a fines del s. XIX”).

Vilar nos recuerda que, como toda la cultura moderna, las naciones y los Estados modernos han desarrollado su propia conciencia en los términos que les ofrecían los modelos de la historia antigua. La Francia naciente del Renacimiento y de la Época Clásica adapta a su caso todos los “mitos” clásicos, y crea un mito histórico francés que no es más que un calco del mito romano de la Enei-

da<sup>14</sup>. Incluso los momentos que parecen de mayor ruptura histórica siguen bebiendo de las fuentes del pasado, y quizá en esos momentos más intensamente que nunca. Así “la Revolución [Francesa] adopta todo el vocabulario de los discursos de Tito Livio. Mousnier demostró un día, en un coloquio, que los clichés estilísticos de la «Marsellesa» se encontraban todos en ciertos textos del siglo XVI. Ello no significa que la «nación» francesa tuviera ya en el siglo XVI todos los matices que la Revolución da a esta palabra. En cambio, sí significa que las tradiciones culturales, la educación de los colegios, el vocabulario aprendido en la escuela, juegan un papel importante en la elaboración ideológica de una conciencia de grupo”<sup>15</sup>.

Cabría distinguir, con todo, entre modelos de dominación –con predominio de referencias al mito romano imperial– y modelos de libertad –con preferencias republicanas–, a la hora de formular la conciencia nacional. Hay nacionalismos y nacionalismos, no todos son iguales, aunque a algún nacionalismo le interese mucho igualar a todos. Hay nacionalismos que buscan la dominación o la hegemonía y nacionalismos que buscan la libertad. Ciertamente las monarquías europeas del Renacimiento, y luego los Estados, e. d., el nacionalismo triunfante en Europa se ha identificado con el modelo imperial de poder y dominación. Así lo ha hecho en la España del Siglo de Oro, en la Francia del Clasicismo, y lo sigue haciendo en la Inglaterra de Carlyle en el s. XIX. En el XX ese modelo ha inspirado alguna de las políticas más duraderas y de mayor influencia –no sólo en la Italia de Mussolini– y sigue dominando todavía hoy, bajo formas más sutiles, buena parte de la cultura y de la política llama-

das democráticas<sup>16</sup>. A modo de ejemplo publicamos en este libro un estudio de esa ideología en la grandiosa epopeya de Camões, sin otra razón, para su elección, que la de ser la primera manifestación elaborada con esta amplitud en la literatura europea, que inmediatamente ha encontrado una cadena infinita de seguidores. En ella aparecen ya todos los principales tópicos de una ideología nacionalista, y es buen ejemplo de la cultura de un nacionalismo que, efectivamente, debiera ser superado por un nacionalismo libertario. (Ahora que se habla por todas partes de la superación de los Estados, de unidad europea, etc., quizá haya llegado la hora de creerse realmente un poco lo que se dice tanto: de olvidarse de los Estados y pensar en los pueblos, crear una nueva mitología histórica).

Pierre Vilar no es sólo un historiador. Es un pensador crítico, que ha inspirado e iluminado tanto a historiadores como a otros que no lo somos, pero que, en tantos temas escabrosos, hemos encontrado en sus escritos la distinción oportuna, la observación sabia, emanadas de la experiencia del científico y, no menos, del hombre. El Profesor Josep Fontana, comparando las obras de Braudel y de Vilar<sup>17</sup>, escribió una vez que el libro de Braudel “permanece impasible al paso del tiempo, estéril e incorrupto como una reliquia momificada”. Es, si se quiere, una manera de homenaje a la obra grandiosa de un historiador. Muy de otra manera es este otro homenaje, al que nos asociamos aquí sinceramente: “El de Vilar, por contra, ha introducido entre nosotros propuestas explicativas lo suficientemente amplias como para estimular a las nuevas generaciones de investigadores que han encontrado en su obra un punto de partida y

una guía, y que acabarán, como ocurre con todo lo que es fecundo, haciendo de su trabajo el alimento necesario para ir más allá. Porque el destino más alto de los maestros es precisamente el de crear las condiciones para que otros puedan avanzar más lejos en el futuro”<sup>18</sup>.

\* \* \*

A modo de resumen, he aquí cómo Pierre Vilar ha compendiado una vez su posición ante la “cuestión nacional” para los lectores del diario EGIN:

“Una «nación» no es un objeto acabado, una figura estereotipada, una imagen definitiva. Sin embargo, no es tampoco un no-ser, una realidad por crear. Yo la compararía más bien al bloque de mármol sin el cual la obra del escultor no existiría. Pero la obra, en su perfección, en su belleza definitiva, no sería nada sin el trabajo del escultor, que es, en esta comparación, el pueblo. Lo que me sugería esta comparación es el error cometido a menudo por los historiadores o los teóricos del hecho nacional: o se piensa en ese hecho como en algo eterno, como algo dado de antemano; o se lo estudia en sus últimas formas, las del siglo XIX en particular. No habría, sin embargo, hecho nacional sin un fundamento lejano, y a veces prehistórico. Pero cada fase de la Historia ha destacado algo de



acuerdo a las imágenes dominantes en cada tiempo. Corresponde al siglo XX el encontrar las formas más adaptadas del hecho nacional a unas dimensiones nuevas. Pienso que la conciencia de pequeñas y —al mismo tiempo— muy viejas «nacionalidades» puede ser la más «moderna» de las soluciones, para superar a la vez lo que nos queda del bastante triste episodio de los «Estados-naciones-potencias» de los primeros tiempos del capitalismo industrial y las amenazas de pretendidas solidaridades «internacionales» fraguadas por el terror de un nuevo capitalismo ante las amenazas, internas y externas, de la crisis que vivimos o de las que pueden venir”.

Joxe Azurmendi

19-07-98

### Notas

1. VILAR, P., “Reflexions sobre els fonaments del fet català”, en: *Els valencians davant la qüestió nacional*, València 1983, 170-171.
2. *Ib.*, 173-174.
3. *Ib.*, 188.
4. VILAR, P., *Cataluña en la España moderna*, Barcelona 1978, 97-98.
5. *Ib.*, 97.
6. *Ib.*, 100.
7. *Ib.*, 100-101.
8. “Reflexions...”, loc. cit., 200. Compárese con VILAR, P. (dir.), *Història de Catalunya*, vol.I, Barcelona 1987, 46. El tema de la relación entre renacimientos lite-

rarios y renacimientos nacionales es planteado por P. Vilar también en: “Culture, Nation, Histoire”, *RIEV - Revista Internacional de Estudios Vascos* 28 (1983) 259-260.

9. Véase “Reflexions...”, loc. cit., 199-201.
10. VILAR, P., *Cataluña en la España moderna*, loc. cit., 96. Véase en pág. 101 la tarea del “historiador total” de una nación.
11. En los últimos tiempos ha sido frecuente la crítica a Marx y al marxismo —hecha muchas veces por autores que se decían marxistas— de no haber reconocido suficientemente el significado histórico de los nacionalismos, sobre todo el nacionalismo de los pueblos oprimidos. Quizá estas críticas no sean infundadas para el marxismo oficial de después de la Segunda Guerra mundial. En todo caso, si Marx personalmente no se ha mostrado tal vez muy positivo al respecto (aunque P. Vilar repite que lo ha hecho más de lo que suele reconocérsele), no puede decirse lo mismo del austromarxismo, ni de Lenin y (del joven) Stalin, sin hablar de otras reflexiones sobre marxismo y nacionalismo liberador en el Tercer Mundo. Otra cosa es que marxistas (stalinistas) tardíos, y en especial algunos marxistas de las mismas naciones sin Estado particularmente celosos, hayan mostrado una ceguera teórica absoluta, por no decir una actitud rencorosa ante el hecho nacional (fenómeno éste que parece encontrarse por igual entre gentes de derecha como de izquierda). P. Vilar sostiene, por el contrario, que el marxismo ofrece el instrumento más positivo para la aceptación y comprensión del hecho nacional. Véase en especial el artículo “Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales”.
12. Cfr. “Culture, Nation, Histoire”, loc. cit., 254. [Damos en traducción propia los textos de P. Vilar en francés o en catalán].
13. *Ib.*, 258.
14. VILAR, P., *Historia, nación y nacionalismo*, Ed. Hiru, 1998, 95. Véase también pág. 101-102.
15. *Ib.*, 95-96. (Texto original en: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona 1980, 157).
16. No había sido ése el único desarrollo posible de ideología nacional a la salida de la Edad Media. Pero de los distintos modelos manejados por los humanistas en los albores de los Nuevos Tiempos, el que de hecho ha triunfado en Europa ha sido éste: ahora, que sus “vergüenzas” parecen manifiestas, suele tratar de disculparse culpando de sus aspectos más negativos a las aspiraciones nacionales de libertad impedidas o reprimidas por ella misma hasta ahora. (La

culpa la tienen siempre las víctimas). Confirma con ello, una vez más, su naturaleza represiva.

17. Aunque J. Fontana no se refiere a este aspecto, podemos recordar también que P. Vilar, que ha captado perfectamente el sentido de libertad del nacionalismo catán o vasco, se ha mostrado desconfiado frente al descubrimiento de la Gran Nación por parte del último Braudel (“J’aime la France avec la même passion exigeante et complexe que Jules Michelet”). “Sens dubte –escribè Vilar–, la brusca i tardana conversió de Fernand Braudel a una curiositat apassionada vers «la identitat de França» formarà part, als ulls dels futurs historiadors, del signes d’una conjuntura de nostàlgia: a la França de 1980 li agrada somniar amb la de 1900”, cfr. VILAR, P. (dir.), *Història de Catalunya*, vol. I, Barcelona 1987, 10.
18. FONTANA, J., “Pierre Vilar y la renovación de la ciencia histórica”, *La Gaceta del libro*, octubre 1985, 29.

## HISTORIA Y SOCIOLOGÍA ANTE EL FENÓMENO “NACIÓN”

(de CATALUÑA EN LA ESPAÑA MODERNA  
Investigaciones sobre los fundamentos económicos  
de las estructuras nacionales. Tomo I  
Traducción castellana de Joaquim Sempere)

Algunas encuestas realizadas con la ayuda de mis alumnos me convencieron muy pronto de la inquietante vacilación del pensamiento histórico, y del sociológico, ante el fenómeno “nación”.

Un *estudio crítico del uso del vocabulario* revela, en efecto, lo fácil que es poner en fichas un número impresionante de usos discutibles o claramente abusivos de las palabras “nación”, “nacional”, “nacionalismo”, “patriotismo” o “patria”. “Pueblo” no sirve apenas para nada más que para evitar repeticiones o para encubrir escrúpulos. “Estado” e “imperio” son términos mejor delimitados, pero raras

veces se dice cómo viven y mueren los agrupamientos más espontáneos que recubren. Examinando desde las estructuras primitivas hasta los marcos romanos, desde la aportación de las “nacionalidades ambulantes” a los fundamentos de las divisiones feudales, desde éstas hasta las “nacionalidades provinciales”, quién no ha rozado, sin verlos resueltos, aquellos problemas que Lucien Febvre —una vez más encontramos su pensamiento— había designado con los siguientes términos: “Si existiera verdaderamente una geografía histórica, el más alto problema que esta disciplina debería plantearse, sería sin duda el que plantean por su existencia misma las grandes naciones modernas”.

Pues bien, la “voluntad de vivir juntos” de los franceses sigue originándose, según los autores (a veces en un mismo autor, y sin que se sepa exactamente en qué territorio), en las Federaciones, con Juana de Arco, en Bouvines, con el “patriotismo franco” o más lejos todavía: “No vacilo en pronunciar el término exacto de nación (...)”, decía Camille Jullian a propósito de la Galia. No nos sorprendamos, pues, de que don Ramón Menéndez Pidal identifique la España del Siglo de Oro con la Hispania de San Isidoro, y don Américo Castro el “imperialismo francés” de Hugues de Cluny con el de Napoleón, en una página en que evoca el nacimiento de Portugal bajo el título insolente: “¡A Portugal lo hacen independiente!” A la inversa, J. Calmette había hablado de “sentimiento nacional de la Marca Hispánica en el siglo IX”, fórmula que sedujo primeramente a los historiadores catalanes, pero cuyo total anacronismo acaba de ser demostrado (si laguna falta hacía) por R. d’Abadal.

Los *intentos para precisar este vocabulario* no han logrado más que un éxito relativo. En 1927, el Centre de Synthèse, tras concebir el hermoso proyecto de unificar la terminología histórica, había puesto en su programa los términos “nacionalidad” y “nación”. El informe de A.D. Toledano presentado en tal ocasión permite seguir “la vida del término”, “la vida de la idea”, pero sólo en el vocabulario culto. Las conclusiones históricas son vacilantes. “La nación”, “solidaridad plenamente consciente”, nos dicen, no puede aparecer “más que entre los pueblos más evolucionados”. Pero, ¿qué quiere decir “evolucionado”?, y ¿qué es “pueblo”? Al afirmar A.D. Toledano, a propósito de la Europa occidental, que “fue hacia finales del siglo XV cuando estos pueblos adquirieron una consciencia algo clara de constituir una nación”, ¿no parece admitir que constituían una nación antes de tener “plena consciencia” de ello? La noción de “naciones en estado virtual, bajo formas de organización social y política anteriores” (¿anteriores a qué?) nos remite a la cuestión de los *fundamentos remotos* de la “nacionalidad” y a las *condiciones de estructura* que implica la aparición de una “consciencia plena”. La distinción es útil. Pero, ¿quién se ha preocupado de asumirla?

La discusión internacional en el Congreso de Oslo, en 1929, en torno al tema “La nacionalidad y la historia” puso sobre todo de manifiesto, según confesión de los propios partícipes, “una espesa trama de malentendidos” entre historiadores. M. Walek-Czernicki, encargado de estudiar los agrupamientos de la Antigüedad, señaló en los imperios orientales (Egipto, Babilonia) —en contra de la mayoría de las tesis admitidas— tipos perfectos de “nacionalidades cris-

talizadas en naciones-estados”, negó el carácter nacional tanto a la *Kulturnation* como a la *polis* helénica, calificó el mundo romano de “antinacional”, lo cual es obvio para el imperio, pero no debiera hacernos olvidar el origen romano de toda ideología erudita de la *patria*.

Ante la misma asamblea, M. Handelsmann, encargado del informe sobre la Edad Media, planteó el problema en los siguientes términos: “Se trata de saber cuál era el papel de la consciencia nacional, del sentimiento nacional, de la solidaridad nacional, en el ámbito de una sociedad entera, *en toda la extensión del estado futuro al que pertenecerá*”.

A juzgar por la expresión que hemos subrayado, su autor da la vuelta al problema, o lo considera resuelto. El proceder es típico de los historiadores “nacionalitarios”. La encontraremos de nuevo en la historiografía catalana de la “*Renaiença*”. Pero, en la medida en que nuestro trabajo es un estudio de agrupamiento, es justamente el sofisma lo que deseáramos evitar. Por añadidura, otra frase del informe bastaría para probar que esta encuesta internacional contribuyó más a poner de manifiesto la confusión terminológica que a liberarnos de ella: “Los *estados* o *países*, y por ende las *naciones* respectivas, no llevan más que los nombres de sus *provincias* principales”.

Todo esto es muy viejo. Pero, ¿qué se ha hecho desde entonces? Quiero decir en el terreno de la sistematización, de la historia comparada. Porque no faltan historias particulares. Lo que falta es una problemática clara.

Después de haber centrado la reflexión sobre el problema de los “movimientos nacionales”, hasta aproximadamente 1930, bajo la influencia del siglo XIX y del tratado de Versalles, los historiadores se han visto movidos a interesarse por el “nacionalismo”; en Chicago y en la Columbia University, en torno a C. Carlton Hayes y Ch.-E. Mirriam, funcionaron *grupos in the making of citizens*; después de la guerra, las obras *Idea of nationalism*, de H. Kohn (1944) y *Geschichte des Nationalismus in Europa*, de E. Lemberg (1952), esbozaron unas síntesis. Pero en todos estos trabajos, “nación” y “nacionalismo” nos han parecido demasiado separados, mientras que ideología, sentimiento y “acción psicológica” se ven demasiado confundidos: H. Kohn, que se remonta muy atrás en la historia, se extiende ampliamente sobre el “no nacionalismo” de Dante y el “nacionalismo” de Maquiavelo, pero no dice nada de Florencia ni de Italia. Para épocas más cercanas, C. Carlton Hayes hace una descripción de la enseñanza chauvinista en la Francia de 1930 que en realidad corresponde a 1913, olvidando que el historiador tiene como tarea “fechar con precisión”. Lemberg cita veinte veces a Maurras, pero deja ignorar los formidables cambios en las relaciones entre consciencia de clase y consciencia nacional acaecidos en Francia antes, durante y después de la última guerra. La imbricación entre conflictos internacionales y guerra civil universal le parece presagiar, es cierto, una “decadencia del nacionalismo”; pero no toma en consideración ni África ni Asia. A la inversa, Ernesto Sestan, en *Stato e nazione nell'alto medioevo*, tras haber planteado de manera notable el problema en toda su amplitud, se ve obligado a constatar que, para épocas leja-



nas como la alta Edad Media, alcanzamos a conocer nombres y estructuras políticas, pero excepcionalmente textos y prácticamente nunca psicologías. Ahora bien, el estudio del hecho “nación” es *a la vez* el estudio de una psicología y el de una estructura. En sus relaciones *móviles*, y remontando tan arriba como es posible reconstituir a partir de la documentación.

Por esta misma razón, *la sociología* no podría alcanzar el hecho “nación” más que a través de la historia. Si un manual de sociología política francesa, aparecido en 1950, pasa, en el estudio de la nación, entre la página 175 y la 176, del *potlatch* al discurso de Renan *Qu'est-ce qu'une nation?*, no es culpa del sociólogo. La culpa es de los historiadores que no han llenado el vacío.

No obstante, si la sociología contemporánea se hubiera provisto de un método original de estudio en este terreno, el historiador no tendría derecho a desdeñarlo. Es posible que tal test, tal o cual procedimiento estadístico, tal o cual experiencia psicológica imaginados por el sociólogo, ofrezcan sugerencias útiles para el manejo de las fuentes, aunque la mayoría de estos procedimientos (encuestas orales, sociodramas) sean poco utilizables en el pasado, y aunque los “grupos” más rebeldes a su uso, en el terreno de la propia sociología, sean precisamente los “pueblos”, las “nacionalidades”, las “naciones”. El análisis fenomenológico del “extranjero”, el psicoanálisis del “patriota”, tal vez no son inútiles para quien desea interrogar los textos, pero no pueden explicarnos *por qué, en tal fecha o en tal lugar*, la consciencia de grupo se desvanece o se exalta, se contenta con signos vagos de la comunidad o exige por el contrario su

soberanía, su afirmación *política*, a veces con las armas en la mano. La *capacidad de acción colectiva* es, para el historiador, el mejor “test”, el mejor “sociodrama”. Y por su *exigencia cronológica*, la historia alcanza mejor que la sociología los criterios de *origen*, de *formación*.

Por eso la sociología moderna resulta aún más tímida y huidiza que la propia historia ante el hecho “nación”.

G. Gurvitch, que proporciona de paso indicaciones de gran interés al distinguir los “nosotros”, las “masas”, las “comuniones”, las “comunidades”, los grupos “activos”, los grupos “pasivos”, se digna decir alguna cosa de las “minorías nacionales” (concebidas casi exclusivamente como minorías “lingüísticas), pero en su clasificación de los grupos no figura la nación. Es verdad que por encima de los grupos rige una “sociedad global” aceptada por las “clases en el poder”, mientras que las “clases sociales ascendentes” son reacias a su penetración, así como las clases “desplazadas del poder”. Yo había pensado en 1950, al leer *La vocation de la sociologie*, que esta “sociedad global” era la nación, y que la dialéctica de las clases con respecto a la comunidad nacional, esbozada así por Georges Gurvitch, desembocaba en la teoría histórica de Halvdan Koht, e incluso tal vez en la teoría marxista de la nación. Pero en su *Traité de sociologie*, en 1959, G. Gurvitch traza el cuadro de las “sociedades globales”; y uno cae en la cuenta de que se trata, desde las “teocracias carismáticas” hasta la “sociedad planificada”, de *formas de estado*. El rechazo de la sociedad global por tal o cual clase social sería pues un rechazo *político*, no un rechazo *nacional*. Y el hecho “nación” parece prácticamente olvidado en el conjunto de la clasificación sociológica.

Ocurría lo mismo, observémoslo, en otra sociología clasificadora, aún más desbordante de distinciones sutiles. En todo el *System der allgemeinen Soziologie* de Von Wiese, sólo el *Volk* merece un desarrollo bastante extenso; la “nación” no es mencionada más que dos veces, sin comentario, como “superación” (*Übergang*) del *Volk*. Equivale a reconocer a la vez la existencia de realidades lejanas, y un tanto vegetativas, y el hecho de que estas realidades puedan verse “superadas” en un estadio superior. Pero lo que constituye problema es, precisamente, por un lado esta *geografía* de las ascendencias lejanas, y por otro lado el *porqué* y la *fecha* de estas “superaciones”.

La sociología de Von Gottl Ottlilienfeld, hacia la misma época (1933), inspiraba una obra que me interesó por su analogía con el propósito mismo de esta obra: *Nationalitätsfrage und Wirtschaftsleben*; su autor, M. Weitzdörfer, explicitaba su intención de estudiar la influencia de las estructuras económicas sobre el problema de la minoría alemana de los sudetes; pero entre las consideraciones sociológicas abstractas de la introducción, las orientaciones políticas de la conclusión y la honesta exposición de “geografía económica y humana” del grueso del volumen, no hallé más que relaciones muy débiles. Ocurre que, en la realidad, las relaciones entre una estructura económica y un sentimiento de grupo no pueden captarse mediante una observación estática: su constitución ha sido *histórica*.

Podría decirse lo mismo de la noción sociológica llamada “personalidad de base”, formulada por vez primera por Kardiner, que, sin embargo, proclamó su carácter histórico. Esta noción podía servir para el análisis del sentimiento del “nosotros” ante el extranjero,

y de una determinada especificidad de carácter de los distintos grupos nacionales. Desgraciadamente, las “encuestas empíricas” realizadas o inspiradas por Kardiner tratan de los comanches, los habitantes de las islas Marquesas, los tanalas o los habitantes de una aldea del Middle West, o sobre el hombre “occidental”. Y en la bibliografía elegida por Mikel Dufrenne sobre “la personalidad de base”, no se encuentra, a propósito de las psicologías nacionales del mundo contemporáneo, más que un artículo de diez páginas sobre “El alemán antinazi”... La sociología huye ante los hechos históricamente determinantes. En cierto sentido, el aspecto nacional de la “personalidad de base” ha sido mejor definido por Américo Castro. Para él “ser español” es una *vividura*, una actitud vital. La hace remontar a una simbiosis original entre islamismo, judaísmo y cristianismo. La tesis es discutible y, aunque sostenida de modo brillante, está muy mal fundamentada. Pero por lo menos el problema está bien planteado: ¿por qué se es “español”? ¿desde cuándo?, ¿qué significa serlo?

Nuestro grupo de estudios, decepcionado por las respuestas dadas habitualmente por la historia y la sociología a cuestiones de este orden, intentó abordar investigaciones más constructivas, orientadas en distintos sentidos:

a) Habría que reemprender la reunión de una serie abundante, estrictamente cronológica e internacional de textos que den testimonio del vocabulario de los agrupamientos (nombres propios y nombres comunes); apenas esbozada, una serie de esta especie reveló los acontecimientos y las coyunturas que dan origen a este vo-

cabulario y lo modifican; pero para ampliarlo haría falta la ayuda de numerosos lingüistas.

b) La utilización comparativa de las monografías pone de manifiesto que los grandes textos literarios y políticos y la historia de las grandes naciones constituidas en estados, si bien han sido los que han llamado de modo preferente la atención de los historiadores del fenómeno “nación”, en realidad son los casos de interpretación más difíciles. Tenemos más que aprender de los casos limitados, de los casos aberrantes, de los textos banales, pero reiterados, de las naciones muertas y de las que a duras penas han nacido, en suma, de las *experiencias* y *contraexperiencias* constituidas por las precocidades, las excepciones, los atrasos y las disipaciones, que de los logros monolíticos y de los pensamientos originales. Episodios concretos como las rebeliones catalanas de 1640 o 1705, monografías provinciales como las de Lucien Febvre sobre el Franco-Condado o la de Lejeune sobre la región de Lieja (*Naissance d'une patrie*), investigaciones contemporáneas sobre Egipto, Marruecos, la India, China, Indonesia, Argelia, arrojan más luz sobre la génesis, la conservación, las extinciones y los renacimientos de las estructuras y de las psicologías nacionales que un “nacimiento de Francia” en la época oscura de las invasiones o una narración política más de “la unidad italiana”.

c) En cambio, *sobre las relaciones entre unidades económicas y unidades nacionales* valía la pena volver a abordar ciertas cuestiones importantes. Impresionado por la identificación brutal que ciertos textos españoles del siglo XIX establecían entre “trabajo nacional” e “in-

terés nacional”, y, concretamente, entre “proteccionismo” y “patria”, nos pusimos a buscar las equivalencias no sólo en los grandes textos, sino también en los ecos secundarios, en los “textos-serie”, proporcionados por la historia de la *Zollverein*; y las encontramos. Así, entre la negación de Renan y la caricatura de Fallersleben, hay lugar, en las antípodas del economicismo puro, para la muy flexible fórmula marxista: “el mercado es la primera escuela en la que la burguesía aprende el nacionalismo”.

Pues bien, unas relaciones semejantes, tan complejas y no menos sólidas que éstas, arrojan luz sobre el episodio más remoto a partir del cual logran constituirse los tres grandes estados-nación de la historia europea moderna: España, Inglaterra, Francia. Me refiero al *mercantilismo*. Heckscher ha dejado España de lado, pese a ser el caso tal vez más significativo, tanto por el hundimiento final como por el arranque fulminante del siglo XV. Por eso Heckscher no se ha librado de la costumbre de definir el mercantilismo inglés y francés mediante los administradores y los políticos, lo cual permite remitirlo al simple interés del “príncipe”; pero basta con evocar las instancias corporativas, colectivas, las voces de los mercaderes, de los negociantes —a veces grandes economistas, como Cantillon—, y la perspectiva se modifica. Entonces se ve cómo se afirma no un personal administrativo, sino una *clase dirigente* y, precisamente en virtud de esto, se ve cómo se afirma tanto un “estado” como una “nación”. Naturalmente, no es forzoso que las fórmulas más expresivas procedan de las experiencias más logradas. Los administradores y los teóricos hacen afirmaciones a veces tanto más violentas, y sueños

tanto más grandiosos, cuanto menos son las fuerzas que sienten tener bajo sus pies. Von Hörnigk, mercantilista austriaco, es quien expresa, en el título de su tratado, la identificación más curiosa entre mercantilismo y nacionalismo: *Österreich über alles, wann es nur will.*

Del exámen del mercantilismo se desprende otra verdad. La *realidad monetaria* es lo más fuerte entre los *datos* y los *medios* ofrecidos a los mercantilistas, ya sean hombres de acción, estadistas o teóricos. Más que la reglamentación o la protección, simboliza la unidad e interesa a la economía del grupo. La unificación monetaria francesa se termina más o menos en los tiempos de la ordenanza de Villers-Cotterets. La autonomía monetaria de los antiguos reinos aragoneses es la grieta más profunda en la unidad española: aísla a Castilla sometiéndola, prácticamente sola, a los efectos de la inflación del vellón; antes de 1640, Cataluña podrá esbozar un renacimiento y establecer por sus medios propios una estabilidad monetaria en el mismo momento en que España decae.

d) *La definición y la clasificación de las fuentes*, en materia de sociología histórica de la nación, nos ha parecido también objeto de meditación útil. Toda bibliografía sobre el tema distinguirá entre estudios histórico-sociológicos objetivos y publicaciones abiertamente inspiradas por alguna corriente ideológica o sentimental. Por un lado los “trabajos”, por otro las “fuentes”. Por un lado la confianza en el sabio; por el otro la crítica al partidista.

Pero, ¿es tan clara la distinción? Si *clasificáramos cronológicamente* “fuentes” y “trabajos”, pronto nos apercibiríamos de que éstos igual

que aquéllas, se agrupan en torno a ciertas *fechas críticas*. Son pocos los que están por encima de toda sospecha de haber sido “obras de circunstancia”. Fustel, Renan, Jullian, Hauser, Aulard, Meillet, Marcel Mauss han hablado de “nación” en una Francia herida, en lucha, y luego vencedora. ¿Es esto indiferente? Lejeune ha reconstruido *en cautividad* la “patria de Lieja” (luego critica a su maestro Pirenne en nombre de *Europa*). Kohn no escapó a la atmósfera americana de 1943, ni Lemberg a la atmósfera alemana de 1950. Y si los trabajos de congresos se sustraen más al peso de los acontecimientos, hemos visto también cómo autores polacos, ante la Edad Media o la Antigüedad, ceden siempre a sus inclinaciones nacionalitarias.

La reflexión de una nación sobre sí misma, en todo caso, es señal de desgracia, de peligro, de opresión, de amenaza pendiente sobre el grupo. La pasión de meditación en España sobre sí misma después de 1600, de 1898, de 1939, marca la gran historia de una conciencia desgraciada. ¿Y qué sabríamos del pasado de los grupos sin las polémicas de esos conflictos, de esos “renacimientos” capaces, por supuesto, de falsear el pasado, pero también de sacudir muy fecundamente las versiones históricas oficiales? La historiografía avanza, como la historia, por negaciones y afirmaciones.

Concluamos que, en el terreno que estamos tratando, no hay “tesis” erudita que no se funde en la crítica de las fuentes. Mientras que tal o cual rasgo histórico perfectamente “objetivo” puede proceder de una literatura eminentemente “subjetiva”. Así pues, en los que respecta a nuestro “hecho catalán”, la honesta tesis de derecho de Lesaffre, orientada desde el comienzo en torno a temas maurra-



sianos y felibres, constata sin interpretar, mientras que el catalanista militante Prat de la Riba es un verdadero teórico del paso del regionalismo al nacionalismo. Pues bien, no hay bibliografía de los movimientos autonomistas que olvide a Lesaffre. Y en cambio, ¿cuántas obras sobre la “nación” se han ocupado de Prat de la Riba? La teoría más significativa es la que sale de la acción.

e) *El estudio de los agrupamientos cronológicos significativos* puede considerarse, pues, esencial en la historia de los hechos ideológicos. La historia ideológica de los hechos nacionales no puede ignorar las floraciones de temas emparentados que invaden bruscamente la literatura económica, política, filosófica, indicando inquietudes comunes.

Comprobaremos, por ejemplo, una veleidad de renacimiento entre 1680 y 1710 en Cataluña, que se expresa a la vez a través de los hechos, de los textos, de las iniciativas materiales, y toda una gama de matices en el patriotismo, muy instructiva para las relaciones entre grupo catalán y grupo español; y se trata precisamente de la época de la “crisis de la consciencia europea”, en que pueden rastrearse en Inglaterra y en Francia, bajo aspectos muy diversos, crisis de estructura interna, descubrimientos intelectuales (en el dominio económico en particular), con meditaciones muy importantes sobre las relaciones entre el estado y los ciudadanos, el Príncipe y su pueblo, la noción misma de “patriotismo”.

Otro ejemplo de estas cristalizaciones puede estudiarse en el curso de la vela de armas de 1904-1913: la teoría catalana de Prat de

la Riba, a la que hemos aludido, corresponde a 1906; contiene, por otra parte, referencias precisas al imperialismo de Theodore Roosevelt y de Chamberlain. Pero debe ser colocada también de nuevo en un conjunto de obras y en una atmósfera intelectual en que el grupo “nación” –y a veces simplemente el “grupo”– se ve sometido unas veces a la mixtificación, otras al análisis histórico. En Francia, Lemberg no ve entonces más que el “nacionalismo integral”, Barrès y Maurras; olvida a Péguy, Jaurès, Durkheim, cuya sociedad divinizada toma contornos concretos en los hechos, puesto que es la época en que la escuela pública francesa inaugura un verdadero culto a la patria; una pequeña burguesía, desorientada por el vacío religioso percibido repentinamente, crea el tema difuso de la deificación del grupo; en 1907, *La vie unanime* de Jules Romains hace curiosamente eco a los “buscadores de Dios” rusos, Bogdanov y Lunacharski, cuya desviación será denunciada en 1909 por Lenin. En Alemania, en 1907, Meinecke formula de manera precisa los términos Staatsnation y Kulturnation en su obra *Weltbürgertum und Nationalstaat*; en 1912 la Deutsche Gesellschaft für Soziologie dedica a la nación unas jornadas de estudio, en las que Weber y Tönnies formulan ocasionalmente indicaciones menos imprecisas que en sus primeras obras. Pero es también el momento en que la universidad alemana, que durante mucho tiempo había puesto mala cara a Tönnies, descubre las virtudes de la oposición *Gemeinschaft-Gesellschaft*. Casi en todas partes se deja sentir un deslizamiento desde el racionalismo burgués hacia el misticismo sociológico. Fácilmente podrían descubrirse en este proceso ciertos gérmenes de los futuros fascismos.

Ahora bien, en el curso de los mismos años, en Viena y en el mundo eslavo-balcánico, la controversia en torno al *Bund* judío divide a la socialdemocracia. Frente a Bauer, Stalin da en 1913 la conclusión de una elaboración teórica que había esbozado a partir de 1904, a los veinticinco años. Como que se trata del fundamento teórico de la edificación de la URSS y de los nacionalismos revolucionarios mundiales, es preciso situar en la década que precede inmediatamente a la primera guerra mundial el episodio central que debería aclarar todo estudio histórico-sociológico del concepto “nación” en el siglo XX.

f) *La teoría marxista de la nación* merece, por lo demás, ser examinada no sólo por su papel, enorme a partir de 1917, sino por sí misma, puesto que es una *teoría histórica* del hecho “nación”, sin equivalente, como hemos visto. Ya no es posible, después de la tesis de S. Frank Bloom (Columbia, 1941), repetir, como a menudo se había hecho, que Marx y Engels habían “negado” la nación, manifestándose nacionalistas alemanes cuando les interesaba. Bloom destacó una serie de textos que expresan con exactitud, en Marx y Engels, lo esencial de las posiciones sistematizadas más tarde por Lenin y sobre todo por Stalin: “La nación es una comunidad estable, históricamente constituida, de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, que se traduce por una comunidad de cultura.” “La nación es una categoría histórica, y es una categoría histórica de una época determinada, la del capitalismo ascendente.” “La cuestión nacional, en las distintas épocas, sirve inte-

reses distintos, toma matices distintos, en función de la clase que la plantea y del momento en que la plantea.”

La dificultad, en la combinación de las tres fórmulas, estriba en vincular una “formidable estabilidad”, que define la permanencia, en un territorio determinado, de solidaridades materiales, de hechos lingüísticos, de semejanzas psicológicas, con la noción de “categoría histórica” reciente, ligada tan sólo al ascenso del capitalismo.

Es la tercera fórmula la que muestra, en la estabilidad remota del grupo y en la consciencia de comunidad, más o menos clara, que supone, *un marco y un instrumento utilizados sucesivamente por varias clases sociales para asentar una dominación política efectiva*, o por lo menos para reivindicarla.

Pero, naturalmente, la teoría marxista de la nación se interroga sobre todo acerca del presente y del porvenir, acerca del relevo de la burguesía por el proletariado en la exigencia de dirección de los grupos.

Con mucha independencia de esta preocupación —pero no de esta línea de pensamiento, sin duda— el historiador noruego Halvdan Koht, entre 1910 y 1950, no ha dejado de sostener, a propósito de un pasado más lejano, y con textos en la mano, apoyándose en particular en la historia de la Edad Media escandinava, que “la ascensión sucesiva de las clases sociales es uno de los factores más importantes en la formación de una sociedad nacional”.

Bajo esta forma a la vez general, flexible y prudente, veremos que las hipótesis de trabajo más eficaces, en el curso de nuestro en-

sayo sobre las relaciones entre grupo catalán y grupo español, nos vendrán proporcionadas por esta noción: la relación dialéctica entre el relevo de unas clases sociales por otras en las aspiraciones políticas y, por otra parte, la formación de los grupos con fuerte consciencia de comunidad. Esta formación, siendo histórica, es a la *vez progresiva y condicionada*. El agrupamiento no es “eterno”. Y en el acceso a las formas políticas modernas, puede tener éxito, fracasar, desaparecer o renacer. Depende de las condiciones internas y externas de su desarrollo. *El problema de los agrupamientos no puede separarse del problema de los crecimientos.*

g) En este análisis simultáneo, la única manera de plantear bien cronológicamente las condiciones de una investigación eficaz nos ha parecido ser un *procedimiento retrospectivo*. Consiste en ir de lo conocido a lo desconocido, del presente al pasado, del hoy al ayer y luego al anteayer, registrando las fechas de aparición de las palabras, de las nociones y de las actitudes.

He dado primero, en una exposición preparatoria, el ejemplo de un enfoque de esta clase.

Partiendo de *hechos directamente observados* —una consciencia de grupo políticamente traducida en exigencia de autonomía por lo menos, y de soberanía tal vez—, busqué, remontándome por los siglos XX y XIX, los cortes cronológicos donde existe tal exigencia, aquéllos en que no existe o se expresa con menos fuerza, aquéllos en que la consciencia de grupo se manifiesta de otra manera y aquéllos en que esta consciencia misma parece desvanecida.

Cada etapa así reconstituida corresponde a un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas materiales y espirituales de la región, y este nivel implica a su vez un determinado tipo de relaciones entre clases dirigentes de Cataluña y personal político de Madrid, armazón del estado español.

Estos antecedentes relativamente próximos del “problema catalán” contemporáneo sugieren que se aplique este método de observación a los fundamentos más antiguos de la comunidad catalana, de las rebeliones del siglo XVII a la decadencia del siglo XVI y a los orígenes de la potencia política medieval.

De hito en hito, esta revisión retrospectiva establecerá las hipótesis fundamentales que la obra, replanteando el problema en un orden lógico y cronológico, se encargará de verificar.

## LA CUESTIÓN NACIONAL

Hace unos quince años, cuando publiqué *Cataluña en la España moderna (investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales)*, me referí en un extenso prólogo al vocabulario y problemática del *hecho nación* y a sus relaciones con otros conceptos —o mejor dicho, *palabras*— generalmente usadas con poco rigor: Estado, patria, nacionalidad, pueblo, país, región, etnia, cada una con su correspondiente derivado semántico. No me quejo de la acogida que recibió mi obra, pero he de lamentar que mi esfuerzo por desbrozar de equívocos y tópicos la definición del *hecho nacional* no fuera especialmente subrayado ni discutido por la crítica —salvo en Cataluña, claro está—, sino silenciado, lo que vino a confirmarme que los lectores de un trabajo histórico, aun en el caso de profesionales, se interesan más por el hecho *particular* —máxime si les atañe— que por la *problemática general*. Demasiadas veces, el historiador se resiste a ser *sociólogo* y con mayor frecuencia sucede a la inversa.

Hoy, como atestigua este número de Historia 16, y por razones que convendría enumerar por más que resulten evidentes en España, la reflexión y discusión en torno al *hecho nacional* están a la orden del día e incluso diría que de moda, sin ningún matiz peyorativo, porque cualquier moda tiene sentido. En 1962, en cambio, Francia salía de la guerra de Argelia y de un proceso descolonizador y, en esas circunstancias, era preferible no aludir a los errores psicológicos cometidos respecto al *hecho nacional*. No pretendo con esto confundir los problemas coloniales con los *nacionales* clásicos, si bien la voluntad de *identidad e independencia* de los grupos humanos temporalmente colonizados constituye, por supuesto, el fundamento de las descolonizaciones.

Observaba en el prólogo a *Cataluña en la España moderna* que toda incipiente reivindicación *nacional* suele ser rechazada al principio como carente de base: la negación del *hecho nacional* cuando despierta o resurge es, normalmente, la primera reacción del Estado dominante. “*No existe la nación argelina*”, nos repitieron durante años. Por eso, a los agitadores nacionalistas de un país no independiente se les tacha de inventores de problemas *artificiales*, al tiempo que se castiga al grupo concreto con recelos y sanciones que acaban generando esos pretendidos artificios y consolidando el fenómeno cuya existencia se negaba.

Al reflexionar sobre Cataluña en 1962, evocaba, por tanto, no sólo mis impresiones escolares sobre la Europa del XIX —el *problema de las nacionalidades*—, sino las polémicas marxistas entre 1904 y 1913. Bastará decir que de pequeño —y esto deja huella— viví la gue-



rra del 14 y, de adolescente, la espontánea reacción de la juventud contra el chauvinismo posbélico, que presencié como simple ciudadano el enorme revuelo sentimental e ideológico aventado por la amenaza fascista centrada en la guerra de España y que conocí como soldado y como prisionero la derrota y la resistencia en la Segunda Guerra Mundial, para advertir que la temática nacionalista ha planeado de forma constante sobre mí y que la mayoría de mis contemporáneos contemplan estos hechos como algo natural sin incidir en sus ásperas contradicciones internas.

Por esta doble experiencia de historiador y ciudadano suscribo conscientemente la célebre frase de Marx y Engels: *“La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy (con la reserva formulada por Engels respecto a las sociedades primitivas) es la historia de la lucha de clases”*, lo que no quiere decir —como quizá insinúen los teóricos, marxistas o no, de la historiografía clásica y de la de “sucesos”— que carezcan de interés o de relevancia histórica los conflictos entre grupos humanos organizados: griegos contra persas, romanos contra galos, españoles cristianos contra árabes o indios de América, ingleses y prusianos contra franceses o franceses y rusos contra alemanes.

No obstante, toda la obra de Marx y Engels excluye una interpretación abusiva de la supremacía de la lucha de clases en el curso de la historia. Tal supremacía tan sólo significa que la evolución *real* de la Humanidad, es decir, el desarrollo de su *capacidad productiva* y de sus *transformaciones sociales*, no depende tanto de los grandes conflictos internacionales o interestatales como de las luchas empen-

didadas en el interior de los grupos organizados entre las clases responsables de la producción y distribución de los bienes.

Las contradicciones entre las clases dominantes y dominadas, las explotadoras y las explotadas, son precisamente *operativas* y al inscribirse en formaciones políticas cambiantes —en territorio o forma de Estado— engendran conflictos *internos* y *externos* en cada grupo. La lucha de clases sigue siendo *el motor* de las transformaciones por las que el hombre domina la Naturaleza, pero como los grupos organizados pretenden crecer a expensas de los otros —lo que fomenta crecimientos localizados y esporádicos— existe una *dialéctica entre luchas de grupos y luchas de clases* en la que convergen la historia clásica de los reinos y las potencias y las relaciones sociales de los hombres entre sí.

Desgraciadamente, la historiografía clásica y, sobre todo, la historiografía nacionalista del XIX, filtraron en el discurso político y el lenguaje unos comportamientos que arteramente encubren esta dialéctica real: las clases sociales desaparecen y el grupo *se personaliza*. Cuando antiguamente se decía “el rey de España quiere” o “el rey de Francia dispone”, podrían ser Olivares o Richelieu los responsables; cuando se empezó a decir “España quiere” o “Francia dispone”, se le confirió al *cuerpo político* la ilusión de ser *persona que actúa*. ¿Pero *quién es el cuerpo político*? Según el lenguaje histórico y político habitual, *los Estados; mas no se deja de decir naciones*.

El lenguaje, por tanto, tiende a que confundamos *Estado y nación*. El siglo XIX, nacionalista en Europa, fue colonialista en África y

Asia, y el siglo XX, descolonizador, divide en dos a Alemania y Corea, inventa las supernacionalidades europea y árabe y es testigo del resurgir de las pasiones irlandesa y vasca. En resumen, no hay coincidencia entre las *potencias* existentes y la *voluntad de vivir juntos* que para Renan era el fundamento de la *nación* y observamos que la historia no propicia esta coincidencia. Pese a ello, cada *Estado* invoca el interés *nacional* frente a las reivindicaciones de grupo o clase y en el interior de esos *Estados* o contra los imperialismos de cualquier género se alzan voluntades colectivas de *liberación nacional*.

¿Dónde encontrar, entonces, una definición aceptable del hecho *nación*, acaso en un concepto entendido como “objeto teórico y real cuya irreductibilidad transhistórica se admite”, según afirma Poulantzas en *El Estado, el poder, el socialismo* (París, 1978, pág. 103)? No creo que sea el camino idóneo. La *nación*, *categoría histórica*, sólo puede definirse *históricamente* con la ayuda accidental del psicólogo, del sociólogo y del etnólogo, cuyos puntos de vista deberá encuadrar el historiador en su exacta perspectiva.

\* \* \*

La *psicosociología de grupo* puede y debe servirnos en el estudio del *hecho nación*. El individuo precisa integrarse en un grupo de los que se ofrecen a su elección, desde el club deportivo y el sindicato hasta la banda musical o los partidos políticos, sin olvidarnos de las iglesias. Ocurre también que bajo formas más espontáneas, menos organizadas y preexistentes al individuo, se agita una *conciencia de comunidad*: un hombre es de un pueblo, de una *comarca* (ésta es, para Caro Baroja, el marco más natural de comunidad).

Ahora bien, la conciencia de comunidad implica sentir un *dentro* y un *fuera*, un *nosotros* y un *ellos*, una *pertenencia posesiva* (nosotros pertenecemos al grupo y el grupo nos pertenece) y una *desconfianza* hacia los grupos vecinos que van desde el desdén a los celos y de la burla a la riña y que se manifiesta en *momentos señalados*, como las fiestas, las competiciones deportivas o similares tipos de *encuentros*.

¿Cuándo y a qué nivel, qué grado de intensidad y de permanencia alcanza y cuál es el mínimo de voluntad política necesario para decidir que la psicología comunitaria se ha transferido a una entidad que puede llamarse *nación*? Corresponde saberlo al historiador, aunque previamente ha de existir el fenómeno, algo imposible de suestimar y que se escapa a cualquier *juicio de valor* porque se trata de un hecho a la vez positivo y negativo, revolucionario y conservador, mezcla de heroísmo y barbarie; que el sentimiento de comunidad se

identifique con el marco político existente o que se alce contra él para reclamar independencia, promueve admirables resistencias o deplorables excesos emotivos: racismos, xenofobias y chauvinismos duraderos (fascismos) o esporádicos (agosto de 1914).

Estas relaciones individuo-grupo han sido analizadas en nuestro tiempo desde un prisma psicoanalítico, bajo un enfoque sexual como Wilhelm Reich o, más esclarecedoramente, a mi juicio, por Alfred Adler, quien destaca la transferencia del grupo al individuo de los complejos de inferioridad-superioridad y de situación-aspiración, lo que se plasma de forma explícita en la continua espiral histórica de derrotas-humillaciones-agresividades y victorias-relajamientos-resistencias. Así, la socio-psicología ayuda a desvelar cuál es la *forma* y la *intensidad* histórica de las conciencias de grupo, pero apenas aclara por qué se presenta y en qué marco espacial se desarrolla en cada instante histórico. Ya observó Lucien Febvre que el problema más grave de una auténtica *geografía histórica* estriba en la *existencia* de las grandes naciones modernas. Yo añadiría: y en el de su *actual replanteamiento*.

Pero antes de volver a la historia conviene pedir a los sociólogos que nos digan lo que descubren en los orígenes de las relaciones entre conciencia de grupo y el complejo político-social. Sabemos que *lo primitivo* de hoy no encaja en el hipotético *primitivo* que nos antecede, pero su actitud psicológica frente al grupo, ¿anuncia la nuestra?

## II

Como implícita justificación del hecho *nación* se ha mencionado la *etnología*. La especificidad del grupo y sus implicaciones religiosas posiblemente suscitaron en Durkheim su concepción de la nación moderna como un todo, con un tinte de culto a la patria. Marcel Mauss, en 1919-1920, experimentaba cierto embarazo al pasar de las concepciones de grupo de las sociedades *fragmentarias* a las definiciones jurídico-políticas de la Filosofía de las Luces, y en 1950, Davy, en un tratado de sociología política, pasaba sin transición ni explicación, del *potlach* a la *nación* de Renan.

La etnología estructural fijó las relaciones entre estructuras de *linaje, mentales y espaciales*, pero el reciente seminario de Lévi-Strauss sobre *La Identidad* (París, 1977) no desvela el papel de la *pertenencia al grupo* en la *conciencia de sí mismo* que el individuo tiene. Tan sólo la ponencia de Michel Izard, *A propósito de la identidad étnica*, propone interesantes sugerencias al respecto (olvidándonos del aspecto semántico, ya que dice, por ejemplo, que un grupo de forjadores, en cuanto que tecnológicamente definido, es *ahistórico e internacional*) al mostrar que lo que los colonizadores llamarían “El Imperio Mossi”, es un *mosaico de relaciones*, la confluencia de *situaciones de oposición*, cuya primordial característica es depender, en un momento determinado de su historia, de unos conquistadores, los Moose, de lo que deriva una conciencia de marginación y una frustración de las que

se resarce esgrimiendo una cultura de valores propios, ética y rural, con la que, sin combatir el violento mundo del poderoso, indudablemente lo desprecia<sup>1</sup>. Así, la *etnia* ocuparía el puesto reservado al *antipoder*, a lo *antisagrado*, al *antidiscursio* y a la *antihistoria*, lo que coincide con algunos rechazos rurales y étnicos de hoy día<sup>2</sup>.

Se trata de algo frecuente: Egipto, Asiria, los Incas o los Aztecas, nos enseñan que en más de una ocasión se ha pasado “del clan al Imperio” por vía de conquista. Existen entonces dominantes y dominados, un *poder de Estado* y *frustradas conciencias de grupo*. En América, los conquistadores hispanos añadieron estratos: ¿Se hará la nación que no era en un principio con el indio *andino*? ¿Se le integrará en un Perú o una Bolivia nacidas de la planificación colonial que ve al indio como una *casta*? Etnología e Historia no pueden ir separadas. Por lo demás, también la *etnografía regional* tiene algo que decir de las sociedades más evolucionadas, apreciando en las unidades políticas que se crean una *antropología diferencial*. Esto se reconoce en España y empieza a reconocerse en Francia; mas ¿qué decir de las minorías *raciales* muy diferenciadas, con una dramática herencia social a sus espaldas y ubicadas en modernas formaciones políticas como los Estados Unidos? El problema *negro*, como el *judío*, es el de las *naciones sin territorio*, y la imagen optimista del *melting pot*, unificador de las razas diversas, queda anticuada.

Evidentemente, bajo los modernos imperios alientan viejas infraestructuras que sobrevivieron al aparato administrativo-militar del imperio *romano* o de los imperios *orientales*, cuya incidencia cultural no logró borrar las etnias latentes ni prefigurar las modernas

naciones, pese a las teorías de Jullian o Menéndez Pidal, y cuya desaparición fomentó las divisiones subyacentes, los *pagi*, países-marco en la nueva vida medieval (condados, obispados).

En el campo *nacional*, la Antigüedad nos ha dejado modelos o, más bien, *imágenes* falsas, pero operantes: las pequeñas monarquías prehelénicas, las ciudades griegas clásicas o las ciudades itálicas primitivas, similares en sus orígenes a las sociedades fragmentarias (genosphratra-phulé o genscuria-tribú) antes que a nuestros actuales territorios *nacionales*. Con ellas, el *cuerpo político* (polis) se personaliza: se habla de Micenas, Atenas, Esparta, Roma y Alba y la tradición literaria hereda de ellas la *imagen de la patria*.

En cambio, el comienzo de la Edad Media en Occidente es destructivo respecto al hecho *nacional*. Corrientes *etno-lingüísticas* surcan por entonces el espacio romanizado alterando los viejos substratos y las estabilizaciones romanas. Se habla de *nacionalidades ambulantes*: Godos, Francos o Lombardos dejan su tarjeta de visita, pero, ¿cristalizan en algo? Entre los siglos V y X y, sobre todo, en el ámbito de los poderes, hay una tendencia a *localizar e individualizar*<sup>3</sup>. En la base del modo de producción feudal, un hombre pertenece a una *comunidad lugareña* y depende de un señor, pero en la cúspide, la Iglesia es universal y se expresa en latín, precisamente cuando brotan los idiomas o lenguas *populares* (mediante la palabra *nación*, ligada a la idea de *nacimiento*, se señalan las diferencias idiomáticas: *nationes sive lingua*, escribe Santo Tomás).



Posteriormente, la lengua se asocia al *carácter*. En las universidades, los estudiantes de *lengua y origen regional diferentes* se agrupan en *naciones* y, ante los demás, el inglés adquiere condición de borracho; el francés, de orgulloso; el alemán, de bruto; el normando, de fanfarrón; el borgoñón, de estúpido; el bretón, de inconstante; el siciliano, de déspota, y el flamenco, de glotón. Retengamos de esta enumeración de Jacques de Vitry que los *estereotipos* nacionales surgen al socaire de puerilidades hartamente asustantes<sup>4</sup> y que no recaen éstos tanto en los grupos nacionales habituales como en regiones específicas: Lombardía, Poitu, Brabante. Existen, pues, *agrupaciones en potencia*. Se ha hablado de *nacionalidades provinciales*, término que, aunque impreciso, nos esboza un panorama de *etnias regionales subyacentes* y aún vivas.

¿Y *quién* debe organizar políticamente estos grupos subyacentes? Los grandes nobles —condes de Castilla o Barcelona, duque de Francia—, que acceden al título regio explotando prestigios y derechos de muy vario origen: soberanías feudales, carácter sacral de la monarquía, reliquias del Derecho Romano. Pero desde el punto de vista de la nación futura, el proceso es doble: los reyes o los señores feudales, sin contar con sus súbditos, esgrimen derechos de conquista o tramam combinaciones matrimoniales, si bien apelan a veces a una solidaridad de origen —como hacen, llegado el caso, los reyes catalanes al decir *naturals nostres*.

De ahí que conviene ser cautos al valorar lo *nacional* en la Edad Media. Entonces, y no más que hoy, difieren lo político y lo étnico, la nacionalidad y la reconstrucción del Estado. Lo *nacional*, sin em-

bargo, no es tajantemente rechazado y así un sentimiento de grupo –defensivo, como el de Francia en la Guerra de los Treinta Años– respalda la acción regia y una coalición de intereses fundada en un mismo origen y un objetivo compartido alumbró una forma de Estado nacional precoz –Cataluña en el siglo XIII–, caso insólito al conjuntarse monarquía feudal y burguesía comercial, ya que ésta solía promover repúblicas de ciudadanos. De todos modos, hay países (Polonia, Escandinavia) donde la nobleza, como clase dirigente, plantea –y no siempre resuelve– problemas de construcción nacional.

Si desatendemos todo esto arguyendo que la palabra *nación* no ofrece el mismo sentido en el medievo que hoy, prescindimos del papel subyacente, activo o pasivo, de *los factores objetivos de comunidad* no transhistóricos, aunque de larga duración, que *reutilizan* –pues no los crean– los sucesivos modos de producción en la organización política del espacio. Ni la comunidad crea el Estado que surge ni tampoco el Estado crea su comunidad, la relación es *dinámica y dialéctica*. El *Estado moderno*, que acabará confundándose con la *nación*, sólo se consolidará como forma política avanzada en el tránsito del feudalismo al capitalismo, *en determinados países, a ciertos niveles y en momentos precisos* –los Tudor, los Reyes Católicos– y se le denomina España, Inglaterra o Francia –así, en singular y no en plural, como antes– *desde fuera*.

Nikos Poulantzas, un marxista empeñado en demostrar que el marxismo se equivoca, afirma en la obra ya citada que, según la óptica marxista, *la nación, lo mismo que el Estado moderno, sería creación del*

*capital mercantil propio de la burguesía mercantil de los albores del capitalismo, explicación nada grata a Poulantzas, pues no es tan sólo muy parcial, sino que funciona como un obstáculo para llegar a un verdadero análisis de la nación moderna. Más he aquí la conclusión del autor destinada, sin duda, a remover el obstáculo: El desarrollo desigual del capitalismo es a su vez consustancial, en su dimensión espacializada, a esta morfología discontinua; la expansión del capital, consustancial a esta tipología de orientación irreversible; el imperialismo, en su sentido moderno, consustancial a esas fronteras. Las premisas (sic) del territorio como elemento constitutivo de la nación moderna se inscriben en esta matriz espacial capitalista (pág. 105).*

¿Se han enterado? No pregunten de qué capitalismo se trata ni de qué capital —lo que importa mucho más—: ¿los Fugger o los Rothschild, el Arsenal de Venecia o Krupp, el Potosí o la Standard Oil, Montchréstien o Bastiat, Felipe II o la Reina Victoria? De interesarnos en esto, ¡caemos en el empirismo! y, peor aún, si insistimos en aspectos lingüísticos, tradicionales o culturales, considerados —“de alguna manera”, si se es marxista como Poulantzas— como “esencias históricas de carácter inmóvil”.

Siempre resulta divertido —por simpático que nos caiga su esfuerzo— ver cómo alguien atribuye sus propios defectos a los demás, cómo coloca al inmovilismo donde no está y cómo propone la confusión como rigor. Treinta y dos páginas sobre “la nación y el Estado” sin nombrar un solo Estado y ninguna nación quizá sea un *tour de force* teórico, pero yo prefiero el marxismo histórico.

Investiguemos lo que “en la modernidad del siglo XVI” que decía Henri Hauser rebasa el medievo y anuncia el porvenir, aunque esté lejos todavía de vislumbrar la *nación-Estado* de los siglos XIX y XX. Las tres grandes monarquías absolutas –España, Francia e Inglaterra– no son, seguramente, *Estados capitalistas*, sino el término de un *orden feudal* cuyo desarrollo controlaron (lo mismo que el capitalismo actual es la culminación del capitalismo salvaje de sus orígenes). Estas monarquías amparan los valores, las jerarquías y los recursos de la clase feudal, pero deben adaptarse a un mundo transformado por el ascenso de las fuerzas productivas y la apertura de nuevos mercados con el Descubrimiento.

¿Se otorga un decisivo papel a la burguesía? Seamos prudentes: hubo burguesías desde la Edad Media y con representación ante los reyes. ¡Mas los monarcas del XVI, si es preciso, niegan sus deudas y ahorcan a sus financieros! Sin embargo, al multiplicar el Estado moderno los Consejos y las Cámaras y al atender las apelaciones de juristas y *arbitristas*, está reclamando una *política económica* que desborde las modestas pretensiones de las antiguas casas reales. ¿Se hablará ya de las “cuentas de la nación”? Todavía se habla “del Príncipe” o “del Reino”, pero ya también “de República” y se concibe al Estado como “cosa de todos”.

En la conducta económica del poder hay un sentido de mercado unido dentro de las fronteras, cuyo símbolo más representativo lo encarna la *unidad monetaria*. Pero España no llega a realizarla y Francia no hará la unión aduanera hasta 1789. No nos precipitemos, por tanto: la nación como *mercado* es una idea del capitalismo *industrial*.

Hasta entonces, todo son balbuceos. Por el contrario, *hacia el exterior*, los intereses del Estado y el interés común confluyen en el *mercantilismo*. Hubo mercantilismo en la Edad Media y lo hay hoy (véanse nuestros ministros), pero es en los siglos XVI y XVII cuando se sistematiza. Marx ha observado que el mercantilismo es una forma elemental del capitalismo (la de “acumular dinero”), antes a nivel colectivo que individual. Con Montchréstien, en 1615, la *economía* (gestión de la casa –oikós) se convierte en *economía política* (gestión de la polis): vender más de lo que se compra, *incrementar* la riqueza del reino, *impulsar* la agricultura y la ganadería, verdaderas *ubres de Francia*. ¡Ya está personalizada la comunidad!

Todo se ha ido gestando: la reforma ha roto la universalidad católica. El Humanismo y el Renacimiento resucitan el derecho justinianiano y la nación de *pertenencia-posesión* forja el concepto de *patria*: “Francia, madre de las artes, de las armas, de las leyes, largo tiempo me alimentaste con la *leche de tus pechos*.” “Nuestra España”, dirían los arbitristas castellanos de los años 1615-1620.

Evocar y, desde luego, conocer todo esto, ¿supone un obstáculo en el análisis de la *nación* moderna o nos da la clave de la cuestión, es decir, la aparición de un *tipo de Estado* que sin descartar la patrimonial imagen regia configura el mito futuro de la simbiosis Estado-colectividad? Convertir esto en “creación del capital-mercantil” es ridículo y me gustaría saber qué texto marxista lo propone. Ciertamente, la burguesía mercantil acabó reivindicando el Estado-na-

ción, pero fue al cabo de una evolución y en un caso revolucionario, los Países Bajos contra Felipe II, asunto nada fácil porque los intereses, la lengua y la religión desempeñan su papel y tanto príncipes como nobleza y pueblo raso actúan juntos o por separado; pero si hay un país donde la “burguesía mercantil”, extraordinariamente más desarrollada que en cualquier otro sitio, inspira, organiza y manda es, efectivamente, en este primer modelo de “revolución nacional burguesa” contra un poder “extranjero”, aunque legítimo, para el derecho feudal. Ahora bien, ¿se trata de una “matriz territorial” que acepta cualquier tipo de capitalismo? No, evidentemente: esta burguesía mercantil no es la burguesía capitalista del siglo XIX porque los tiempos *modernos* no son los *contemporáneos* que inaugurarán la revolución *industrial*. Antes de la *nación-mercado* está la *nación-mercantil*.

Lo confirma la Inglaterra de las revoluciones de finales del siglo XVII. Tomás Munn, en *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*, recomienda a su hijo piedad y después “política, o sea, cómo amar y servir a la patria instruyéndote en los deberes y la conducta de las diversas profesiones que a veces dirigen y a veces ejecutan los asuntos de la República conservando algunas cosas y ampliando otras... Y, muy en primer término, te hablaré del *comerciante*, porque éste debe ser el agente principal de esta gran empresa...”.

¡La patria-empresa! ¡Qué lección para comprender el paso del feudalismo al capitalismo! Análisis que no se efectúa con negaciones dogmáticas o identificaciones someras, sino sobre *textos* y por *comparaciones*. Afirmamos que *en caso de revolución*, la clase dirigente

*invoca* —y con éxito— una identidad étnica, lingüística, cultural y religiosa frente al *Estado existente*, y que *una clase en el poder* —o estrechamente ligada a éste— *identifica colectividad y Estado* sin destapar el tema de las etnias subyacentes. La palabra *nación* no corresponde, sin embargo, todavía, a los *tiempos modernos*. Hay *República* y *patria*, lo que ya es mucho; pero, ¿qué aporta entonces la palabra *nación* cuando cambia de sentido y se sitúa en la primera fila del vocabulario político a fines del XVIII?

\* \* \*

Mutación bien sabida: tiene lugar en Francia. ¿Hace falta empararse en el siglo XVIII francés para ver cómo se perfecciona en él la “matriz territorial”? Las viejas etnias laten bajo las tierras agrupadas por la monarquía, pero la necesidad de unión es *económica* —libre circulación— y social —¡fuera los privilegios feudales!—. Durante mucho tiempo, la oposición aparece, en lo más alto, cosmopolita (las “Luces”) y, en lo más bajo, particularista: Comté, Provenza y Bearn se preguntan en los “Cuadernos de Quejas” si deben seguir siendo “francesas” y sólo en el momento álgido del proceso revolucionario, *patriota* toma el sentido de *partidario del bien público* contra los intereses establecidos y *nación*, el de *conjunto de ciudadanos* desti-

nados a *asumir el poder del Estado* frente a las arbitrariedades. Visto desde dentro, “la nación en asamblea no puede recibir órdenes”, y visto desde fuera, Goethe siente nacer en Valmy “una era nueva” cuando oye gritar a los soldados: “¡Viva la nación!”

Otra vez el *Estado-nación*, hallazgo dialéctico porque se trata de una creación recíproca y contradictoria: la nueva comunidad reemplaza a las antiguas reafirmando su unidad cuando se agudiza la lucha de clases. Pero es una *revolución*: el *campesino* encarna en la defensa de la patria la de sus nuevos derechos, y la *burguesía*, de hecho en el poder, postula una asimilación ideológica de los *principios del 89, de la nación como comunidad voluntaria y del territorio único e indivisible*. El mercado nacional será unificado, defendido, ensanchado. No se perfeccionará el modelo hasta después de 1871, bajo el efecto de la derrota y tras el ascenso de las clases medias, cuando todo ciudadano llegue a *soldado* y la escuela difunda el culto a la *patria*.

Esta dialéctica de la Revolución se propaga por Europa. Mas cuando los franceses exportan libertad “en la punta de sus bayonetas”, las comunidades agredidas reaccionan; no homogéneamente porque las clases del Antiguo Régimen creen combatir en defensa de sus privilegios, las “ilustradas” oponen sus propios principios y las clases populares por odio “al extranjero”. Si todo esto se mezcla, como pasa en España, la defensa es un éxito, pero la reconstrucción fracasa. Con este motivo se descubre que lucha contra el invasor una *comunidad* y no una *sociedad* (Tönnies desarrollará posteriormente la distinción *Gemeinschaft-Gesellschaft*). Una comunidad contra Napoleón en Alemania —donde se exalta el espíritu popular o



Volksgeist— y también en España, donde Capmany, en Cádiz, propone definir a la nación no como conjunto de españoles, sino como *comunidad*, en la acepción de “comunidad de fieles”. *Mística de la Patria* que vibrará a finales de siglo en los discursos políticos de Castelar o Costa.

¿Cómo apreciar entonces en esta *nación*, en esta *patria* que ya tiene sus místicos, una *categoría histórica* del capitalismo, marco de expansión de la *burguesía*? No son incompatibles ambas cosas —Tomás Munn las asocia— y el creador de la economía clásica, rompiendo con el mercantilismo, titula su obra *Wealth of Nations* y no *Richesse des états*. Mas he aquí que interviene la *industria*, la *burguesía industrial*. Oigamos a los representantes alemanes de 1850-1870:

“Ya es hora de que los industriales alemanes actúen en connivencia con la *resurrección nacional de la patria*... *Su interés y el interés de la patria coinciden*... *Sin la entrada de Alemania en la vida industrial no habríamos salido del lamentable estado de la división interna. Polonia ha sido excluida de la lista de naciones por no disponer de una burguesía vigorosa, que sólo la industria manufacturera puede concitar.*”

El autor de la última frase es List, teórico lúcido, frío y hasta cínico, al *relacionar nación, poderío, industria y guerra*. ¿Qué queda de la comunidad *sentimental* de lengua, cultura y carácter? Fijémonos en lo que se evoca y en el vocabulario usado y recordemos que *el Estado cerrado* es idea de Fichte, doctrinario de la nación *alemana*. Esta conjunción forjadora de la unidad italiana y germana es también la de los catalanes, que pretendían revigorizar —mediante la economía— la

antigua potencialidad española, la *nación* que Capmany había intentado definir. La relación entre burguesía industrial y nación-Estado (no simplemente *nación*) me parece una de las evidencias históricas más fundadas porque los *hechos* encajan en los *textos*.

Mas este propósito de mantener y concebir los viejos Estados modernos –España, Francia e Inglaterra– como potencias económicas y el éxito de Alemania e Italia, que derriban los antiguos marcos feudales, inducen a creer que el Occidente europeo representaba con su progreso material el fin de un proceso necesario e irreversible encaminado a la unificación entre *nación* y *Estado*. El mundo de 1900 apenas distinguía en el Occidente europeo fisuras internas en los grandes Estados-naciones reconocidos –a excepción de Irlanda–. Los marxistas creían encontrar esta fisura entre la clase obrera y la burguesía, punto en el que las naciones-Estados se revelaron sorprendentemente sólidas en 1914. Si los catalanes, vascos y flamencos de hoy se extrañan de no haber atraído la atención mundial antes de 1914 es preciso recordarles que los movimientos nacionales de Europa central y oriental, entonces en auge, auspiciaban el modelo de las “patrias” a la francesa como el modelo más coherente de Estado-nación.

Recalqué en 1962 la sorprendente aparición de estudios y tratados relativos al problema de la nación en la Europa prebélica de 1904-1913, con la finalidad de ponderar la excepcional lucidez de la obra de Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana* (1906), pero también

recordaba a los alemanes Meinecke, Weber y Tönnies, a los franceses Barrè, Maurras, Péguy, Durkheim y Jaurès, a los austríacos Renner, Bauer y Strasser y a tantos otros autores que escriben sobre la nación en este decenio.

Son estos “austro-marxistas” Renner y Bauer los que nos introducen en el último problema que deseaba apuntar —brevemente, porque ya ha sido reiteradamente aludido en España en los últimos tiempos—, el del pensamiento marxista sobre la nación. Típico ejemplo de frívolo tratamiento del tema es, cómo no, Poulantzas, quien dice (op. cit. p. 102) que la nación *concentra de cualquier forma el conjunto de aporías de un cierto marxismo tradicional. Es preciso hacerse a esta evidencia: no hay teoría marxista sobre la nación. Manifestar que —a pesar de los apasionados debates sobre el particular en el movimiento obrero— el marxismo subestima la realidad nacional es quedarse corto.*

¡Curioso! Hubo el gran debate 1904-1913, la guerra del 14, la denuncia de las traiciones de la socialdemocracia, la construcción de la URSS, la guerra de España, la resistencia “patriótica” al fascismo, las liberaciones coloniales (¡Vietnam!, Cuba, el Che), ¡y todavía ha sido subestimada la “realidad nacional” por los marxistas! ¿No guarda, pues, relación la teoría con la práctica?

Sobre los mismos Marx y Engels respecto a “la nación” resulta inevitable referirse a la obra de Bloom (Columbia, 1914), que durante bastante tiempo creyó Maxime Rodinson ser el único que la había leído. Se trata de un libro útil, pero siempre me pregunto si el que existan libros *sobre* autores no dispensa el estudio de los autores

mismos y de sus fórmulas sencillas, en apariencia las más fáciles, ya que, como dijo un día Einstein a Malraux, a propósito de la compli- cidad de los burgueses en la guerra de España: “Las cosas fáciles no son necesariamente falsas.” Todo lo contrario, siempre que se las entienda. Volvamos, pues, al “Manifiesto” —no recurramos siempre al “capital”— donde encontramos la famosa frase: *Se ha reprochado a los comunistas querer suprimir la patria, la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede privar de lo que no tienen.*

Frase que, al igual que las relativas a la historia y la lucha de cla- ses, ha hecho estragos. Frase enarbolada por los adversarios de Marx en nombre del *sentimiento* nacional y por los partidarios de un internacionalismo obrero indiferente a las realidades creadas por la historia para subestimar el *hecho* nacional. Nosotros, aun criticando el uso *simplista* que de ella se hace, no subestimamos su *veracidad*. Re- leamos el magnífico poema de Nicolás Guillén, *Tengo*, inspirado en el triunfo de la revolución cubana y descubrimos lo que *no tiene* el trabajador en una patria capitalista y *lo que tiene* si cambia las bases de la sociedad. Así, adquiere significado la frase *el trabajador carece de patria*. Pero sigamos con el “Manifiesto”.

*El proletario, partiendo del hecho de que debe, en primer lugar, conquis- tar el poder político, erigirse luego en clase nacional y constituir esta misma clase en nación, es todavía nacional, aunque no en el sentido burgués.*

Analicémoslo: 1) La nación existe. 2) Es un hecho político. 3) Toda clase dominante se erige en clase nacional. 4) Toda clase na- cional se identifica con la nación. 5) Lo ha hecho la burguesía y el

proletariado pretende hacerlo. 6) El hecho nacional puede cambiar de sentido, según la clase que lo asuma.

Podría trazarse una línea divisoria –útil en nuestra investigación sobre las interpretaciones del hecho nacional– entre los que han ignorado, omitido o rebatido la frase del “Manifiesto” y los que, explícitamente o no, la comprenden y aplican a situaciones concretas.

I. Los que sitúan a la nación por encima de las clases y, en determinados casos, de la historia misma, se dividen en dos tendencias:

A) La de Renan y Jaurès, herencia de los “Ilustrados” y de 1789: nación expresa la voluntad global de los ciudadanos conscientes. Es la imagen del Estado democrático con sus valores –se trata de una concepción racional y no mística– y sus trampas, pues deja claro que todos los ciudadanos, iguales en derechos, son iguales de hecho y todos deben, por tanto, defender un sistema del que sólo una minoría se beneficia. Es el soporte de la ideología burguesa de la nación que la enseñanza impuso en Francia y que muere en agosto de 1914<sup>5</sup>.

B) Se basa la segunda tendencia en el *Volksgeist* de Herder, la *Gemeinschaft* de Tönnies y el modelo etnosociológico de Durkheim, y hay que distinguir en ella la postura personal de sus autores –ecléctica, por lo general–, de sus aportaciones, para el estudio psicológico de los grupos y del vago uso que nacionalismos y fascismos hacen de la noción de *comunidad*. Me gustaría, por más que se presste a controversia, relacionar las mencionadas doctrinas con la tenta-

tiva de Otto Bauer, válida por su talante crítico hacia las teorías existentes y por su afán de acercar el individuo a la Historia, aunque en su formulación teórica incurra en ambigüedades. La nación, como “comunidad de carácter que evoluciona a una comunidad de destino” (*aus Schicksals gemeinschaft erwachsende charakter gemeinschaft*), destaca convenientemente el fundamento histórico del hecho nacional, pero la noción de *destino* posee una carga irracional. Se encuentra en José Antonio y sería interesante reconstruir cómo llegó a ella.

II. Los herederos de la frase del “Manifiesto” merecen sin duda el nombre de “marxistas”, mas no todos interpretan fielmente su sentido. La polémica entre Rosa Luxemburg y Lenin sobre el caso Polonia es reveladora, aunque no siempre vaya hasta el fondo. Ambos examinan la *doble tendencia histórica* del capitalismo, creando Estados nacionales y formando grandes potencias multinacionales y coloniales. Piensa Rosa Luxemburg que la proliferación de “Estados de rapiña” a medida que progresa el capitalismo, engendra cuadros cada vez más capacitados para la futura revolución, mientras que el “Estado nacional y el nacionalismo” son simplemente *sobres vacíos* en los que cada clase aporta, en cada circunstancia, un “contenido material particular”. Rosa preconiza para Polonia autonomías parciales (carreteras, transportes) que Lenin considera irrisorias.

Para Lenin, la tendencia a crear Estados nacionales –característica en una primera fase del desarrollo capitalista– no ha agotado su virtualidad y puede ser esgrimida aún contra los imperios políticos existentes (Rusia, Austria, Turquía). Hay, por tanto, que fomentar, en parte por principio y también por táctica, las exigencias *políticas*

de los grupos nacionales, suficientemente conscientes como para reclamar un Estado. Los “autonomistas”, limitados a peticiones puramente materiales o culturales, no sabrían jugar este papel, ya que tienden a erigir el nacionalismo burgués —económico o idealista— en un “absoluto”, “pieza maestra” de la creación, prescindiendo de sus aspectos negativos. Es el movimiento obrero el que, en su cerrada defensa de los derechos de las nacionalidades a la independencia, debe procurar discernir los aspectos antiautoritarios y antiimperialistas de esta lucha de los aspectos apologéticos y emotivos de los “nacionalismos”, incluso los más “justos”, “finos”, “puros” y “civilizados” —dice Lenin—, ya que pueden desembocar en la más falaz ideología burguesa. Así pues, deben luchar los obreros *contra* las opresiones nacionales y no *a favor* de un futuro Estado que se convierta en la *patria* común de explotadores y explotados.

Tan nítidas precisiones de Lenin sobre los *principios* y la *táctica* presuponen el *hecho nacional*, ya que puede ser *reivindicado*, pero no dicen en qué consiste. ¿Tendremos que pedirselo —como hace tiempo— a Stalin?

Un subterráneo terrorismo intelectual impulsa a pedir perdón por citar a Stalin. Esto quizá pueda explicarse, pero lo que no tiene explicación posible es que haya que encararse cualquier texto de Stalin con el ceño fruncido. El peor método a seguir si se quiere juzgar a un hombre es tomarle por tonto y no es lícito, en cualquier caso, transgredir las reglas elementales de la crítica por propia conveniencia, como hace el historiador americano Richard Pipes (*La formación de la Unión Soviética*, Harvard, 1964, págs. 37-38). Según él, cuando

Lenin, en diciembre de 1912, encargó a Stalin un artículo sobre la *nación* fue *por azar* y en ausencia de Shumian, el verdadero experto, ya que Stalin *no había escrito nada sobre el tema por entonces*. ¡Y la mayoría de los historiadores –incluso hasta Mme. Carrere d’Encausse– dan la razón a Pipes pregonando su talla de erudito! Basta abrir las *Obras completas* de Stalin –que no son inencontrables– para encararse (pág. 40 de la edición francesa y pág. 31 de la española) con un largo artículo fechado en 1904 y titulado: *¿Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional?* y preguntarse en consecuencia cuál es el método de trabajo de los historiadores<sup>6</sup>. Artículo fundamental que explica por qué Lenin, en carta a Gorki (febrero de 1913) le habla de un “maravilloso georgiano” que trabaja en el problema nacional.

No se ha reparado bastante en que Stalin se inspira para este artículo en la frase del *Manifiesto* ya citada, fundando en ella su argumentación y brindándonos un modelo de desmitificación verbal. Efectivamente, en una parte poco conocida del *Manifiesto* distinguen Marx y Engels varios socialismos: feudal, clerical, pequeño-burgués, burgués conservador y “crítico-utópico”. Stalin hace otro tanto con la *cuestión nacional* y dice que hubo en Georgia un nacionalismo feudal, otro de los clérigos, otro de pequeños-burgueses, otro de burgueses, otro socialista y así, hasta que “en la arena de la lucha irrumpen una clase nueva, el proletariado, y con él una nueva *cuestión nacional, la cuestión nacional del proletariado*”. Esto encaja con la introducción del artículo, de carácter más general:

“Todo cambia. Cambia la vida social y también con ella la *cuestión nacional*. En diversas épocas, clases diversas se aprestan al com-



bate y cada clase interpreta a su manera *la cuestión nacional*. Por consiguiente, *la cuestión nacional sirve intereses distintos en distintas épocas y adopta diversos matices conforme a la clase que la plantea y al momento en que lo plantea.*"

Es cierto que en la segunda parte de su artículo de 1904 toca Stalin problemas específicos de la Georgia de primeros de siglo, pero tan de actualidad en la España de hoy que la lectura del artículo encendería los ánimos: ¿Debe crear partidos obreros cada nacionalidad o basta conservar el partido socialdemócrata de Rusia? ¿Hay que alentar el federalismo? ¿Hay, en definitiva, que instalar más barreras de las existentes en la actualidad? Stalin expone el programa nacionalista de los socialdemócratas: igualdad civil, libertad total de las lenguas, autonomía administrativa y defensa de las peculiaridades culturales. No se deja influir por el centralismo burocrático, pero cuando se suscita si es conveniente para el proletariado la independencia nacional, enérgicamente rehúsa dar una "respuesta categórica", como algunos le exigían, y dice por qué:

*"Vemos que las circunstancias susceptibles de provocar y estimular un movimiento de "liberación nacional" en la burguesía de las nacionalidades "alógenas" no se han dado todavía y es dudoso que se den en el futuro. No las admitimos, por tanto, más que como probables. No sabría decir ahora qué nivel de desarrollo alcanzará la conciencia de clase del proletariado ni en qué medida puede serle útil o perjudicial. Me pregunto cuál es el fundamento para dar una respuesta categórica a esta cuestión. ¿No es estúpido exigir en estas circunstancias una respuesta categórica? Resulta elemental que hay que dejar a las nacionalidades "alógenas" la resolución del problema. A no-*

*sotros nos corresponde conquistar para ellas el derecho a resolverla y a ellas decidir, llegado el momento, si la "independencia nacional" les favorece o perjudica y, caso de serles útil, de qué forma conviene llevarla a cabo. Ellas deben zanjear la cuestión por sí mismas."*

Coinciden estas apreciaciones con las de Lenin: hay que luchar *contra* la opresión del Estado y no *en favor* de la ideología nacionalista. Hay que proclamar el derecho al "divorcio" y no la obligación de divorciarse. Corresponde a las nacionalidades demostrar su madurez. No hay nación *en sí*, sino conciencias en formación, según diversos grados de exigencia política.

Ante tales constataciones, ¿cómo sorprenderse de que en 1913 Lenin encargue a Stalin un artículo "teórico" sobre la "nación", rebatiendo a los "austro-marxistas"? Siempre, según Pipes, es un tópico afirmar que Lenin no quedó muy satisfecho del artículo y hay varios indicios al respecto. Pero se olvida uno: en 1917, Lenin confió a Stalin la "Comisaría de las Nacionalidades".

Examinemos de nuevo la famosa definición contenida en el artículo de 1913 que durante tanto tiempo fue la *Biblia*: "*La nación es una comunidad humana, estable, históricamente constituida, de idioma, territorio, vida económica y formación psíquica que se traduce en una comunidad de cultura.*"

*Comunidad*: Dossier completo de las sociologías del grupo, de la *gemeinschaft*, con sus realidades y sus peligros.

*Estable*: Es el problema del *tiempo histórico* adecuado al fenómeno que se estudia. Coincide con el *hecho de larga duración* de Fernand

Braudel, mientras que la nación-Estado es una *categoría histórica* de duración media y el “movimiento nacional” un hecho de corta duración.

*Históricamente constituido:* Quizá el término más importante porque desestima las ideas de eternidad y de esencia, lo “transhistórico” a que alude Poulantzas. La nación depende, básicamente, del historiador.

*Idioma:* Algo discutible, ya que ¿existen naciones con varios idiomas o más bien son Estados con algunos riesgos —Canadá, Bélgica—? El idioma —repetidamente he insistido en ello— es a la vez *signo, causa y consecuencia* en las vicisitudes políticas de una nación.

*Territorio:* Contrariamente a Bauer, pero de acuerdo con Borokhov, el marxista-sionista experto en la teoría nacional no cree Stalin que la nación, si ha de aflorar en vocación política, pueda existir sin una “matriz territorial” determinada.

*Vida económica:* Plantea el problema de la *red de intereses*, distinta en cada momento histórico. Confluyen en ella solidaridades y costumbres. Lo intenté demostrar con Cataluña (*Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*).

*Formación psíquica, comunidad cultural:* Aquí Stalin no rechaza los elementos “culturales” que predica Bauer, pero sí las nociones de *destino nacional* y *espíritu nacional* por irrelevantes para el análisis científico.

Stalin, pues, coincide con Rosa Luxemburg en hacer de la nación el *sobre* donde en cada época cada clase deposita algo distinto, pero disiente al no considerar *vacío* dicho *sobre*. Menos original, sin duda, que Rosa, Bauer o Borokhov escoge ideas de éstos e inteligentemente las descarga de ingredientes mixtificadores (comunidad de *destino* o sobre *vacío*). Sigamos su ejemplo y no nos dejemos embau-car por un revisionismo beato.

Intentemos replantearnos libres de prejuicios sesenta años de historia. ¿Realizó la Unión Soviética, como irónicamente reconocía Bauer, la *autonomía cultural* de las nacionalidades “alógenas”? ¿Contribuyeron, tras la II Guerra Mundial, el factor nacional y el factor socio-revolucionario a la reconstrucción de Europa y Asia? ¿Qué conexiones entre nación y revolución presentan los casos de Argelia, Vietnam, Cuba, Albania, Yugoslavia y Camboya? ¿Cómo se desenvuelve el doble proceso de desarrollo capitalista intuido por Lenin, la tendencia a las internacionalizaciones y supranacionalidades –“Comunidades” europea y americana, papel de las compañías multinacionales– y la tendencia al renacimiento, a muy diverso nivel, de las etnias subyacentes en los Estados más antiguos? El factor nacional, revolucionario en los Estados multinacionales capitalistas, ¿no puede tornarse contrarrevolucionario en manos de las clases desposeídas después de la Revolución? ¿Qué pensar del martirizado pueblo judío, de su comunidad cultural dispersa, aunque persistente, mientras Israel monta en pleno mundo árabe un nacionalismo granítico? Todos estos temas, que cabe concebirlos desde la pers-

pectiva histórica de los vínculos entre Estados, naciones y clases, ¿pueden aportar soluciones a la situación política española en las presentes circunstancias? A un caso concreto corresponde un análisis concreto, pero este análisis concreto exige una clara conciencia del mundo y del momento.

## Notas

1. Op. cit. pág. 313. Claude Lévi-Strauss, contestando a M Izard, dice: "Nos llamamos franceses porque no somos italianos, alemanes, españoles. Al contrario, entre vosotros (los Mossis) nos llamaríamos franceses porque uno no se puede llamar duque, barón, médico, abogado." ¿No tiene gracia ver al gran etnólogo adelantarse tan poco hábilmente en el terreno del hecho "nacional"?
2. Cf. Henri FABRE-COLBERT, *Le défi occitan, refus paysan*, Ed. Univer. Narbona-París, 1976.
3. Cf. SESTAN, *Stato e nazione nell alto medioevo*.
4. J. CARO BAROJA (*El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970) se enfrentó duramente al "estereotipo". Pero el problema consiste en observar los orígenes y los efectos. FABRE-COLBERT (*Le défi occitan*, pág 156) resulta más brutal. Perdóneme mis amigos españoles esta cita intraducible: "*Savez-vous ce que pensent les Français à propos des autres citoyens du monde (et les autres pensent la même chose de nous): les Anglais sont des cons, les Allemands des gros cons, les Italiens des petits cons, les Russes des bougres cons, les Ricains des grands cons, les Arabes des sales cons, les Espagnols des pauvres cons.*" El autor piensa que esto bien vale doscientas páginas de especialistas de la Sorbona sobre la "xenofobia epidérmica de las masas". Quizá, pero constatar no equivale a analizar.
5. Apunto que FABRE-COLBERT, tan agudo y brutal ahora en su protesta, en *Le défi occitan*, se niega a condenar la situación de agosto de 1914 que sus amigos campesinos tomaron tan a pecho. Lo mismo ocurre con la Resistencia en la

que él mismo participó. La “cuestión nacional” no es estática. El hombre medio la siente de forma distinta en cada situación histórica.

6. HAUPT, LOWY y WEILL, *Les marxistes et la question nationale*, Ed. Maspero, París, 1974, pág. 307, no inciden en el “error” de Pipes, pero tampoco lo denuncian. No reproducen ni parcialmente el artículo de 1904. Es cierto que las recopilaciones sobre la cuestión nacional, publicadas en tiempos de Stalin, tampoco lo hacían. Pero, ¿por qué repetir las actitudes “oficiales”? Sólo Paulo IZTUE-TA y Jokin APALATEGUI, *El marxismo y la cuestión nacional vasca*, Zarauz, 1977 (en euskera, 1974), conceden gran importancia al artículo de 1904. *Debates* (Ed. Anagrama, Barcelona, 1977) publica el artículo de 1913. Rafael Ribó, que presenta el texto, fluctuando entre Rodinson, Pipes y HauptLowyWeill, no se remonta tampoco a los orígenes. Para qué sirven entonces las “Obras completas” de un autor si se quiere seguir su pensamiento.

## EL HECHO CATALÁN

(Trad. del francés: Gabriele Böckenförde)

La Europa del último cuarto del siglo XX observa, con curiosidad, y a veces con sorpresa, una España que se da prisa por alcanzar, cuantitativamente en lo económico y cualitativamente en lo político, las normas de "Occidente". Mas le ocurre que se asombra ante los rasgos que más claramente marcan esta mutación: España, desde el estado-nación unitario, y que durante cuarenta años de la historia ha tratado de mantenerse como tal por los medios más rigurosos, está en camino de hacerse un estado pluralista, cuya fórmula se busca todavía, uniendo comunidades de las que cada una afirma no solamente el deseo de autonomía, sino muchas veces la exigencia de identidad "nacional".

Entre estas comunidades, la comunidad catalana es, sin duda, la más señalada en el sentido de que ésta es tan firme en sus aspira-

ciones, en la conciencia que tiene de sí misma, que ya no necesita valerse de la violencia para obtener el reconocimiento. Ella aparece, así, en el cuadro complejo de la Europa contemporánea, como un “caso”. Si se me pregunta por este “caso”, tengo la costumbre de proponer ante todo una primera respuesta: el *caso* responde, me parece, a *un hecho*. Quiero decir que el éxito político de una conciencia de grupo, en un momento de la historia, no se puede explicar nunca *sin fundamentos objetivos*. No se construye sobre lo inexistente. El *hecho catalán*, como realidad etno-lingüística de larga duración, existe. Esta es la *condición necesaria* del “caso” político de la Cataluña actual. No ha sido, desde luego, la *condición suficiente*.

La dificultad comienza, efectivamente, cuando se observa que no hay coincidencia, ni en el espacio ni en el tiempo, entre el hecho catalán multiseccular y su traducción política en la duración histórica mediana o corta. Este es el problema, actualmente al orden del día, de la diversidad política y psicológica entre los “Países Catalanes”, ya que el nombre de “Cataluña” se ha restringido cada vez más en nuestros días al territorio más claramente afectado por el fenómeno de la reivindicación “nacional”: se trata del “Principat” de después de 1659, dividido en cuatro “provincias” (Girona, Barcelona, Tarragona y Lleida) por la reforma administrativa española de 1833, reunido nuevamente en un bosquejo de autonomía (restringida a ciertos dominios), la “Mancomunitat” catalana de 1912, luego la “Generalitat” de 1931, resucitada en 1977, con “estatutos” de autonomía bastante amplios (incluso políticamente) en 1932 y 1979.



Hoy otros “Países Catalanes” –Valencia, “les Illes”– elaboran por su parte un Estatuto, pero independientemente de la Generalitat. Y ni se habla de un “estatuto” para la “Cataluña-Norte”, unida en 1659 al reino de Francia. Se adivina que estas divergencias actuales responden a ciertos cortes precisos en los destinos históricos. Justamente sobre este juego entre una realidad catalana no “trans-histórica” pero de larga duración, y, por otra parte, las sucesivas formas políticas nacidas de la historia conviene reflexionar en el umbral de la obra presente.

El “hecho catalán” es cierta relación entre un territorio, una lengua, un fondo cultural común, y una serie de conjuntos históricos más amplios y más clásicamente estudiados: 1) los pequeños estados federales y las repúblicas urbanas alrededor del Mediterráneo medieval; 2) los primeros grandes estados territoriales modernos, luchando por su constitución (España y Francia); 3) la Europa de la revolución industrial y del capitalismo desarrollado de manera desigual.

En cada una de estas fases, en cada uno de los conjuntos, el hecho catalán se inserta, en diversos grados de cohesión y de fuerza, sin dejarse nunca absorber o re-absorber totalmente, a pesar de los efectos de dominación y de dispersión ejercidos desde el exterior sobre su territorio, pero sin tampoco nunca haber logrado echar, en la totalidad de este territorio, los fundamentos de un único “estado-nación”.

Mas ¿qué es, pues, este territorio? Poco importan, en estos límites, algunas querellas menores acerca de la pertenencia de tal o cual cantón, o aun estas dos anomalías curiosas: un Val d'Aran puramente gascón, secularmente vinculado al "Principat" histórico, y una Andorra, vestigio minúsculo de los tiempos feudales y que es el único país que ha guardado el catalán como lengua oficial a través de toda la historia. Lo que importa es el mantenimiento, aquí todavía a unos grados muy diversos de vitalidad, de las fronteras lingüísticas del pueblo bien definidas, en el seno de dos estados que, sin embargo, han hecho mucho por borrarlas.

Al norte de los Pirineos se puede explicar el carácter nítido, casi lineal, del corte entre el catalán y el occitano –lenguas las dos subyacentes al francés oficial– por la larga estabilidad (1258-1659) de una frontera entre dos reinos. Pero, ¿por qué al principio dos lenguas yuxtapuestas? El carácter catalán de Valencia y de las Baleares puede ser la herencia de una reconquista y repoblación organizadas por los catalanes. Pero, ¿por qué entre Cataluña y Aragón, largo tiempo bajo un mismo soberano, dos reconquistas paralelas, que quedaron distintas lingüísticamente? Se siente el deseo de remontarse más arriba, hasta los "substratos", hasta las realidades prerromanas que pudieron marcar la división lingüística en sus orígenes.

Sin embargo, ¿estos "substratos", estos hechos de la muy larga duración no resultan ellos mismos de permanencias todavía más pesantes? Si se establecen mapas demográficos escalonados en el tiempo, es sorprendente la relación entre la distribución de la población y la geografía. Unas zonas de población escasa, verdaderos desier-

tos-fronteras encierran el hecho etno-ligüístico catalán: abruptos áridos del País Valencià, fragilidad demográfica en el bajo Ebro, “desiertos” (así los ha llamado el lenguaje popular) de Calanda y de los Monegros en los confines de Aragón, valles altos pirenaicos encajonados canalizando los movimientos de la población, y al norte del eje pirenaico, sucesión de “aspres” y de las ciénagas de las Corbières en Leucate, sin hablar del aislamiento insular de las Baleares. Un mundo que no está cerrado a las invasiones, pero que periódicamente parece replegarse sobre sí mismo.

En el interior de este mundo, una población mediterránea “en núcleos”, aislados al mismo tiempo que complementarios, fundamento de un mosaico de tribus, de *pagi*, de “condados” y hoy de “comarcas”: un complejo de solidaridades cuya mayor atracción, al final, es el mar, mientras que da la espalda a la Península. Observamos que ocurre otro tanto del lado del Océano, de manera que los tres ejes lingüísticos y políticos de la Reconquista —eje portugués, eje castellano, eje catalán— responden a evidentes indicaciones geohistóricas.

Los factores de unidad interna, en el seno de la zona catalana, son menos evidentes. Se encuentran allá al mismo tiempo las montañas más húmedas y las tierras bajas más áridas de Iberia y el relieve de la Cataluña central es un laberinto. Apoyándose en este relieve, la Reconquista cristiana tuvo que proceder por saltos. Todo esto apenas prepara una unidad política. Por eso es más que sorprendente comprobar cómo la unidad lingüística y cultural ha podido instalarse y mantenerse cara a Aragón, cara a Castilla, cara a Francia.

El gran factor de esta solidaridad es el Mediterráneo: largo tiempo el cabotaje marítimo asegura las mejores comunicaciones. Y, a pesar de las divisiones feudales establecidas entre las diversas reconquistas, tres grandes puertos –Barcelona, Valencia y Palma– constituirán flotas, asegurarán un comercio que todo el Mediterráneo llamará “catalanes”. Y también otro fenómeno mediterráneo clásico intervino: la solidaridad entre el interior del país y el mar, entre “montaña” y “marina”. El gran poeta Joan Maragall lo ha simbolizado en un idilio célebre: el encuentro entre el “pastor” pirenaico y la “sirena” de las playas ampurdanas.

No se puede reducir a esta graciosa imagen la relación compleja entre la montaña catalana –pobreza, solidaridad, tradición– y la región litoral –enriquecimientos y ruinas, aglomeraciones y mezclas de hombres, innovaciones y a veces revoluciones: no han faltado los conflictos. Éstos no han impedido complementariedades e intercambios. A juicio de los mediterráneos, el hecho catalán, antes incluso de haber sido nombrado, es un hecho pirenaico. Los viejos textos de Pisa llaman *comes pyraeneus* al conde de Barcelona.

Es que los Pirineos, sus valles altos, sus depresiones interiores –Pallars y Urgell, Capcir, Conflent y Cerdaña– frecuentemente han sido refugio. Varias veces en el transcurso de la prehistoria. Y sobre todo durante la invasión musulmana. En el siglo X éstos abrigaron una población anormalmente densa de la que salieron las reconquistas y las repoblaciones.

Al contrario, las migraciones, las invasiones, luego los ejércitos barrieron repetidas veces, y en los dos sentidos, los “corredores” interiores, paralelos a la orilla que permiten pasar del Levante Ibérico a la Narbonense: “Camp” de Taragona, Penedès, Vallès, Selva, Empordà, col du Pertus, Rosellón. Entre España y Francia, Iberia y Galia, África y Europa, Cataluña ha canalizado las corrientes humanas, a veces destructoras, a menudo asentadas y asimiladas. La Cataluña-refugio, la Cataluña-pasaje han jugado alternativamente el papel principal.

En un espacio territorial bien definido por sus protecciones geográficas y su orientación marítima ha podido perpetuarse así, a pesar de un vaivén de invasiones, una unidad lingüística apoyada en la permanencia de las relaciones concretas y capaz de desembocar, a largo plazo, en un patrimonio cultural común. Se funda de este modo, históricamente, una comunidad estable.

Cuando se trata de hechos de duración muy larga (“antropológicos”, “etnológicos”), la reflexión del historiador está tentada de remontar a la prehistoria y arriesga de verse desilusionada ante interpretaciones a menudo cambiantes. En cuanto a los orígenes del hecho catalán existe un consenso entre los prehistoriadores: a pesar de ciertas coincidencias en los márgenes del norte de su territorio entre límites lingüísticos y límites antropológicos, no existe el “hombre catalán”. Si existiera, sería, en todo caso, el producto de un largo mestizaje. Este término fue empleado, para definirlo, desde la Antigüedad.

De ahí, es verdad, los historiadores han sacado sus conclusiones divergentes. D. Claudio Sánchez Albornoz, contra toda originalidad, contra todo “hecho diferencial” distintivo del Catalán; Jaume Vicens Vives, por el contrario, haciendo del “mestizaje” mismo un fundamento de las particularidades del grupo humano que lleva este nombre. Pero si evocamos la proporción de los inmigrantes del siglo XVI en el litoral catalán o en la aglomeración barcelonesa de hoy, nos diremos que lo que importa más que un “mestizaje” prehistórico es, sin duda, un juego repetido de inmigraciones, seguidas, en todas las épocas, de asimilaciones rápidas.

Lo que sorprende, efectivamente, es la capacidad de resistencia y de integración manifestadas por las viejas estructuras de la población, a través de los cambios de las formaciones históricas. Pere Bosch Gimpera ha demostrado cómo las superestructuras coloniales romanas, en la zona futura catalana, se evidenciaron frágiles, y su ocaso precoz, cuando las antiguas divisiones tribales resucitaron en los “condados”, los obispados medievales, hasta los límites norte de la diócesis de Elne.

Esto no significa que la influencia de las civilizaciones mediterráneas antiguas, griega, fenicia, púnica y por último romana no marcaran brillantemente todo el Levante ibérico, de Elche a Empuries, sin olvidar las Baleares. La Tarraconense, primera provincia romanizada de *Hispania*, presenta incluso unos rasgos económicos curiosamente anunciadores de los de la futura Cataluña donde la misma arquitectura rural conserva recuerdos romanos.

Pero hoy conocemos la fragilidad de las apariencias coloniales. Si hay que conceder a D. Ramón Menéndez Pidal que el “mapa cultural” de *Hispania*, en los mejores tiempos del Imperio, prefigura el del Siglo de Oro, lo que significa una superioridad patente de la España interior y meridional sobre la España mediterránea, se puede preguntar si hay que ver en ella, según él nos invita, un hecho estructural, válido a través de los tiempos, o si no se trata, en realidad, de un desequilibrio coyuntural entre una Tarraconense colonizada más temprano y ya en caminos del despoblamiento y del ocaso y entre las regiones más recientemente explotadas, más activas. Lo que nos invita a este examen, es que diferencias semejantes se observarán más tarde entre regiones españolas con unos vuelcos sorprendentes.

En la Edad Media, efectivamente, el Sur musulmán opondrá, primero, sus ciudades fastuosas a un Norte peninsular guerrero y pobre; en el siglo XIII, la España mediterránea tomará un sensible adelanto sobre una Castilla entregada a los desórdenes; luego ésta perderá sus fuerzas –hombres y riquezas– en el momento mismo en que Castilla y Andalucía se darán los medios para hacerse dueñas de un mundo. Finalmente la España contemporánea ha sugerido demasiado a los observadores que un centro vacío y pobre, frente a una periferia atractiva y creadora, es un rasgo “natural” de la estructura peninsular. Esto no significa nada porque, en el transcurso de la historia, no está comprobado el desequilibrio en el mismo sentido.

Y esto no debe sugerir tampoco que, en ciertos momentos, una u otra región asienta su prosperidad en la miseria de las otras. Este juego causal –posible, pues existen de vez en cuando “colonizaciones interiores”– no parece confirmado por el análisis histórico, y, de todos modos, habría cambiado varias veces de sentido. Ocurre, no obstante, que es invocado (o sobreentendido) en las controversias. La incoherencia de las coyunturas peninsulares, al reforzar la conciencia de las solidaridades regionales, y al agriar los rencores por comparaciones, ha perjudicado así los esfuerzos para constituir el conjunto ibérico en estado-nación. Pues no se debe olvidar Portugal. Ni, en el seno mismo de los Países Catalanes, otras diferencias: en el ocaso de la Baja Edad Media, Mallorca entra en crisis frente al Principat, éste frente a Valencia; el momento bajo de la curva demográfica se sitúa al principio del siglo XVII para Valencia, y a mediados para el Rosellón. No obstante, no se trata aquí de diferencias sólo a término medio, en un término largo común. En un contraste repetido de tendencias seculares, han divergido los destinos históricos entre los “Países Catalanes”, y la “corona de Castilla”.

No pienso, en cambio, (pero este libro traerá las precisiones necesarias a este respecto) que, en los orígenes de la Cataluña medieval, se deba atener a un “hecho diferencial” largo tiempo admitido por las escuelas históricas más opuestas, en particular tanto por Sánchez Albornoz como por Soldevila: la futura Cataluña habría debido sus particularidades al hecho de haber sido “marca franca”, por tanto avanzada cristiana guiada desde lejos, organizada según un modelo feudal “clásico”, “francés”, contrariamente a los otros nú-



cleos reconquistadores del Norte de España: Aragón, Navarra, León, Castilla, más “independientes”, más “españoles”, donde la Reconquista habría favorecido la autoridad de los reyes-jefes de la guerra y la repoblación una libertad campesina relativa y un gran poder de los municipios.

Los trabajos de Ramón d'Abadal y de Pierre Bonnassie obligan hoy a considerar que los núcleos pirenaicos norte-orientales de la Reconquista apenas se diferenciaban, en los orígenes, de sus vecinos españoles: libertad de las personas, propiedad y herencia de las tierras, autoridad de los jefes de la guerra evolucionando hacia la monarquía, independencia de hecho ante los reyes francos (a pesar del señorío feudal mucho tiempo reconocido).

Es sobre todo a caballo de los Pirineos y a partir de éstos, en una expansión irradiante que vaciló largo tiempo entre el Norte y el Sur, donde se ha desarrollado el embrión de poder feudal al que el extranjero, y sin duda también la conciencia popular, sintieron alrededor del 1100 la necesidad de dar un nombre. Observemos que este nombre designa más un grupo humano que una formación política. Ningún “condado”, ningún “reino” lo lleva. *Catalonia* es simplemente la tierra de los catalanes.

Y lo que más sorprende, ¿en este núcleo primitivo, ni “francés” ni “español”, no hay efectivamente cierto estilo de vida, cierta “cultura”? La “Cataluña románica”, del siglo X al XII, es la de los altos campanarios, de los frescos, de los claustros, de los grandes monasterios, de las “guardias”, de los castillos. ¿Cómo no evocar aquí Ri-

poll, precoz centro intelectual donde se refugia un dux, donde se educa un papa? Fuertemente enmarcada en una red dirigente (y familiar) de condes, de obispos, de abades y abadesas, esta sociedad, procedente del refugio pirenaico, es también la de montañeses, de campesinos libres, emprendedores, instalados “inmemorialmente” o “venidos de todas partes” para reocupar las tierras cultivables devastadas, luego liberadas.

Es verdad que estos caracteres originales se modifican rápidamente. Antes aún de que la “Cataluña” debidamente nombrada sucediera a la que Ramón d’Abadal ha denominado la “Precataluña”, la estructura “prefeudal” de los siglos IX y X cedió el paso a una sociedad fortísimamente feudalizada, obra del XI (Bonnassie). Se ve que toda investigación de los “hechos diferenciales” debe proceder por comparaciones estrictamente cronológicas. La Cataluña moderna no contará nunca con más de un noble por cien habitantes, mientras que la región de Burgos contará con treinta. Y sin embargo, la gente campesina catalana, a pesar de su victoria final en una guerra social de cien años contra los señores feudales conserva unos hábitos jurídicos y unas actitudes psicológicas de fuerte sabor “feudal”, a dos pasos de la Francia en revolución. Ciertamente no está prohibido buscar elementos de diferenciaciones entre regiones españolas en las estructuras sociales y mentales. Pero no hay que remontar demasiado alto. Conviene seguir paso a paso.

De todas formas, sacudida por luchas internas, profundamente transformada, la “Vieja Cataluña” de los siglos XI y XII había dado prueba de fuertes capacidades humanas: crecimiento demográfico,

intensidad de la producción agrícola, e incluso artesanal, apogeo de las creaciones culturales y religiosas, atracción de los tesoros musulmanes, primeras miradas hacia las islas mediterráneas.

Esta fuerza expansiva no es seguramente inferior a la de los otros focos de la Reconquista cristiana: Aragón, Navarra, Castilla. Mas éstos se denominan “reinos”, y en 1143 Portugal lo hace por su parte. Ahora bien, aunque por la diplomacia y la fuerza adquirieran una evidente preponderancia sobre el territorio catalán, y aunque hasta la derrota de Muret en 1213 trabajaran en la constitución de un gran ámbito feudal catalán-occitano, del Bearn hasta la Provenza, los condes de Barcelona, a pesar de la amplitud de esta ofensiva, nunca reivindicaron el título de reyes. Sin duda, ésta es la última consecuencia –formal, pero no sin alcance– del original señorío feudal franco. Pero un conde de Barcelona adquiere en 1137 en el territorio hispánico, por el matrimonio, el control político de Aragón, y sus descendientes allá serán “reyes”. “Reino de Aragón”, “Corona de Aragón” se dirá en adelante para designar el poder de la casa condal de Barcelona. Este equívoco sobre los “condes-reyes” ha dado lugar en la historiografía, la de antaño y la de ayer, a unas polémicas de apariencias mediocres, pero de las que, tal vez, no se debe subestimar el interés.

Éstas se refieren, en efecto, al mismo tiempo a una justa apreciación de las mentalidades políticas medievales y a los rasgos ideológicos del “catalanismo” de nuestro tiempo. Las clásicas “historias de Cataluña”, la de Ferrán Soldevila en particular, han deplorado, de manera a veces ingenua, que el nombre de “Cataluña” no

haya sido unido nunca a un título real, ni aún simplemente a un título político, pues la designación “Principat de Cataluña” ha reemplazado a la de “Condado de Barcelona” sólo tarde, y de manera ambigua. Y es verdad que la historia general ha retenido mucho más la designación “Reino de Aragón”, “Reino de Valencia”, “Reino de Mallorca”... Jaume Vicens Vives ha calificado estos pesares de “pue-riles”, haciendo observar con razón que los jefes reconquistadores vistieron sus conquistas de títulos diversos, un poco al azar: ¿no es suficiente, para convencerse de esto, consultar la lista interminable de títulos que, en el siglo XVI, alinearán los “reyes de España” y que van desde “rey de Jerusalén” hasta “señor de Molina”?

Esta advertencia contra el anacronismo y contra las susceptibilidades nacionales retrospectivas hace honor enteramente al espíritu histórico de Vicens. No se dice con ello que también liquida verdaderamente el problema planteado por Soldevila: ¿en qué medida la no-coincidencia entre la personalidad de un grupo humano y el nombre del aparato de estado que retiene la historia no arrastra debilidades en la conciencia misma del grupo, en su cristalización política, en su reconocimiento por el exterior? Finalmente, ¿no debe mucho la constitución de Francia en nación-estado al prestigio de la institución real? Y, de todos modos, ¿el empleo de la palabra “aragónés”, a expensas de la palabra “catalán”, en la historiografía de la Edad Media española (tanto si se trata de Giménez Soler, de Américo Castro o de Menéndez Pidal) no ha sido más inocente que la preferencia inversa! No es inútil saberlo.

Consecuentemente, ¿cómo calificar con las precisiones y los matices útiles el glorioso episodio medieval que, en la conciencia catalana contemporánea, desempeña el papel al mismo tiempo justificado y mistificado que desempeña el “Siglo de Oro” para Castilla o el “Siglo de Luis XIV” para Francia?

No cabe duda de que, con Jaime I, llamado “el Conquistador” (1213-1276), la reconquista y la repoblación de las Baleares y de Valencia crearon, alrededor del Mediterráneo, un poder considerable, cuyos herederos, descendientes de la vieja dinastía condal catalana, durante casi dos siglos trataron de igual a igual para el combate, la alianza o el matrimonio con los soberanos hispánicos y europeos, con los jefes musulmanes del Norte de África, con las repúblicas marítimas de Génova, Pisa o Venecia, e incluso con los poderes (cristianos o musulmanes) del Oriente. Su dominio se extendía hasta Sicilia y Cerdeña. Adquirieron derechos sobre Córcega. Una aventura les llevará hasta a ocupar una parte de Grecia. La historiografía de la “Renaixensa” se complacerá en recordar que los catalanes tuvieron sus despachos en el Erechteion e hicieron del Parthenon “la Seu de Santa María”. El reino de Nápoles fue adquirido más tarde, después de la extinción de la dinastía condal catalana. Pero esto enlaza el episodio de un Mediterráneo occidental, “lago catalán”, con los títulos y las pretensiones de la Corona española, en los tiempos modernos, sobre el contorno del viejo mar interior, a pesar de la atracción nueva de los océanos.

Con todo, bajo el aspecto político el “imperio” medieval de la dinastía condal había permanecido patrimonial, feudal, muchas veces

dividido y discutido en querellas de sucesión. Y por esa razón, aquél importa menos, sin duda –aunque al mismo tiempo fuera la resultante y el apoyo– que el complejo marítimo y comercial creado en el siglo XIII alrededor de los tres grandes puertos: Barcelona, Valencia y Palma, sin olvidar, de Denia hasta Collioure, un rosario de puertos secundarios muy vivos y un interior del país poblado, activo, productor, desde Perpignan hasta Vic, hasta Manresa, o hasta Lleida.

El sistema exporta productos locales, agrícolas o manufacturados, importa trigo de Sicilia, productos preciosos de Levante, esclavos. Presta buques a otros países mediterráneos. Sus naus, sus cascos, sus galeras, construídas en astilleros catalanes, están armadas y defendidas por una flota de guerra que comandan representantes de la oligarquía urbana barcelonesa. Y ésta nombra igualmente, en casi sesenta plazas extranjeras en las más favorables épocas, a estos “cónsules” de la “nación catalana” que encarnan los intereses de todo marino, de todo comerciante de habla catalana.

Advirtamos que es en el siglo XVIII, en el momento de la reaparición de una fuerte burguesía mercantil barcelonesa, y a causa de su demanda, que este aspecto económico del poder catalán medieval será admirablemente descrito y analizado por el gran historiador Antonio de Capmany, y para algunos aspectos menos conocidos, como la población y la producción, por toda una escuela de eruditos, bajo la dirección de Caresmar.

El apogeo medieval, y su carácter catalán, no han sido pues imaginados, ni aún sobrevalorados por la historiografía nacionalista de ayer. Solamente conviene, al consultarla, desconfiar de cierta propensión seguramente anacrónica hacia términos como “nación” o “democracia”.

En este punto yo mismo me he visto mezclado, reciente e involuntariamente, en un debate —mas toda controversia es útil— acerca de semejante vocabulario. Se me ha atribuido la fórmula (¡Agárrense bien!): “Cataluña fue la primera en el tiempo de las naciones del mundo”. Esto ha provocado justas protestas. Yo había solamente escrito en cierta ocasión que el empleo del término “estado-nación”, entre 1250 y 1350, sería tal vez menos inexacto, menos anacrónico para el complejo catalán que para la mayoría de los países europeos. Quería decir que entre estas dos fechas, en una Europa y alrededor de un Mediterráneo donde existían, por una parte, unos estados feudales más o menos coherentes en torno a un señorío feudal, y de otra parte, unas ciudades mercantiles más o menos organizadas en repúblicas oligárquicas, no se veía apenas despuntar todavía el “estado-nación”. Pero que, en tal marco, la originalidad, precozmente anunciadora, del antiguo Condado de Barcelona residía precisamente en una combinación de rasgos separados en otra parte: desarrollo económico precoz, bosquejo ya avanzado del aparato de estado, monarquía sólidamente implantada, fuerte burguesía de armadores y de comerciantes, que sabe, a la vez, servir a esta monarquía y servirse de ella. La reconquista de las Baleares y de Valencia fue incluso el primer fruto de esta combinación.

Y la dinastía catalana, rica en personalidades de valor, no cesó de manifestar (contra los feudales algunas veces) su predilección por los medios dirigentes de los puertos y las ciudades. Ella institucionalizó la representación política de éstos en las “Corts” y su delegación permanente, la “Generalitat”. Las crónicas (oficiales, es verdad) insisten sobre la adhesión del pueblo a la dinastía, a las empresas comunes. Muntaner, cronista, poeta, militar, alto funcionario, expresa, de manera a veces muy moderna, esta ideología de un bloque de poder que se quiere, se sabe, o se cree políticamente responsable de un grupo humano caracterizado, nombrado: ¿está esto tan lejos del “estado-nación”?

Dicho esto, a esta comprobación de “modernidad”, a este anuncio de modelos posteriores –Portugal, un siglo más tarde, dará un ejemplo nuevo– conviene añadir más de un matiz:

1. el “patriotismo lingüístico” de Muntaner, considerado como un rasgo “moderno” por Nicolau d’Olwer, es también un rasgo fuertemente medieval. *Nationes sive linguae* decía Santo Tomás. En todos los puertos medievales la representación de las “naciones” tenía base únicamente lingüística. No es menos importante comprobar que en ellos los *naturales* del “rey de Aragón” eran llamados “catalanes”;

2. en cambio, políticamente (y por esta razón lo de “ante todo lo político” conviene tan mal a ciertas “historias de Cataluña”), la mentalidad patrimonial, feudal, predominó muchas veces en los reyes; éstos buscaron señoríos feudales, crearon “reinos”, los divi-



dieron entre sus herederos, que se los disputaron. La noción de “confederación catalano-aragonesa” fue forjada *a posteriori*. Ésta vale plenamente sólo cuando el rey es único y convoca “Corts generales”. Cada formación tiene su administración, su representación propias, lo que implica leyes, monedas, aduanas distintas. Si existen hoy (sin duda, en mayoría) “estados multinacionales”, se está tentado de decir que la “nación catalana”, en la aceptación medieval del término, es una “nación multiestatal”. Y, en la evolución moderna, las cuestiones fiscales, aduaneras, monetarias, judiciales, religiosas desempeñarán en España un papel fundamental, lo que distinguirá no solamente la “Corona de Aragón” y la “Corona de Castilla”, sino también los “Países Catalanes” entre ellos;

3. finalmente – pero una observación así vale para toda la historia– sería ciertamente una ilusión adoptar sin crítica las fórmulas de las crónicas que confirman una comunidad total de los intereses, desde el rey hasta el último de sus súbditos en torno a las *patriae leges et libertates*. El “pacto” del que se ha hablado es un pacto entre clases dirigentes. El resplandor de los momentos gloriosos no debe ocultar que éstos corresponden muchas veces a un ahondamiento de las desigualdades sociales. Cuando los hombres se multiplican, la tierra de la que cada uno dispone se hace más estrecha; los enriquecimientos en la cumbre significan un empobrecimiento en la base; la Cataluña triunfante de mediados del siglo XIII y de los comienzos del XIV vió afirmarse la reacción jurídica y represiva de los señores contra los campesinos: derecho de *remensa*, “malos usos”, derecho de *maltractar*, tendencia a encerrar un número creciente de

hombres en la condición servil. El fenómeno es limitado en el espacio. La reacción es tardía en el tiempo. Pero otras “cuestiones sociales” (rurales, urbanas) agitan de forma diversa a cada “país catalán”. Importaba señalarlo aquí para subrayar el carácter complejo de las evoluciones profundas, y para recordar que, en el corazón de las estructuras contradictorias, bajo apariencias gloriosas, se esconden las razones de las catástrofes futuras.

Porque las catástrofes vendrán para Cataluña. La “decadencia” sigue a la “grandeza”. O, más modestamente, un ocaso brusco, complejo en sus manifestaciones como en sus causas, sigue al tiempo de “crecimiento” y de prosperidad. Naturalmente se le podría reducir a un simple problema de dimensiones relativas. Cuando Castilla y Portugal se abren las puertas del mundo, “Barcelona depone su cetro”, decía un viejo historiador catalán.

Yo creo que aquí hay más. Las fuerzas catalanas internas se gastaron desde las hambres y las pestes del siglo XIV: hundimiento demográfico no recuperado (pues las catástrofes se repiten), caída de las producciones interiores, en la cumbre dificultades fiscales y monetarias, a pesar de las recuperaciones quizás brillantes: así es el encadenamiento que enlaza el “mal any primer” -1333, año del hambre- con la crisis política de 1462, en que estalla la guerra civil.

Se ha podido poner en duda el impacto particular de las pestes (porque las había en todas partes); Claude Carrère y Mario del Treppo han matizado la cronología del ocaso comercial. Y largo tiempo se había acentuado sobre todo el ocaso político: extinción,

en 1410, de la dinastía condal catalana, y elección, en 1412, para el trono de Aragón, por la “Sentencia de Caspe”, de un príncipe de tronco castellano.

Es exacto que desde entonces la armonía no sigue reinando entre la monarquía y los órganos representativos de las clases dirigentes catalanas: Corts, Generalitat, y “Consell de Cent” barcelonés. Las estancias de los reyes en Barcelona se hacen más escasas y dan lugar a choques: cuando Alfonso el Magnánimo va a reinar en Nápoles, Cataluña no se siente engrandecida, sino abandonada. No sigue existiendo coincidencia concertada entre imperialismo político e intereses mercantiles. Sobre todo en el gran conflicto agrario que, desde las pestes, opone los campesinos a los señores en torno a la reorganización de la vida rural, el rey tiene sus intereses propios y busca el compromiso, cuando la nobleza y la oligarquía urbana, aliadas en este punto, defienden apasionadamente todos los viejos derechos (*remensa*, “malos usos”).

Esto desemboca, en 1462, en una guerra civil que dura diez años. Los órganos representativos catalanes buscan otro rey, comprendido por tiempo el rey de Castilla. La lucha armada se termina por un compromiso en que el rey Juan II, gran político, aparenta olvidarlo todo. Pero la crisis interna, la caída de actividad se prolongan bajo el reinado de su hijo, Fernando II, el “Rey Católico”, ya esposo de Isabel de Castilla. Una ironía de la historia coloca en Barcelona la vuelta triunfal de Colón que, al consagrar la orientación oceánica del mundo hispánico, quita su antigua supremacía al Mediterráneo.

Sin duda, en torno a este “ocaso catalán” se discutirá todavía mucho tiempo sobre el orden causal y cronológico de los factores: demográfico, económico, político. Lo que apenas es dudoso es la duración del proceso y la complejidad de las interacciones. Ya casi no se puede seguir fechando el ocaso con la “Sentencia de Caspe” y hacerlo acabar con la muerte de Isabel. Si la coyuntura vuelve a hacerse mejor alrededor del año 1500, los “Países Catalanes” –y sobre todo el Principat– ya han perdido su posición eminente en el complejo ibérico.

El siglo XVI es, pues, para Cataluña un tiempo de recuperación material y de recogimiento político, en un nivel modesto.

Las fuerzas más sólidas del Principat han venido a ser las del campo. La “Sentencia de Guadalupe”, compromiso impuesto por Fernando II, en 1486, ha resuelto el gran conflicto agrario, no a favor de *todos* los campesinos, ni por la desaparición de *todas* las ataduras feudales, pero por la supresión de los “malos usos” y de la *re-mensa*, ésta ha creado uno de los más libres y de los más prósperos campesinados de Europa, alrededor de los “mas” reagrupados de la “Vieja Cataluña” oriental. Guichardin observó en 1511 que esta prosperidad estaba justamente relacionada con la escasez, la dispersión de los *mas*. Al oeste había algunos vacíos menos favorables. Sin embargo, una recuperación demográfica comenzó. Y, por el sistema del heredero único y del peculio dado a los hijos menores, la emigración interna pudo poblar, sin proletarizarlos, los burgos y las villas. Se añadió una fuerte inmigración francesa.

En la cumbre de la sociedad la alta nobleza, por los cargos de la Corte y los matrimonios, se castellanizó, sin cesar de controlar, a veces duramente, sus tierras de Cataluña. Una pequeña nobleza sin grandes recursos se dividió entre la tentación de la aventura (en el seno de los *bandositats*) y la fusión, en la ciudad, con los herederos de las burguesías de antaño, esta clase de *ciutadans honrats*, cuasi-nobleza, en adelante más rentista que creadora.

Con todo, el comercio y la industria no desaparecieron. Jurídicamente extranjeros ante Castilla, los Países Catalanes aprovecharon, como otros extranjeros, la atracción indirecta del mercado colonial, sin sufrir los efectos masivos de la inflación primero metálica, luego escrituraria que mató a la empresa castellana. Los “paraires” de Cataluña (a su cabeza a veces los de Perpignan) vendían bien sus tejidos en las ferias de Castilla. La pequeña metalurgia aprovechó igualmente esta atracción. Más de una corporación artesanal barcelonesa (*gremis*) conoció en el siglo XVI su momento más brillante. Durante la rebelión de los *Comuneros* Barcelona no escuchó a sus enviados, pero no los entregó a Carlos Quinto, por miedo a represalias sobre los negociantes catalanes en Villalón o Medina.

Mas justamente aquí se sitúa el gran cambio. Cataluña no sigue organizando sus mercados. El Mediterráneo no sigue siendo su eje mayor. Hasta en las costas reinan los piratas. Y Sevilla, lugar del monopolio colonial, se niega a hacer resucitar el “consulado” catalán. Se debe, pues, descubrir la red de vías terrestres centrada en las ferias castellanas. Esto podría ser el principio de un “mercado nacional” español. De hecho, son los precios coloniales los que atraen

hacia las posesiones portuguesas tanto como hacia las posesiones españolas. En este juego los catalanes no participan de otro modo que los flamencos o los alemanes. Las ganancias se repatrián en buena moneda de las Indias.

Para decir la verdad, esta acumulación es modesta. E incluso cuando la guerra de Flandes, después de 1566, obliga a reorientar hacia el Mediterráneo las grandes transferencias monetarias, Barcelona no lo aprovecha más que como una etapa. La gran ganadora es Génova. El tardío siglo XVI es “el siglo de los genoveses”, no de los catalanes. ¡Barcelona lo sabe tan bien, está tan envidiosa, que, bajo un pretexto fútil, se le ocurre bombardear la armada de los Doria!

Políticamente, a pesar de sus derechos todavía respetados, ya no puede gran cosa. Carlos Quinto, mal acogido por los castellanos al comienzo del siglo, fue cortés al principio, y hasta halagueño para su “Condado de Barcelona”. El idilio no duró. Y Felipe II se mostró distante, desdeñoso. Ambos habían apreciado, no obstante, las ventajas de las bases marítimas y de los astilleros navales catalanes. En Barcelona, en el siglo XVI, el empleo dependió ampliamente de esta llamada a sus arsenales. Pero las decisiones en este sector se toman en adelante en Bruselas, en Innsbruck, en el Escorial. La oligarquía local, que disimula sus rencores bajo unos conflictos de etiqueta, apenas se entiende con los “virreyes” representantes de la monarquía.

Ella les reprocha proteger mal las costas contra los piratas, mas ya no tiene los medios para hacerlo ella misma.

Y esto vale también para el orden interior. El Principat efectivamente (y no solamente en sus montañas) se hizo, en el siglo XVI, la tierra de los *bandolers*. Caverel, embajador del abad de Saint-Vaast cerca de Felipe II, escogió, para atravesar Cataluña, el itinerario interior, porque “par celuy de terre on perd ordinairement la bourse, par mer il n’en eschappe rien”. Entre Figueres y Gerona, él percibe pequeñas casas fuertes “qui serviraient bien d’hermitage à gentils-hommes qui ne désirent compagnie”. Y los campesinos mismos van armados: “il n’y a quasi si petit qui, allant par les champs, ne porte les armes, plutôt offensives que défensives”. ¡Un trabuco por hogar! El estado de guerra privada es legal, reconocido, incluso entre nobles.

Así este tiempo de resurgimiento descubre en Cataluña un excedente de fuerzas no-utilizadas que recuerda la Castilla de los siglos XIV y XV. Y este tiempo de timidez política encubre un orgullo de grupo que nota todo viajero. El rey de España, se repite, sólo es respetado por los catalanes como conde de Barcelona. Y Caverel se extraña de la severidad de los controles monetarios catalanes, “como si los reinos y provincias tuvieran todavía sus príncipes particulares”. Por cierto “el estado-nación” catalán no ha cumplido con las promesas medievales. Pero el estado-nación español, en construcción desde los Reyes Católicos, no tiene la solidez de éste que preparan los reyes de Francia.

No obstante, el ascenso de las fuerzas internas y el particularismo de las profundidades hicieron rápidamente de Cataluña un objeto de envidia y de desconfianza para los gobernantes de Madrid

que toman conciencia de su debilidad a partir de después de la muerte de Felipe II.

Es sorprendente observar que el Principat que pasaba por “vacío” al principio del siglo XVI, pasa, al contrario, al principio del siglo XVII y para las mismas regiones, por un “pueblo continuo”. Olivares irá hasta a atribuirle un millón de habitantes (el doble de la realidad, sin duda). Y aunque atento a esta amenaza, Cataluña no oculta su orgullo por volver a hacerse “rica y plena”, según lo dirán, con motivo de la rebelión de 1640, la endecha de los *Segadors* y la “Proclamación católica” del Consejo de los Cien barcelonés.

Ahora bien, la España central, desde las pestes y las carestías de los años 1600-1610, percibió (y muchas veces denunció con lucidez) los peligros de su propia despoblación y de un empobrecimiento real que intentan enmascarar la inflación del billón y la pirámide de las deudas. Por su parte, en 1609, Valencia es golpeada en su población por la expulsión de los moriscos. Por el contrario, alrededor de 1620, el Principat logra estabilizar su moneda. Y en las negociaciones sobre este tema monetario los expertos de Barcelona en su correspondencia se mantienen duros contra la Corte, los ministros y los depachos. “Estos señores, dicen en sustancia, no entienden nada de negocios. Y no nos quieren”. Este es el tono de las futuras controversias de los siglos XIX y XX. Se lo reencuentra cada vez cuando los catalanes se sienten fuertes en casa y mal entendidos y mal queridos por Madrid. La constante está en los temperamentos. Sus tropiezos salen de las coyunturas contrarias.



Entre 1600 y 1620 se le reprochaba a Cataluña el bandolerismo y que éste reinara “a las puertas de Barcelona”. Para el virrey Almazán la “libertad” era el orden que permitía desplazarse sin armas en los desiertos de Castilla, mientras que “las libertades” catalanas ponían el “desorden” en las carreteras. Se trataba de una clase de rebelión latente. Los fracasos de la represión comprueban por lo menos unas complicidades pasivas. ¿Estaba tan mal visto atacar los convoyes que exportaban oro o plata —“la saca de la moneda”— o despojar viajeros de alta posición? Cervantes, en el segundo *Don Quijote* (1615) idealiza (pero a partir de rasgos existentes) la figura del bandido “Roque Guinart” y describe una Barcelona refinada, “archivo de la cortesía”, cuyo pueblo, sin embargo —en otra obra de Cervantes, como en las crónicas municipales— ¡ataca a mano armada a los marineros del rey! Hay dos contestaciones al orden existente, una al nivel de los poderes, otra al nivel popular. La revuelta va a venir.

En la guerra contra Francia (real o amenazante) Cataluña es también marca fronteriza. Un vaivén de mercenarios desarrolla allá un ambiente de ocupación. De ocupación extranjera, siendo los mercenarios flamencos, valones, irlandeses, y con sus oficiales castellanos, que no los desalientan precisamente de comportarse como en un país conquistado. La revuelta, que culmina en 1640, comienza pues por un movimiento campesino, que se ha podido comparar a los movimientos populares “de liberación”. El episodio de los *Segadors* —temporeros que rehusan el alistamiento forzoso y sublevan Barcelona, el día de Corpus Christi de 1640, con el virrey como primera

víctima— es quizás una conclusión más bien que un comienzo. Pero lo importante es que tal movimiento, en vez de ser severamente reprimido como habitualmente, es relevado por los órganos autónomos del Principat. Esta es la aceptación por la autoridad del grito popular, a la vez nacional y político: *Visca la terra i mori lo mal govern*. El hecho toma todo su sentido si se piensa que coincide con las revueltas de Nápoles y de Portugal. Esta vez es la “crisis general” del Imperio de Felipe II, el estallido de sus posesiones periféricas, su protesta espontánea contra una “decadencia española” que se hace cada vez más evidente en todos los niveles.

Varios rasgos, sin embargo, impidieron este movimiento catalán —“nacional” en el sentido que arrastra todas las clases de la sociedad— de ser empujado hasta el final como en Portugal. Primero, el Principat está solo. Mallorca, Valencia, los campos roselloneses están agotados; Perpignan desconfía de Barcelona. La Generalitat llega a inclinarse hacia Francia. ¿Como “república protegida”? El espíritu del tiempo impuso pronto ofrecer al rey de Francia el título de conde de Barcelona. ¡Esto significaba caer de Olivares en Richelieu! Pero los diplomáticos franceses se revelaron rápidamente menos preocupados por conservar la soberanía feudal sobre un país con reputación de rebelde, que de anexionar, según la política llamada “de las fronteras naturales”, la Cerdaña, el Conflent y el Rosellón. Por su parte, el rey de España aceptó mantener en el Principat los privilegios caros a sus clases dirigentes. Por fin, entre 1650 y 1653, una peste terrible arrebató a Cataluña una buena parte de la

ventaja demográfica y material recientemente adquirida. Se resignó al compromiso.

¿Hay que representarse estas veleidades y estas desgracias de “la Cataluña” del siglo XVII con nuestros ojos de hoy? ¿La división de los condados entre dos estados se sintió, según las palabras de ciertos historiadores, como una “amputación nacional”? El *Visca la terra*, popular y defensivo, resonó de nuevo en el Rosellón a partir de las primeras manifestaciones, fiscales y militares, del centralismo francés. Mas, en la cumbre las relaciones entre estatuto político y comunidad de lengua y de historia no descansaban todavía sobre conceptos actuales: estaban pensados en términos de “libertades” y de “privilegios”. La palabra “nación” no está liberada de su sentido medieval. En 1674, con ocasión de un derecho consular que se pretendía levantar en Cádiz sobre los barcos catalanes, sus representantes escriben:

“tener consul en una parte y tierra es por las naciones que son propriamente naciones, pero no por aquellos que son inmediatos vasallos de una Corona, como lo son los Cathalanes de la Real Corona de S.M. (q. D. g.), los quales como a propios vasallos son y se nombran Españoles, siendo como es indubitable que Cathaluña es España”, y más abajo, “no ha sido ni es de quitar a los Cathalanes el ser tenido por Españoles, como lo son, y no por naciones”.

El documento añade, sin embargo, que si de lengua se tratara, los catalanes tendrían derecho a sus propios cónsules, como antaño, pero entonces no nombrados por el rey, sino por Barcelona. Tal es

la compleja red: viejo sentido del término “nación”, persistencia del recuerdo histórico, vínculo vasálico personal, pertenencia a una “Corona”, alcance de la palabra “español” venido a ser universal. ¿Es Cataluña menos “nación” que en el siglo XIII? Sin duda. ¿Pero es España, Imperio precoz, burocracia ineficaz, enteramente un estado? En la construcción del mundo moderno, el vocabulario es tan lento en fijarse como los hechos. Después de todo, incluso en la Constitución española de 1978, éste será todavía vacilante y contradictorio...

La palabra “Cataluña”, con todo, un poco antes de 1700, no ha cesado de evocar un grupo etno-histórico del que puede revivir la solidaridad. En 1683, diez años después del texto que acabamos de citar, aparece el *Fénix de Cataluña, compendio de sus antiguas grandezas y medios para renovarlas*. Este título recuerda un pasado, reconoce una caída, anuncia una *renaixensa*. ¿Pero renacimiento de qué? El libro, desde su primera página, dibuja con cariño y con orgullo una imagen geográfica, tal como querrán hacerlo las conciencias nacionales de los siglos siguientes:

“El Principado de Cataluña, Condados de Rosellón y Cerdaña en una sola Provincia componen un Bello Mapa, pequeño mundo y admiración del mundo”.

Los condados del Norte, pues, no están olvidados. Están distinguidos del Principat, pero unidos a éste “en una sola provincia”. Los países limítrofes se designan: Galia Narbonesa, Valencia, Reino de

Aragón, Gascuña. Ni Francia ni España están nombradas. Uno se creería en el tiempo de lo que Lucien Febvre llamaba “las nacionalidades provinciales”. Y la obra se dirige “al Rey de las Españas”, plural significativo. A éste se le pide “renovar las grandezas” de la antigua Cataluña. Y se trata de Carlos II, el *Hechizado*, personaje que ha quedado como símbolo de la “decadencia” y que, paradójicamente, fue visto por los catalanes (y en todo caso por el autor del *Fénix*) como ¡el “mejor rey que haya tenido España”!

No nos extrañemos demasiado. Estamos ante un ejemplo clásico de “imputación al político” (aquí al mérito del soberano) de una prosperidad coyuntural -1675-80 hasta 1705-10- innegable en Cataluña y clara a nivel mundial. La población, la agricultura, la comercialización de los productos, las industrias mismas se reactivan. Se constituyen compañías para el comercio lejano. El *Fénix* sale de este país y del medio de los comerciantes. La redacción fue confiada a Narcis Feliu de la Peñya, de una familia de *ciutadans honrats*, abogado de las corporaciones, empresario industrial en ocasiones, buen analista de la empresa catalana tradicional, pero autor igualmente de los *Anales de Cataluña y epílogo ... de los hechos de la nación catalana desde la primera población de España hasta el presente año* (3 volúmenes en folio, 1709). Un fárrago erudito que, sin embargo, para los años 1680-1709 pone la historia en el presente, se convierte en testimonio. Y no es tan frecuente ver un “historiador nacional” participar, como hombre de acción, en una campaña de renovación económica. Porta la voz de un grupo, casi de un “partido”. Y este “partido”, en 1705, toma una gran responsabilidad política.

Coloca, en efecto, el Principat, bajo la dirección de sus organismos autónomos, al lado de la coalición internacional que opone a Felipe V, nieto de Luis XIV, otro candidato al trono de España, el archiduque Carlos de Austria. Este se instala en Barcelona; él es aquí el rey “Carlos III”, él celebra aquí su boda; dos veces, en una campaña militar, se abre camino hasta Madrid donde lo protegen los “miquelets” catalanes.

Este episodio no recuerda en nada 1640. Nada de defensivo ni de popular. El problema no es de secesión, sino de sucesión. Una elección es llevada a cabo en nombre de toda España. Se juega un gran juego junto a Inglaterra y Portugal. Y esta vez toda la Corona de Aragón hace la misma elección. Es la búsqueda de un nuevo equilibrio.

Pero la aventura sale mal. Valencia, vencida la primera, sufre duramente: incendio de Xativa, pérdida de todo “privilegio”. Hasta 1710 Barcelona aprovecha todavía la presencia de la Corte, una afluencia de hombres y de dinero. Mas el Archiduque la abandona en 1711. Y el Parlamento británico se divide sobre “el caso de los catalanes”: los whigs consideran legítimos sus derechos; pero Bolingbroke ve en ellos un “pueblo turbulento” que debería ser feliz de ponerse bajo las mismas leyes que los castellanos, súbditos preferidos del rey de España. Esta no es la opinión ni de los “Tres Brazos”, estamentos representativos del Principat, ni de la ciudad de Barcelona. Se decide la lucha a ultranza que se hace entonces defensiva, más unánime, más popular. El heroísmo del sitio final sorprende a Europa. El día 11 de septiembre de 1714 se da el asalto

final. El “conseller en cap”, Rafael Casanova, cae herido en los pliegues del estandarte de Santa Eulalia. Este misterio doloroso de la historia catalana se celebra en la actualidad el día 11 de septiembre de cada año, no sin riesgo cuando el Estado español es autoritario, triunfalmente con ocasión del regreso a la libertad. El 11 de septiembre de 1977 un millón de catalanes participaron en esta celebración simbólica.

¿El recuerdo más capaz de movilizar el espíritu catalán sería, pues, según un título famoso, el “fin de la nación catalana”? ¡Extraño vocabulario! Una “nación” no muere por una derrota. ¡Ni por un decreto! El decreto “de nueva planta” (1716) que reorganiza el Principat sólo destruye los vestigios de una estructura medieval que únicamente había podido permanecer eficaz (y nunca hasta el fin) al amparo de las crisis del sistema imperial español.

La Guerra de Sucesión, considerada ampliamente, fue en realidad una lucha entre estas viejas estructuras y el estado moderno que quiere edificarse.

En 1708, al haber caído la Cerdeña entre las manos de los aliados antifelipistas, Feliu de la Penya se alegró de ver a los Sardos “reintegrados en su patria catalana”. Un proyecto diplomático (rápidamente rechazado) propuso la reconstitución integral (Rosellón incluido) de la Corona de Aragón bajo la protección anglo-austríaca. A los ojos de los catalanes, tomaban parte también Nápoles y Sicilia. Mallorca resistió a Felipe V más allá de la caída de Barcelona.

Y Barcelona se resigna mal a ver Menorca en manos de los ingleses. Así la lucha desesperada decidida en 1713 por los representantes de la pequeña nobleza y por la nueva burguesía catalanas no significaba solamente la defensa de un Estatuto particular (*privilegis o mort*), sino la del viejo poder español sacrificado a los intereses dinásticos de Felipe V.

De hecho éste centraba sobre un territorio masivo, administrativamente más unificado, los medios de un nuevo aparato de estado. Y a pesar de algunas concesiones a Inglaterra, conservaba el Imperio de ultramar, como campo de explotación económica acrecentado. España parece seguir en adelante el mismo camino que Inglaterra y Francia, donde Alemania e Italia están aun lejos de estar comprometidas. ¿Qué irán a hacer los “Países Catalanes” replegados así sobre un cuerpo político moderno?

La historiografía nacionalista catalana siempre se ha visto embarazada por el siglo XVIII. Este se abre con la supresión de toda autonomía catalana, se cierra con una participación vigorosa de los catalanes en la defensa de España contra Napoleón. En el intervalo, el desarrollo demográfico y económico ha sido brillante en el Principat, nada desdeñable en Valencia y Mallorca. ¿Los hábitos de la historiografía clásica —“imputación al político” o “político primero”— no irán a sugerir una relación de causa y efecto entre el “centralismo borbónico” y esta prosperidad de un siglo? De paso, no han faltado autores franceses de esta opinión. Pero sabemos hoy que el



siglo XVIII fue dinámico por todas partes, económicamente creador. Lo fue particularmente en la periferia de España. Tal vez se trate de un ritmo de reconstitución.

La Cataluña de 1720 parte desde muy abajo. Barcelona tiene 35.000 habitantes. Un viajero holandés se pregunta si en Cataluña se sabe que existen comerciantes. Pero, muy pronto el Oeste se repuebla. Se rotura. La vid prospera. Cuando la superpoblación amenaza, el cambio exterior permite salir del callejón malthusiano. La empresa se aprovecha de los salarios bajos. Empleados catalanes prospectan el mercado español, barcos catalanes el mercado americano. Por Cádiz. Luego, después de 1778, el comercio directo está autorizado. Una revolución industrial empieza. Modesta, pero pronto Cataluña pasa por una “pequeña Inglaterra”, y el carbón de Newcastle ahuma una Barcelona de 110.000 habitantes.

Ahora bien, Madrid lo sabe. Cataluña es dada allá como ejemplo. Carlos III (1759-1789) favorece la marina, las colonias. El despotismo ilustrado, desigualmente feliz en sus creaciones, escucha, en todo caso, a las burguesías ascendentes de la periferia. No hablemos demasiado rápidamente de “revolución burguesa”. Y no nos preguntemos por lo que “habría ocurrido”, si se hubiese seguido el camino hasta el final. ¿Habría perdido Cataluña su identidad en una España modernizada? Es cierto que sus minorías activas son llevadas a usar cada vez más el castellano. Pero no el pueblo que guarda su lengua. La “desnacionalización” empieza en la cumbre. ¿Pero cuándo se hace ésta irreversible? Después de todo, quizás nunca.

De todas formas, el proceso modernizador se detiene: crisis de los años 1790, invasión napoleónica, hundimiento del Imperio ...

Contra Napoleón España reacciona nacionalmente. Había, sin embargo, los “afrancesados”, y ¿en las “guerrillas” y en Cádiz, quién luchó por la tradición? ¿quién por la revolución? En Gerona un Tomás Puig se pone al servicio de Augereau, pero su diario en catalán revela exactamente todos los temas del “catalanismo” futuro. En Cádiz el gran Capmany, historiador prodigioso de las glorias medievales barcelonesas y quien había empleado, en relación a los catalanes, las palabras *reunidos en pueblo, en comunidad nacional*, se hace el teórico de los conceptos de patria (en el sentido inmediato, carnal, de tierra por defender), nación (en el sentido francés de conjunto de ciudadanos deliberando sobre sus intereses comunes), “comunidad” (en el sentido místico de la palabra, próximo a la “*Gemeinschaft*”, si no al “*Volksgeist*”). Esta nación, evidentemente, es España, pero Capmany quiere a Cataluña que representa en Cádiz, con su rostro y su historia. Y él detesta el centralismo francés uniformador. Implícitamente inventa la fórmula que florecerá a mediados del siglo: *España es la nación, Cataluña es la patria*. ¡Distinción peligrosa para una nación-estado! En menos de cien años la fórmula vendrá a ser: *España es el estado, Cataluña es la nación*. La explicación del paso es compleja. Ella está vinculada a los fracasos repetidos de España en todas las tentativas de revolución.

En las Cortes liberales de 1821, el diputado catalán Balle precisó la posición de una burguesía heredera del siglo XVIII:

“La libertad interior es lo que nos conviene. Y la libertad del comercio exterior sería un golpe mortal para nuestras fábricas. Ahora bien: la pobreza de Cataluña sería la ruina de España”.

Ahora bien, en Madrid, no triunfó la libertad política. Y el partido liberal, que no supo imponerse, fue, en cambio, libre-cambista. Nunca la burguesía catalana tuvo en Madrid un gobierno según su corazón. Y la fórmula de Balle se invirtió: la pobreza de España puso límites al enriquecimiento catalán, pero éste fue acusado de ser la causa de aquél (incluso en la opinión popular): ¡la tarifa aduanera obligaba a “la nación” a vestirse caro! Desarrollo desigual, estructuras distintas de clases: he aquí lo que minó largo tiempo el estado-nación español.

Sabemos que el pasado lo volvía frágil. Las viejas conciencias de grupo ofrecían apoyo a todas las formas de oposición. Y ante todo a la oposición popular. Lo que ha llevado a decir, con razón, que el sentimiento catalán, lejos de expresar una elección intelectual o un interés de clase, era en primer lugar un asunto del pueblo. Esto es verdad, pero no sin contradicciones: el pueblo montañés, en Cataluña, en Valencia o en el País Vasco, es anti-liberal, anti-individualista, escucha a los monjes: esto es el populismo “apostólico”, luego “carlista”, anticentralista antes que nada. Pero es también el movimiento obrero naciente, quien en los motines de Barcelona reclama,

por primera vez, “el estado catalán”. Y en estas ocasiones la burguesía industrial barcelonesa: 1) denuncia violentamente “la facción” oscurantista, 2) juega la carta del “progresismo” frente a sus obreros, 3) dice a éstos que existen “intereses catalanes” (los de la industria) que deben defender en Madrid todos juntos: una clase dirigente reúne “su pueblo”.

Ahora bien, todo esto confluye en los orígenes del “nacionalismo catalán”: tradicionalismo cultivado por el clero, “federalismo” republicano de Almirall o proudhoniano de Pi i Margall, llamamientos apasionados de los defensores del “trabajo nacional” (hay que entender español, pero se piensa catalán).

Que no se crea que yo olvido la *Renaixensa* intelectual, fechada tradicionalmente en 1833, por la *Oda a la Patria* de Aribau y que inspira, a mediados del siglo, historiadores y poetas. Todo “movimiento nacional” comienza por ahí. Pero no todos los felibriges pasan al nacionalismo. ¿Por qué, cuando Alemania e Italia se cristalizan, la vieja España ve su unidad puesta en cuestión, como los imperios de Europa central y oriental? Menos gravemente, es verdad. Pero esto no autoriza a reducir el problema catalán, a la manera de un Estasen, a una mezcla ingenua de nostalgias históricas y de rencores fiscales: lectura de Muntaner+odio del perceptor=catalanismo. No, el fenómeno seguramente está más profundo.

Es en 1898 cuando se cavó el foso. Entre clases dirigentes. Nosotros evaluamos mal, en tiempos de “descolonización”, el golpe dado a España por la pérdida de Cuba. Cuando Inglaterra, Francia,

Alemania, Italia, Estados Unidos se disputan la más mínima parcela del mundo, con el abandono por España de la última “perla” del viejo Imperio, se confirma el diagnóstico de incapacidad muchas veces dirigido en Barcelona contra Madrid. “Nosotros hacíamos mejor en el siglo XIII”, se dijeron los catalanes. Y Prat de la Riba, en 1906, justifica su paso del regionalismo al nacionalismo por una verdadera teoría burguesa de la nación, de sus funciones internas y exteriores. Pues dispone de un partido, de una prensa, de un estado mayor intelectual, y hasta, con la “Mancomunitat” de 1912, de un bosquejo de instituciones. El episodio es conocido.

A veces es evocado con embarazo. La masa democrática que inspira hoy la idea catalana evoca sin indulgencia la etapa del “nacionalismo burgués”. Primero porque el adjetivo ha sido utilizado por todos los enemigos del catalanismo. Después porque los herederos políticos de Prat, tentados por el poder o ante los peligros revolucionarios, han “traicionado” (ésta es la palabra corriente) la causa catalana: en 1918, 1923, 1931, 1934, 1936. Entre ellos y los dirigentes de Madrid las contradicciones no eran antagónicas; cada crisis los acercaba. Con un año de distancia, Cambó podía llamar a vascos y catalanes a reunirse “por encima de las fronteras” y entrar en un gabinete Maura. Alcalá Zamora lo había previsto: “Vd. no puede ser a la vez el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España”. ¡Buena definición de una ilusión de grandeza! Sin embargo, la etapa burguesa ha desempeñado su papel; ella volvió a hacer del catalán la lengua de todas las clases, creó una red de relaciones, de difusión, de luga-

res de cultura, condición de una primera movilización de los espíritus.

Pero escapándose a sus primeros movilizadores, el hecho catalán ha demostrado justamente su valor de base. La catalanidad se ha hecho un componente del alma del campesino, del tendero, del empleado, del sacerdote, del intelectual. El catalanismo se ha hecho la causa de las clases medias y populares, y el proletariado, mucho tiempo reacio, se junta a la protesta nacional, si hay dictadura y persecución. Este relevo de las clases sociales, clásico en todo movimiento nacional, se expresó por el grito que oí, todo un día, escandido por la muchedumbre, el 14 de abril de 1931: *¡Mori Cambó, Visca Macià!*

Un pueblo quiere muchas veces reconocerse en un hombre. En aquel día, quien su entrega cuasi-mística a la causa catalana había convertido en símbolo, proclamó “la República catalana”. Se le obligó, para no comprometer a la República naciente en Madrid, a contentarse con el término de “Generalidad”. La referencia a la historia podía parecer irónica: 1713, 1640, 1462... Al vivir este presente descubrí el peso de un pasado cuyo dramatismo se confirmó, en 1934 y 1936, en el entrelazamiento de la lucha de los grupos y de la lucha de las clases.

Una última palabra. ¿A partir de tales acontecimientos no han definido demasiado “Cataluña” como el único territorio de la “Generalitat”, del viejo “Principat”? Yo mismo he tenido la tendencia a

explicar lo esencial del fenómeno catalán contemporáneo por la originalidad estructural, económica, de este territorio: todavía hacia 1950, el 47% de población activa ocupada en la industria, contra el 22 % para el conjunto de España. Yo persisto en pensar, por supuesto, que este contraste es fundamental.

Ello me parecía explicar en particular por qué Valencia, país agrícola exportador, las Baleares largo tiempo dormidas, y la Cataluña del Norte de los Albères, pariente próxima de Languedoc vitícola, habían participado solamente poco en el movimiento político catalán y le habían mostrado a veces mal talante. Me parecía también que una historia comparada de las dos Cataluñas —“francesa” y “española”, según se decía antes— ponía de relieve, a partir de 1789, la fuerza de atracción de un estado-nación democrático de fuerte componente campesino y la debilidad de un estado español marcado por la subordinación del campesinado y los fracasos de la burguesía.

Pero por definición la historia cambia. El estallido de los autonomismos en la actual reconstrucción de España, el renacimiento en Francia de las reivindicaciones etno-lingüísticas sugieren que la Europa de mañana no tendrá necesariamente las mismas estructuras de grupos que la de ayer. Las seguridades pasadas del estado-nación están, ellas mismas, minadas por la llamada “supranacional”. El problema de los “Países Catalanes” está todavía en la fase de las tomas de conciencia intelectuales y de las pasiones de juventud. Obliga, a pesar de todo, a nuevas reflexiones a partir de una historia cuya complejidad nos ha aparecido.

## TOPOI NACIONALES/NACIONALISTAS EN EL RENACIMIENTO: “OS LUSÍADAS” DE CAMÕES

Fernand Braudel, ejerciendo como investigador de procesos de “larga duración”, no tiene problemas para retrotraer la historia de Francia y de la nación francesa, no sólo hasta la Edad Media, sino hasta la Galia romana y la misma prehistoria (no creo que hoy en día nos este permitido a los vascos nada de esto: nos lo prohíben, más que nada, nuestros propios complejos), y para censurar que hay como una especie de pecado original de una historiografía moderna, por otra parte muy respetable (H. Taine, A. de Tocqueville, etc.), “en admitir que Francia comienza en el siglo XVIII en la época de la Ilustración, que nace de la dramática prueba a que se vio sometida por la violencia de la Revolución Francesa, esa Revolución con R mayúscula que hasta ayer todavía era, sin que nos diéramos cuenta siempre de ello (...), una especie de Biblia, de compromiso, de punto de referencia ideológico”<sup>1</sup> –hubiera podido igualmente decir teológico, en referencia a la nueva fe laica. Que anteriormente a la Revo-



lución Francesa no hay naciones (ni, por tanto, conciencia nacional, nacionalismo, ni otros cuentos) ha sido un dogma absoluto. Y que todo lo demás no eran sino mitificaciones de los nacionalistas.

Espero que Braudel —que merece los respetos de “Cuenta y Razón”— no estará considerado entre nuestros muy ilustrados y muy racionales críticos como un “romántico, irracional, fundamentalista” de la historia, de modo que la introducción más fácil en el tema será copiar el texto de Braudel (loc. cit.): “Evidentemente protesto contra esa devoción como contra cualquier otra devoción o idealización retrospectiva. Pero protesto aún más contra el estrechamiento de las dimensiones cronológicas que esa devoción implica: el Antiguo Régimen, la Revolución Francesa, son hechos próximos, casi contemporáneos... extendemos la mano y casi los tocamos. Ahora bien, es todo el espesor del pasado de Francia lo que hay que unir solidariamente desde antes de que los romanos conquistaran la Galia hasta hoy. La Francia de Luis XVI es ya ciertamente una vieja ‘persona’. Entonces, dicho sea de paso, lamentamos que el monumental y muy hermoso libro de Théodore Zeldin, *Historia de las pasiones francesas*, comience en 1848. ¿Somos acaso tan jóvenes? ¿Acabamos de nacer y acaban de nacer con nosotros nuestras pasiones? También protestamos contra un sociólogo y economista tan inteligente como Robert Fossaert, que junta el pasado de Francia como quien comprime un acordeón y dice: ‘La Galia mística como un cordero casi no tiene relación alguna con nuestro país, que no vino del fondo de las edades, sino que nació dentro de la historia’. Como si la historia no llegara hasta el fondo de las edades, como si prehisto-

ria e historia no constituyeran un único proceso, como si nuestras aldeas no tuvieran sus raíces en nuestro suelo desde el tercer milenio antes de Cristo, como si la Galia no esbozara de antemano el espacio en que se desarrollaría Francia, como si los pueblos germánicos no hubieran cruzado el Rin en el siglo V (...), como si en nuestra sangre [!!], en nuestra vida, la hematología retrospectiva no revelara el rastro mismo de las remotas ‘invasiones bárbaras’, como si creencias y lenguas no acudieran hacia nosotros desde los oscuros siglos del más remoto pasado...”<sup>2</sup>

Más modestamente, aquí vamos a limitarnos a sólo algunas viejas raíces ideológicas. No sabría consignar el día exacto del nacimiento formal del nacionalismo, ni es éste un tema que me interese más que cualquier otra guerra nominalista: en la medida en que la conciencia se articula por medio de elementos de la cultura, y la cultura se nutre de la tradición, en la medida por tanto en que la conciencia nacional/nacionalista suele venir formulada con determinados contenidos, estos materiales tienen sus historias, particulares o comunes, con frecuencia muy interesantes y bastante tópicas no pocas veces. En lo que sigue se trata de señalar algunos de los mismos, en base a una lectura de *Os Lusíadas* de Camões.

## Ideología de grandeza

En el fondo este fenómeno se encuentra ya en la Biblia. Revela la conciencia orgullosa de una tribu, que a sí misma se considere nacida de un gran patriarca y de su noble esposa por una intervención milagrosa de Dios (*Gen. XV, XVII y XXI*: ella ha sido escogida por Dios y a ella le ha sido dada aquella tierra); a la tribu vecina, por el contrario, nacida del mismo patriarca, pero de una esclava (*Ib., XVI*: no tiene derecho de herencia en estas tierras); y a algunas tribus más hostiles de los alrededores como bastardos habidos por dos hijas solteras que embriagan al propio padre con el propósito de engendrar descendencia (*Ib., XIX, 30ss*)...<sup>3</sup>

Los orígenes revelan la naturaleza. ¿Cómo se han entendido a sí mismos y cómo han expresado su autoconciencia las tribus y “naciones” que iban surgiendo y consolidándose en el Renacimiento?

En el Renacimiento no hay un modelo político-cultural único, y del que finalmente ha acabado imponiéndose en Europa, apenas puede decirse que fuera el más propicio para la libertad. Florencia, sintiéndose hija y heredera de Roma —contra todo Imperio y tiranía: la muerte del tirano es una santa violencia<sup>4</sup>— ha retomado la bandera de la Roma republicana y de la libertad. Lo que enorgullece a Florencia, con el arte y las ciencias, es su régimen republicano: “no hay en la tierra un lugar de más justicia y no se ve en ninguna parte más libertad”, la ha elogiado Leonardo Bruni.<sup>5</sup> En Florencia todos los

ciudadanos son iguales, porque la igualdad de los ciudadanos es el fundamento de la libertad; y la cabeza del cuerpo civil es la justicia (no el rey o el tirano).<sup>6</sup> No puede ser mayor el contraste con las ideologías que han desarrollado el modelo de la Roma imperial y de la grandeza. Camões –y los nacionalismos europeos animados en torno a las Cortes– se sitúan en este segundo modelo. En él vemos desarrollados una serie de tópicos –que son comunes en todos los países europeos– en relación a la tierra y a la gente, y que han tenido su reflejo también en la epopeya nacional portuguesa.

Portugal tiene un origen milagroso (divino), etc. De entrada, ocupa el centro geográfico del mundo.

### *1. El centro del mundo:*

Cuando, abandonada la imagen teológica del mundo, se ha desarrollado, como más científica, la visión “naturalista” de las cosas, la razón geográfica adquiere una importancia excepcional en la explicación de cualquier fenómeno histórico y social. En el fondo está siempre Aristóteles (y luego, muchas veces, las más extrañas fantasías astrológicas de tipo cabalístico). La razón geográfica (o: el clima) servirá de razón suficiente para explicar el carácter distinto de los pueblos, la diversidad de los sistemas políticos, las religiones y los cismas, la pluralidad de lenguas y el mismo tipo fónico de cada una de ellas, etc., de cualquier cosa. Será por lo mismo de la máxima importancia dónde está ubicada la patria: afortunadamente todas

ellas suelen encontrarse en condiciones inmejorables, también Portugal.

El Canto X —último de la epopeya— es un canto de apoteosis. La diosa Tetis conduce a Vasco da Gama a la cima de una montaña para mostrarle una grandiosa visión del universo (ptolemáico, evidentemente), todo lleno de luz y de belleza, tal como se manifiesta reluciente en la esfera ideal de su creador: “Uniforme, perfeito, em si sustido/ Qual emfim o Archetypo que o creou” (X, 79). Se ven allá los cielos, los soles y el mismo Primer Motor, las distintas esferas celestes peripatéticas moviéndose en distintos ritmos, según lo ha dispuesto el Padre todopoderoso tan poderosa como sabiamente, y en el centro de todo ese cosmos se encuentra la Tierra, “pousada dos humanos”. En la Tierra, sobre todas las otras partes (especialmente sobre África) se ve destacar Europa:

Ves Europa christã, mais alta e clara  
Que as outras em policia, e fortaleza:  
Ves Africa, dos bens do mundo avara,  
Inculca, e toda cheia de bruteza (X, 92).<sup>7</sup>

En Europa está claro que el lugar más señalado debe ocuparlo la península ibérica, la noble Hispania:

Eis-aqui se descobre a nobre Hespanha  
Como cabeça allí de Europa toda (III, 17)<sup>8</sup>.

En lugar tan señalado vive gente muy señalada. Aunque la rueda del destino la haya sometido repetidas veces a duras pruebas, nunca nadie logrará subyugar a esta gente intrépida (“belicosos peitos”) ni por la astucia ni por la fuerza. Ese país está habitado por diversas naciones (se cita a los catalanes, navarros, etc.) a cual más valientes:

Com nações diferentes se engrandece,  
Cercadas com as ondas do Oceano;  
Todas de tal nobreza, e tal valor,  
Que qualquer d’ellas cuida que é melhor (III, 18).

Ni qué decir que toda esta grandeza se encuentra ahí para resaltar la grandeza tanto mayor de Portugal, como encontramos en cuanto han sido citados León, Castilla, Granada, etc.:

Eis-aqui, quasi cume da cabeça  
De Europa toda, o reino lusitano;  
Onde a terra se acaba, e o mar começa,  
E onde Phebo repousa no Oceano:  
Este quiz o ceo justo que floreça  
Nas armas contra o torpe Mauritano (III, 20).

El mismo cielo que lo ha situado en tan privilegiado lugar, le ha asignado también el destino sobrenatural de luchar y triunfar sobre los infieles. “Esta é a ditosa patria minha amada”.

El tema de la ubicación geográfica debe ser comprendido en relación con las virtudes del pueblo, con el hecho de tener más y más grandes santos, etc., pues todo ello tiene su explicación geográfica natural y todo ello está, luego, en relación con el tema del pueblo elegido de Dios. Según cuáles son las relaciones en que el hombre se encuentra con la naturaleza, tales son los humores (se recordará la significación de este aspecto en las teorías de Huarte de San Juan), el carácter, las costumbres, el arte, etc. Jerónimo Cardano explica así todas las diferencias culturales, hasta la diversidad de lenguas y las diferencias concretas entre las mismas, por ejemplo la dificultad de los italianos para pronunciar las guturales y la facilidad de los hebreos: “Si communia sunt generalia hominum instituta, linguae tamen diversae sunt, et varia loquendi genera”, según las tierras y los climas<sup>9</sup>.

O sea, los pueblos sin par viven en lugares sin par. Y paralelamente, como puede observarse en las mitologías de los pueblos “bárbaros”, la gente bárbara, su lengua bárbara y su tierra bárbara suelen conformar una trinidad estrechamente aunada (de Aymeric a Mariana, para nosotros los bárbaros vascos).

## 2. *Origen noble*

En la epopeya de Camões los portugueses son los lusíadas: pero no los descendientes de una tribu ibérica casi desconocida entre el Duero y el Guadiana, sometida por los romanos y asimilada, sino

descendencia del mítico rey Luso, noble linaje de Grecia; es en este sentido como Portugal es denominada Lusitania:

Esta foi Lusitania, derivada

De Luso, ou Lysa, que de Baccho antigo

Filhos foram, parece, ou companheiros,

E n'ella, então, os íncolas primeiros (III, 21)<sup>10</sup>.

Hay que entender que este dios Baco es un gran héroe, que precisamente por su singular grandeza ha sido –en la línea de la interpretación renacentista de la mitología grecolatina<sup>11</sup>– “divinizado”: y Luso un hijo o compañero de ese Baco, patriarca de los portugueses, creador del reino de Lusitania, que debió de reinar treinta y tres años, virtuoso y amado de todos, levantando multitud de torres y ciudades. Los portugueses tienen, pues, su alto origen en el ámbito de los “dioses” (igual que los héroes griegos). Que, respondiendo a la misma exigencia mítica, Lisboa ha sido fundada por Ulises en las peripecias del camino de retorno de Troya a su hogar<sup>12</sup> etc., apenas necesitará ser recordado: no contento con fundar la ciudad, también erigió un templo en honor de Palas Minerva, de modo que la cultura y el arte pueden sentirse en casa en Portugal; además –para que todo cuadre mejor– en el lugar donde el héroe griego erigiera dicho templo se levanta hoy un convento de monjas. De la historia pagana a la cristiana, la transición se hace sin ninguna ruptura. Tampoco será preciso insistir otra vez en la importancia que la antigüedad y la nobleza poseen en esta ideología: con estas genealogías queda muy



consolidada la “nobreza/ Que tanto os Portuguezes engrandece” (II, 75)<sup>13</sup>.

Las naves de la expedición de Vasco da Gama llevan las velas pintadas con motivos de la historia de Portugal y Pablo Gama da la siguiente explicación de aquellas pinturas al gobernador de Malabar:

Estas figuras todas, que apparecem,  
Bravos em vista, e feros nos aspeitos;  
Mais bravos, e mais feros se conhecem  
Pela fama, nas obras, e nos feitos;  
Antiguos são; mas inda resplandecem  
Co’o nome, entre os ingenhos mais perfeitos:  
Este que ves é Luso, d’onde a fama  
O nosso reino Lusitania chama.

Foi filho, ou companheiro do Thebano<sup>14</sup>  
que tão diversas partes conquistou:  
Parece vindo ter ao ninho hispano,  
Seguindo as armas, que confino usou:  
Do Douro, e Guadiana, o campo ufano,  
Ja dicto elysio<sup>15</sup>, tanto o contentou,  
Que alli quiz dar, aos ja cansados ossos  
Eterna sepultura, e nome aos nossos.

O ramo que lhe ves pera divisa,  
O verde thyrsos foi de Baccho usado;  
O qual a nossa idade amostra, e avisa,  
Que foi seu companheiro, ou filho amado.

Ves outro, que do Tejo a terra pisa,  
Despois de ter tam longo mar arado,  
Onde muros perpétuos edifica<sup>16</sup>,  
E templo a Pallas, que em memoria fica?

Ulysses é o que faz a sancta casa  
A'deusa, que lhe da lingua facunda;  
Que, se la na Asia Troia insigne abrasa,  
Ca na Europa Lisboa ingente funda (VIII, 2-5).

### 3. *Nunca subyugados*

Los portugueses han sido siempre gente heroica, de modo que nunca nadie ha podido subyugarla. Han sido siempre un pueblo libre e independiente, etc. “A terra nunca de outrem sujugada” (IV, 19)<sup>17</sup>.

Todo esto se verá mejor cuando tratemos más de cerca las referencias a Roma. Pero también vale en relación a los castellanos (o a los demás “españoles”).

Não menos teem mostrado esforço e manha  
Em quaesquer outras guerras, que aconteçam,  
Ou das gentes belligeras de Hespanha,  
Ou la d'alguns, que do Pyrene deçam:  
Assi que, nunca emfim dom lança estranha  
Se tem, que por vencidos se conheçam;  
Nem se sabe inda, não, te affirmo, e assello,  
Pera estes Annibaes nenhum Marcello (VII, 71)

Se comprenderá sin dificultad que, en este contexto, ser más valerosos que los castellanos es importante.

#### 4. *Más valientes que los castellanos*

Esta preocupación se exterioriza con frecuencia, por ejemplo en la memoria de Alfonso IV –“forte lusitano”–:

Este sempre as superbas castelhanas  
Co'o o peito desprezou firme e sereno;  
Porque não é das forças lusitanas  
Temer poder maior, por mais pequeno (III, 99).

Además luego sucede que, atacados por los árabes, los castellanos se encuentran en dificultades, viéndose obligados a pedir socorro a los portugueses. Estos, magnánimos como son, se lo prestan generosamente.

Pero los castellanos son gente mal agradecida y no faltarán disputas con ellos, hasta que el condestable Nuno Alvares, como un nuevo Escipión, los ha aleccionado debidamente en Aljubarrota: “Dom Nun' Alvares, digo, verdadeiro/ Açoute de suberbos Castelhanos” (IV, 24)<sup>18</sup>.

De todos modos, lo que unas citas sueltas no pueden dar a participar es el tono de la epopeya: éste lo deberá buscar el lector en el texto.

### 5. *El más grande Imperio de todos los tiempos*

El Imperio portugués es el más grande Imperio del mundo y de la historia, cubriendo todo el espacio que cubre el sol (el sol nunca se pone en él: bastantes tópicos españoles son portugueses)<sup>19</sup>. En cualquier caso esta grandeza no debe ser entendida como significando meramente un hecho material, cuantitativo, sino como una providencia adoptada por Dios expresamente según sus planes divinos:

Vos, poderoso rei, cujo alto imperio  
O sol, logo em nascendo, ve primeiro;  
Ve-o tambem no meio do hemispherio;  
E, quando desce, o deixa derradeiro (I, 8).

### 6. *Los más terribles y poderosos de la tierra*

No siendo otro que éste todo el propósito de la epopeya (“As armas, e os Barões assinalados,/ Que da occidental praia lusitana/ Per mares nunca d’antes navegados/ Passaram inda alem da Taprobana,/ Em perigos, e guerras esforzados,/ Mais do que promettia a força humana...”), no es posible aquí mostrar mediante retazos el panegírico de los portugueses que representa toda la obra de un extremo al otro.

Podemos atender a algunos adjetivos, a modo de muestra. “Gente belligera”, “gente forte”, los portugueses son bravos y valientes, capaces de llenar de pavor al mundo entero: “Comecem a

sentir o peso grosso/ (Que pelo mundo todo faba espanto)/ De exercitos, e feitos singulares,/ De Africa as terras, e do Oriente os mares” (I, 15). Ganadas todas las guerras que había para ganar en la propia tierra, no pudiendo sin embargo vivir en indolencia e inacción, han salido a ganar el mundo:

Não sofre o peito forte, usado a guerra,  
Não ter imigo ja a quem faça dano;  
E assi, não tendo a quem vencer na terra,  
Vai commetter as ondas do Oceano (IV, 48).

Sus adversarios todos rendirán las cervices “conhecendo/ Não poder resistir ao Luso horrendo” (II, 48). Son los portugueses “O’ gente ousada mais que quantas/ No mundo commetteram grandes cousas;/ Tu, que per guerras cruas, taes e tantas,/ E per trabalhos vãos nunca repousas” (V, 41). Basta un puñado de portugueses para hacer frente a todo un ejército castellano (“Olha que désesete Lusitanos/ N’este outeiro subidos se defendem/ Fortes de quatrocentos Castelhanos”), como en otros tiempos fueron capaces de enfrentarse a las legiones romanas: “Sabe-se antiguamente que trezentos/ Ja contra mil Romanos pelejaram,/ No tempo que os virís atreimentos/ De Viriato tanto se illustraram” (VIII, 36). Pero no sólo los hombres, los mismos elementos de la naturaleza quedan atemorizados a la vista de los portugueses: “Oh caso nunca visto e milagroso,/ Que trema, e ferva o mar, em calma estando/ oh gente forte, e de altos pensamentos,/ Que tambem d’ella hão mêdo os ele-

mentos!” (II, 47). Tales son las acciones heroicas de los portugueses, que, narradas, apenas pueden ser creídas<sup>20</sup>.

Es muy clásica en la literatura épica la arenga del capitán a sus guerreros al inicio de la batalla (en este caso contra los castellanos):

Como? Da gente illustre portugueza,  
Ha de aver quem refuse o patrio marte?  
Como? D'esta provincia, que princeza  
Foi das gentes na guerra em toda parte,  
Ha de sair quem negue ter defeza?  
Quem negue a fe, o amor, o esforço e arte  
De Portuguez? e por nenhum respeito  
O proprio reino queira ver sujeito?  
Como? Não sois vos inda os descendentes  
D'aquello, que debaixo da bandeira  
Do grande Henriques, feros e valentes,  
Vencestes esta gente tam guerreira?  
Quando tantas bandeiras, tantas gentes,  
Pozeram em fugida... (IV, 15-16).

Más que en tierra, la grandeza sin par de los portugueses destaca en el mar:

Agora julga, o'rei, se houve no mundo  
Gentes, que taes caminhos commettessem?  
Cres tu, que tanto Eneas, e o facundo  
Ulysses, pelo mundo se estendessem?

Ousou algum a ver do mar profundo,  
(Por mais versos que d'elle se escrevessem)  
Do que eu vi, a poder d'esforço, e de arte,  
(E do que inda hei de ver) a oitava parte? (V, 86).

Ha sido un tópico de la literatura romana, que sus capitanes eran mayores que los griegos; lo que en Roma faltaban, por el contrario, eran los grandes literatos que engrandecieran literariamente a los capitanes. Este tópico se ha aplicado también a los vascos, que dicen que son largos en hechos y cortos en palabras. (Caro Baroja: los vascos han hecho historia, no la han escrito). Igualmente los portugueses, aunque no tengan un Homero (que componga una nueva Odissea)<sup>21</sup>, han realizado en el mar hazañas muy superiores a las de los griegos, como el mundo nunca hasta ahora había visto:

Como vereis o mar fervendo acceso,  
Co'os incendios dos vossos pelejando,  
Levando o idolátra e o Mouro preso,  
De nações diferentes triumphando:  
E sujeita a rica Aurea-Chersoneso,  
Até o longinquo China navegando,  
E as ilhas mais remotas do Oriente:  
Ser-lhe-ha todo o Oceano obediente.

De modo, filha minha, que de geito  
Amostrarão esforço mais que humano;  
Que nunca se verá tam forte peito,  
Do gangetico mar ao gaditano;

Nem das boreaes ondas ao Estreito,  
Que mostrou o agravado Lusitano;  
Postoque em todo o mundo, de affrontados,  
Resuscitassem todos os passados (II, 54).

## Pueblo de grandezas

Cómo esta gente y esta región han venido a ser Portugal, se formula en base a los textos clásicos, siguiendo especialmente la visión virgiliana de la epopeya del Imperio romano y la filosofía oficial de la historia de Tito Livio. Dos cosas estan ocurriendo, efectivamente, en esta coyuntura de inicios de la Modernidad: la revivificación de Roma, por un lado, vigorosa en las artes y en las letras<sup>22</sup>; y, por otra, la formulación, realizada precisamente con la ayuda de aquellos elementos de la cultura renacentista, de la conciencia nacional, que está surgiendo igual de vigorosa.

Uno: sería de la mayor importancia tener en cuenta aquí cómo surge y se estructura en la historia ese fenómeno intrincado, multi-forme que es un pueblo o una cultura –la cultura nacional renacentista en nuestro caso– como unidad o memoria, con sus recuerdos y sus olvidos, es decir, como conciencia; pero, no siendo ese propiamente nuestro tema, no podemos detenernos más que para un par de citas de Jurij Lotman<sup>23</sup>. “En una determinada etapa de su desarrollo llega, para la cultura, el momento de la autoconciencia: ésta



crea su propio modelo, que define su fisonomía unificada, artificialmente esquematizada, elevada al nivel de unidad estructural. Superpuesta a la realidad de esta o aquella cultura, dicha fisonomía ejerce sobre ella una potente acción ordenadora, organizando integralmente su construcción, introduciendo armonía y eliminando contradicciones”. Entramada de esta forma, esa conciencia –cultura: “la cultura como la memoria longeva de la colectividad”<sup>24</sup>–, ya como código normativo, ya como texto, ejercerá profunda influencia en los distintos avatares del desarrollo histórico en las más diversas maneras.

Dos: la idea de la “Roma renovada”, que ha dominado el Renacimiento de las ciudades italianas, ha cambiado de significado al universalizarse en Europa<sup>25</sup>, pero ha seguido brillando luminosa en el cielo humanista como ideal político, ofreciendo a menudo a las jóvenes monarquías nacionales el imaginario ostentoso que sus ambiciones requerían: el reinado de Francisco I será la nueva Era de Augusto<sup>26</sup>, etc. por toda Europa todo rey se creará –o todo panegirista creará a su rey– un nuevo Cesar o un nuevo Augusto; toda capital reclamará ser la nueva Roma, o más que la misma Roma<sup>27</sup>. Como ejemplo bastante completo en su repertorio se podría citar, con H. Gillot, el Discurso de Poitiers de Ch. Longueil “en loor del divino Luis y de los franceses” de principios del siglo XVI (1508). Francia, no solamente por el lugar que ocupa, por el clima, sus riquezas, etc., sino también por ser tierra sagrada por los muchos santos y por la sangre de los mártires, y poseer tan numerosas reliquias de Jesucris-

to, y ser nación cristianísima, y porque las conquistas que hace las hace para enseñar a los pueblos las leyes y la civilización<sup>28</sup>, y porque en la guerra misma es generosa como ningún otro pueblo<sup>29</sup>, etc., es la primera entre las naciones y la Roma nueva. “Il énonce cet axiome qui sera un lieu commun de la philosophie de l’histoire à la fin du XVIIe siècle: la France est l’héritière d’Athènes, de Rome, de l’Italie. De la déchéance de Rome doit naître la grandeur française. Un décret divin<sup>30</sup> assigne a la France le rôle brillant que jouèrent les Romains dans l’histoire universelle”<sup>31</sup>. El desarrollo de estos temas en la tradición española ha sido expuesto con bastante extensión en *Espainolak eta euskaldunak*. Vemos que la filosofía nacional de Camões no es muy distinta. Es el espíritu del tiempo.

La Roma erigida en modelo es la Roma augustea, a la que el cielo había encomendado la misión de imperar sobre las naciones<sup>32</sup>, producto manifiesto, a los ojos de Tito Livio, del destino y del propósito de los dioses<sup>33</sup>. El devenir de Roma, “principis terrarum populi”, es la historia de la unión de Eneas, príncipe extranjero, y de la población aborígen, y del éxito de esta unión en la guerra contra los pueblos vecinos. Así como los dioses condujeron al noble príncipe troyano Eneas –“pietate insignis et armis”– a Italia, así el cielo y su ardiente fe<sup>34</sup> conducen a Portugal<sup>35</sup>, “deixando a patria amada e proprios lares”, junto con otros nobles cruzados, al Príncipe Enrique, “segundo Filho de um rei de Hungria –dizem” (III, 24-25): al gran Príncipe sumiso a Dios se unirá un gran pueblo heroico digno de él. (Porque las cualidades, o la auténtica naturaleza, que harán de un pueblo una gran nación se manifiestan en los orígenes, según ha

mostrado Tito Livio). A partir de ahí, entre “príncipe claro”, “leal vasallo” y “angélica defensa”, es decir, en el juego entre vasallos, Príncipe y Providencia, en una carrera de aventuras que ahora podemos dejar de lado, se constituirá, comenzando como un conglomerado insignificante y pronto como orgulloso Imperio<sup>36</sup>, el povo<sup>37</sup>, la república o comunidad<sup>38</sup>, el *populus* portugués, precisamente como el “*populus romanus*” de los nuevos tiempos<sup>39</sup>, la nación portuguesa moderna<sup>40</sup>. No faltarán las profecías, los milagros, las batallas, las voces del cielo<sup>41</sup>, grandiosidades y maravillas y misterios de todo género. “Datur, efectivamente –a pesar de Voltaire<sup>42</sup>–, haec venia antiquitati, ut miscendo humana diuinis primordial urbium augustiora faciat”.

Permítase recordar aquí con R. Syme<sup>43</sup>, aunque sea sólo muy brevemente, en qué línea ideológica se han movido en Roma Virgilio<sup>44</sup> y Tito Livio<sup>45</sup> (“los dos pueden considerarse representantes bastante típicos de las clases propietarias de la nueva Italia del norte, que era patriota antes que partidista”)<sup>46</sup>, esos dos autores reconocidos como maestros y modelos, en el período que sigue a las guerras civiles y al triunfo de Augusto: “La nueva política encarnaba un espíritu nacional y romano. El contacto con la civilización extranjera de Grecia impulsó originariamente a los romanos a adquirir conciencia de su propio carácter nacional como pueblo. Mientras adquirían y asimilaban cuanto los helenos podían dar, modelaban su historia, sus tradiciones y sus ideas de lo que era romano, en oposición deliberada a lo que era griego. De la Guerra de Accio, hábilmente convertida en un movimiento espontáneo y patriótico, surgió un mito

saludable que realizaba los sentimientos del nacionalismo romano con una intensidad pavorosa e incluso grotesca”<sup>47</sup>. Esta ha sido la escuela en la que las naciones y monarquías del Renacimiento han aprendido cómo articular su autoconciencia.

## Las nuevas Roma y Grecia

El estudiante humanista, que un día podrá llegar a ser hombre de pluma en la sociedad, a redactar los discursos del Gobernador o del Obispo, incluso —si la suerte ayuda— los del rey, las crónicas del Príncipe o la apología del capitán triunfante, ahora, sentado en su banco, lee con el más hondo esmero los clásicos latinos, los aprende de memoria, imita sus expresiones y su estilo, los vierte de día y de noche: en ellos encuentra, no sólo los modelos literarios, sino también el modelo del gran soldado, el modelo del gran rey, el modelo de las grandes acciones. Todo lo encuentra allí. La cultura humanista se nutre de la cultura clásica. Roma, Grecia, son las referencias obligadas. En rigor no hay otra referencia (no hay otra cultura).

No se trata de simples sueños literarios de escolares humanistas, “sino (de) una nueva fe, una nueva mentalidad que en la antigüedad buscaba el impulso, una bandera de batalla, con el fin de superar la antítesis medieval entre Iglesia e Imperio, entre güelfos y gibelinos,

instaurando así una *libertà* italiana que fuese heredera a la vez de la tradición romana y de la tradición cristiana, que renovase los más augustos valores humanos, valores que la ‘barbarie’ había subvertido o falseado”<sup>48</sup>. Las ideas de la *Roma renovata, renovatio Urbis*, animan el nuevo programa de vida y de cultura. Según va el Renacimiento extendiéndose por Europa, van perdiéndose las especificidades italianas; pero las ideas de regeneración y vida nueva, a partir de una síntesis de Roma y de Israel, se mantendrán vigorosas en los distintos humanismos —en las nacientes literaturas e ideologías nacionales/nacionalistas.

La cuestión es, quién será en esta nueva Europa el verdadero nuevo romano —o sea, el aventajado y señor sobre todas las otras provincias<sup>49</sup>— y a quién corresponde serlo por derecho propio. En los humanismos de las monarquías europeas, (1) el recurso a Roma no tendrá el significado antimoderno<sup>50</sup> de Italia: estas monarquías son bárbaras ellas mismas y, por lo general, tienen en la Edad Media sus raíces y su orgullo. En consecuencia (2) la renovación de Roma tampoco tendrá políticamente el significado histórico regeneracionista de Italia<sup>51</sup>, tan de primer plano en Machiavelli por ejemplo: dejando a la vieja ciudad del Tíber en sus ruinas<sup>52</sup>, e. d., dejando al pasado la Italia hoy pisoteada de arrogantes soldados y mercenarios españoles y galos<sup>53</sup>, para los humanistas de Portugal, España, Francia, Inglaterra, el sentido de la cuestión será, en un significado del Imperio transformado en la acepción de hegemonía<sup>54</sup>, a quién corresponde ya ser hoy la nueva Roma en el sentido de “la première du monde”<sup>55</sup>. Y quizá no es ninguna maravilla que para cada huma-

nista sea siempre su rey a quien corresponde con todo derecho la primacía y el Imperio.

De este modo, todos los Estados (monarquías, naciones) modernos que se estaban entonces configurando, han articulado su conciencia hegemónica “nacional” en el Renacimiento en referencia a Grecia y Roma —especialmente a la grandeza romana! “Oh when shall Britain, conscious of her claim/ Stand emulous of Greek and Roman name?”, exclamará Alexander Pope todavía en la Inglaterra ilustrada. Es una determinación del cielo, dice en nuestro caso Camões, “de fazer de Lisboa nova Roma” (VI, 7). Si la hegemonía de Roma en el mundo se asienta con la victoria sobre África (y recuérdese que con el poema *Africa* Petrarca había pretendido dar a los italianos su epopeya nacional moderna)<sup>56</sup>, los actuales vencedores de África son los portugueses: *Os Lusíadas*, que se abre como un eco sonoro de la Eneida virgiliana, se cierra invitando al rey a la conquista de Marruecos, “de sorte que Alexandro em vós se veja, / Sem á dita de Achilles ter inveja”, para inaugurar el “quinto Imperio”, el más grande de todos<sup>57</sup>. El modelo es, pues, siempre Roma, pero la Roma del poder y del imperialismo<sup>58</sup>.

En general los portugueses se revelan superiores a griegos y romanos (dignos por tanto de ser sus sucesores y relevadores)<sup>59</sup> a través del poema. Ya en las primeras estrofas Camões declara que el objeto de su canto es más alto que Roma o Grecia, sus héroes más bravos que todos los de aquellas naciones (véase también I, 75). O sea, quizá su poema no alcance la altura de Homero, pero los marinos portugueses sí son superiores a los protagonistas homéricos:

Cessem do sabio Gregoe<sup>60</sup>, e do Troiano<sup>61</sup>  
As navegações grandes, que fizeram;  
Cale-se d'Alexandro, e de Trajano  
A fama das victorias, que tiveram:  
Que eu canto o peito illustre lusitano,  
A quem Neptuno, e Marte obedeceram:  
Cesse tudo o que a Musa antiga canta,  
Que outro valor mais alto se levanta (I, 3).

Las increíbles hazañas que tiene que narrar son tales, “que excedem as sonhadas, fabulosas;/ Que excedem Rodamonte, e vão Ruigeiro,/ E Orlando, indaque fora verdadeiro” (I,11)<sup>62</sup>. Y del mismo modo, si son grandiosas las acciones que se celebran en el mito griego de los titanes, etc., más grandiosas son las que quisieran celebrarse en *Os Lusíadas*. Además lo narrado en esta epopeya no será sino la llana verdad, a diferencia de aquellos relatos. Las acciones reales de los portugueses son más extraordinarias que las imaginarias mismas (la realidad supera a la fantasía y al mito).

Commetteram superbos os gigantes<sup>63</sup>,  
Com guerra vã, o Olympo claro e puro;  
Tentou Piríthoo, e Theseu, de ignorantes,  
O reino de Plutão horrendo e escuro:  
Se houve feitos no mundo tam possantes,  
Não menos é trabalho illustre e duro,  
Quanto foi commetter inferno, e ceo,  
Que outrem commetta a furia de Nereo (II, 112)<sup>64</sup>.

Ese mismo Zeus-Jupiter vencedor de los Titanes es precisamente quien reconoce, en el congreso de los dioses, que pronto las acciones de los portugueses harán olvidar cuanto ha precedido en la historia del mundo: “Deveis [vosotros, dioses] de ter sabido claramente,/ Come é dos Fados grandes certo intento,/ Que por ella se esqueçam os humanos / De Assyrios, Persas, Gregos, e Romanos” (I, 24)<sup>65</sup>.

Los portugueses son los más altos instrumentos de que se haya nunca valido el cielo.

El sentido militar, imperial, de estas consideraciones se manifiesta del modo más directo en la lucha de los portugueses contra la misma Roma. Será de la máxima importancia, en consecuencia, que Roma no la hubiese podido subyugar<sup>66</sup>, o que ya antiguamente se haya logrado vencer a los romanos en el campo de batalla<sup>67</sup> —es decir, Viriato, símbolo de la bravura nacional<sup>68</sup>: “Este que ves, pastor ja foi de gado;/ Viriato sabemos que se chama,/ Destro na lança mais que no cajado;/ Injuriada tem de Roma a fama,/ Vencedor invencibil afamado” (VIII, 6)<sup>69</sup>. Sólo a base de engaños consiguieron los romanos vencer a este pastor (“Com força, não; com manha vergonhosa”). La historia de Sertorio tiene el mismo significado patriótico. Sólo este pueblo, como ningún otro, logró humillar las águilas imperiales: “(...) Tambem vence as bandeiras/ D’essas aves de Jupiter validas;/ Que ja n’aquelle tempo as mais guerreiras/ Gentes de nos souberam ser vencidas” (Ib., 8). Además, según se ha dicho ya, bastó un puñado de pastores portugueses para destrozarse las aguerridas legiones romanas (“trezentos/ Ja contra mil Romanos”).



En una palabra, si Roma conquistó un vasto imperio, más vasto lo ha conquistado Portugal: “Com soberbo e altivo coração/ A vos, e a mi<sup>70</sup>, e o mundo todo doma./ Vedes, o vosso mar cortando vão,/ Mais do que fez a gente alta de Roma” (VI, 30). Y si Roma tuvo grandes capitanes, más grandes los tiene Portugal<sup>71</sup>, por ejemplo el rey Alfonso VI (“que todo Portugal aos Mouros toma”):

Per quem, no Estygio lago, jura a Fama  
De mais não celebrar nenhum de Roma:  
Este é aquelle zeloso, a quem Deus ama,  
Com cujo braço o Mouro imigo doma (...).

Se Cesar, se Alexandre rei, tiveram  
Tam pequeno poder, tam pouca gente,  
Contra tantos imigos, quantos eram  
Os que desbaratava este excellente;  
Não creas que seus nomes se estenderam  
Com glorias inmortaes tam largamente (Vm, 11-12)<sup>72</sup>.

Estos mismos textos reflejan bien claramente que la referencia obligada y el modelo de la grandeza lo imponen en definitiva los personajes greco-latinos (Alejandro, Cesar). Un significado del rey será muchas veces justamente ése, encarnar, o sustentar a Grecia y Roma en los nuevos tiempos. De este modo será también estimado “aquelle illustre Gama/ Que pera si de Eneas toma a fama” (I, 12). Y “Portuguez Scipião chamar-se deve” Dom Nuno Alvares (VIII, 32)<sup>73</sup>, etc. etc. Resultaba casi inevitable que Heitor da Sylveira tuviera que ser comparado con su homónimo troyano<sup>74</sup>. Pero sobre todo

el magistral elogio de Cabral (X, 12ss), que comenzando como simple soldado acaba “gran’ Pacheco, Achilles lusitano”, ha sido elaborado con cuidado como un sumario de todos los tópicos de retórica clasicista: con unos pocos soldados vence a multitudes de enemigos, que además serán “infernales” (Ib., 13); no pudiendo vencerlo sus enemigos de otro modo, tratarán de matarlo a traición, pero entonces será protegido por el cielo (Ib., 17); las acciones de este Duarte Pacheco parecen un rosario de milagros; “o invicto e forte Luso,/ A quem nenhum trabalho pesa” no conocerá el cansancio ni el descanso (Ib., 18); y como, por lo visto, se es más grande capitán cuanto más gente se mata, “E todos outra vez desbaratando,/ Per tersa e mar, o gran’Pacheco ousado,/ A grande multidão, que irá matando,/ A todo o Malabar terá admirado” (Ib., 15).

Nenhum claro Barão no marcio jogo,  
Que nas azas da Fama se sustenha,  
Chega a este, que a palma a todos toma:  
E perdoe-me a illustre Grecia, ou Roma.

Porque tantas batalhas sustentadas  
Com muito pouco mais de cem soldados,  
Com tantas manhas, e artes inventadas,  
Tantos cães<sup>75</sup> não imbelles profligados;  
Ou parecerão fábulas sonhadas,  
Ou que os celestes coros invocados  
Descerão a ajudal-o, e lhe darão  
Esforço, força, ardil e coração.

Aquella<sup>76</sup> que nos campos marathionios  
O gran'poder de Dário estrue, e rende;  
Ou quem<sup>77</sup> com quatro mil Lacedemonios  
O passo de Thermópulas defende;  
Nem o mancebo Cocles<sup>78</sup> dos Ausonios,  
que com todo o poder tusco contente  
Em defensa da ponte, ou Quinto Fabio,  
Foi como este na guerra forte e sabio (Ib., 19-21).

Venus, por tanto, como en otro tiempo a los troyanos de Eneas y de Virgilio, protege ahora con toda razón a los portugueses en sus arriesgadas empresas “porque tanto imitam as antigas/ Obras de meus Romanos” (IX, 38).

## Y el nuevo Israel

Elección y misión, con estos dos conceptos puede resumirse este aspecto: Portugal es el pueblo elegido por Dios para una misión histórica particular<sup>79</sup>. Por eso las devastaciones y conquistas, más que un derecho, son una obligación de este pueblo y un servicio que él presta al mundo, como observó ya Reinhold Schneider (aunque, por una u otra razón, esto no suele ser muy distinto en cualquier otra monarquía)<sup>80</sup>. Los horrores más salvajes<sup>81</sup> quedan bendecidos: la expansión de la fe no conoce pecado, y si lo hubiere, en el momen-

to de la salida de los barcos un fraile ha impartido a todos la absolución general previa válida para cuanto fueren a cometer<sup>82</sup>. Actuando de la siguiente piadosa manera, así se lo ha predicado a ellos Frei Heitor Pinto en la *Imagem da vida Cristã*, 1563, los portugueses se han llenado de méritos al servicio del evangelio: “Pera os nossos ganharem os grandes reinos da India, e destruirem n’ella a gentilidade e seita mahometiza, lhe aproveitou muito o invencivel animo com que pelejaram, e o singular e valeroso esfumo com que, nas batalhas na vaes, tingiam o mar, e o tornavam sanguíneo, e nas da terra a semeavam de corpos mortos, regando os campos com o sangue da barbara gente inimiga de Christo”.

Portugal es ciertamente un pueblo pequeño. Pero —osando una analogía con el *Magnificat* y con la misma Virgen— ¿no son los pequeños y humildes los preferidos de Dios?

Vos, Portuguezes poucos, quanto fortes,  
Que o fraco poder vosso não pesais;  
Vos, que á custa de vossas varias mortes  
A lei da vida eterna dilatais:  
Assi do ceo deitadas são as sortes,  
Que vos, por muito poueos que sejais,  
Muito façais na sancta christandade:  
Que tanto, o’Christo, exaltas a humildade! (VII, 3).

Que su pueblo elegido es ahora Portugal, Dios lo ha mostrado con la victoria milagrosa sobre los moros en la batalla de Ourique<sup>83</sup>; consiguientemente, que el rey portugués Alfonso Henriques (aun-

que haya sido un asesino, haya encerrado y maltratado a su propia madre en prisión, etc.) es el nuevo Constantino<sup>84</sup> y toda la retahíla tópica del género. Antes de esta batalla, que ha roto definitivamente el poder islámico en aquella región y asegurado la independencia del Portugal cristiano, se ha dejado ver en el cielo Jesucristo en la cruz<sup>85</sup>, prometiéndole al rey la victoria; el ejército portugués, aunque inferior en número (“em força, e gente, tam pequeno”), enardecido por el milagro (“Com tal milagre os animos da gente/ Portugueza inflamados”), puesta la confianza en sólo Dios, ha combatido con bravura<sup>86</sup> y ha desbaratado ese día cinco reyes árabes<sup>87</sup>. La batalla del Salado tiene una narración parecida: los moros, que primero se están riendo de los poquitos cristianos que pretenden enfrentárseles, acaban enteramente derrotados, “Que em casos tam estranhos, claramente/ Mais peleja o favor de Deus, que a gente” (Ib., 132). Además, aún sin ayuda de Dios, los portugueses saben bastarse solos: “A portuguesa furia costumada,/ Em breve os Mouros tem desbaratados” (Ib., 131).

Las guerras portuguesas por tierra, como sus navegaciones por mar, no tienen otro objetivo que el honor de Dios (“Pois so por teu serviço navegâmos”: II, 32), la civilización y evangelización de los pueblos bárbaros y el establecimiento en todo el mundo de la ley de Cristo (VII, 15). Lógicamente el enemigo auténtico de los portugueses es el diablo (“o Demo verdadeiro”), que se dedica a azuzar y confabular a las gentes una y otra vez contra los portugueses en todas las costas (VIII, 46 ss). Pero todas las intrigas y maquinaciones del diablo serán inútiles, “que Deus peleja/ Por quem estende a

fe da madre igreja” (X, 40). Es esta una ayuda coherente, por otra parte, porque es con las armas como se demuestra cual es la religión verdadera y cual no: así las guerras que los portugueses emprenden son “por fazer que o Africano/ Conheça pelas armas, quanto excede/ A lei de Christo á lei de Mafamede” (IV, 48) y, siendo así las cosas, Dios no puede estar sino sumamente interesado en la victoria de estos apóstoles suyos.

Que el nuevo Israel, elegido de Dios, es Portugal, lo evidencia más indudablemente que su misión evangelizadora y las ayudas recibidas para la misma, la preferencia mostrada por el cielo en repetidas ocasiones contra los castellanos: “Pois contra o Castelhana tam temido,/ Sempre alcançou favor do ceo sereno” (I, 25). Así en la dura batalla de Valdevez, “De Deus guiada so, e de sancta estrella,/ so pode (o que impossibil paresia)/ Vencer o povo ingente de Castella” (VIII, 29)<sup>88</sup>.

Israel, se objetará, pudo ser el pueblo elegido, en todo caso nunca fue un Imperio: la elección divina no le dio ningún Imperio, sí muchos castigos y destierros y calamidades... Lo que entre tanto ha sucedido es que los Imperios han adquirido en la teología cristiana algo que no tenían ni podían tener en la teología judía: un sentido providencial enteramente positivo en los planes divinos. El cristianismo, al hacer su reconocimiento a Roma, ha tenido que encontrar para ella un valor positivo en la historia, y así lo ha hecho con San Agustín (*De Civ. Dei*, V, 13), convirtiendo el Imperio en instrumento de la providencia: los romanos fueron conquistando –incluida la conquista de Israel– y aumentando sus tierras asistidos por un

Dios que no conocían y no adoraban, pero cuyos propósitos realizaban. Bien lo ha entendido Dante cuando ha escrito (*De Monarchia* II, 1, a) que los romanos con sus conquistas cumplían una misión encomendada por Dios. Roma resultaba, pues, tan elegida como Israel. Y cuando los Estados cristianos deciden ser pueblos elegidos, elegirán el modo romano de serlo, más que el judío.

Hecha la síntesis de Israel con Roma, ya no había dificultades para ser pueblo elegido por un lado y absolutamente imperialista por el otro: para condenar a la desdicha de un infierno de sangre y fuego, a cuantos rehusaban la dicha de ser evangelizados, civilizados y sometidos –aceptando “*novo costume, e novo rei*”– al yugo portugués, que como el evangélico es “*jugo honroso e brando*” (X, 40). Es un honor ser súbdito de los portugueses. Es también un motivo de orgullo ser vencido por los portugueses: tal es efectivamente de esta gente “*a béllica excellencia/ Nas armas, e na paz (...), que será no mundo ouvido/ O vencedor, por gloria do vencido*” (VII, 56).

### **Gran rey, señor del mundo**

El rey y la nación son como Jesucristo y la Iglesia, un cuerpo místico: el rey es la cabeza y la nación el cuerpo. La grandeza de la nación está en el rey. La elección divina de Portugal está encarnada también en la familia real, más amada por Dios que las dinastías de

Francia o de España, habiendo recibido de escudo, como signo de su predilección, las cinco llagas de la cruz, para que sea cabeza del mundo entero. Se lee en la dedicatoria al Rey Sebastián:

Vos, tenro e novo ramo florecente  
D'uma arvore de Christo mais amada  
Que nenhuma nascida no Occidente,  
Cesarea ou christianissima chamada:  
Vede-o no vosso escudo, que presente  
Vos amostra a victoria ja passada;  
Na qual vos deu per armas, e deixou  
As que elle pera si na eruz tomou (I, 7)<sup>89</sup>.

Lo que hace santos a estos reyes portugueses no son su vida o sus virtudes, sino, como a Moisés, su elección y su misión<sup>90</sup>. Dios los ha elegido para extender su conocimiento –la predicación de Jesucristo– por todo el mundo, y hemos visto ya cómo los portugueses practican el método más eficaz de difusión de la fe, o sea, “dilatando/ A fe, o imperio; e as terras viciosas/ De Africa, e de Asia andaram devastando” (I, 2). El imperialismo es para estos reyes una obligación (“de seu officio e sangue, a obrigaçao”)<sup>91</sup>, como se desprende de la visión del Rey Manuel en el sueño, “d’aquella obrigaçao, que lhe finara/ De seus antepasados (cujo intento/ Foi sempre de accrescentar a terra cara)” (IV, 67). La misión del pequeño Príncipe Sebastián es ésta:



E vos, o'bem nascida segurança  
Da lusitana antigua libertade<sup>92</sup>  
E não menos certissima esperança  
De augmento da pequena christandade:  
Vos, o'novo temor da maura lança,  
Maravilha fatal da nossa idade;  
Dado ao mundo per Deus, que todo o mande,  
Pera do mundo a Deus dar parte grande (I, 6).

¿Qué ha sucedido? Que lo que solemos considerar Renacimiento y albor de la modernidad, quizá haya sido más bien un continuado ocaso de la Edad Media, al menos en estos aspectos. En la insostenible competencia de “las dos cabezas”, Egidio Romano (1245-1316) ha zanjado la cuestión de la necesidad de una cabeza única a favor del Papa, situando los poderes seculares bajo la autoridad de aquél; Dante (1265-1321) lo ha hecho a favor de la primacía del Emperador. Pero de hecho ni el emperador germánico ni el Papa romano han logrado imponerse como autoridad suprema en el Imperio Romano-germánico. Al contrario, en la prolongada lucha y en la crisis de impotencia de ambos, Roma ha ido convirtiéndose cada vez más en un pequeño Estado privado, el Emperador en un jefe provinciano de la lejana Germania, mientras en las monarquías ascendentes cada reyezuelo se iba convirtiendo en un ambicioso Emperador. “Pourquoi ne pas redemander plutôt a la puissance séculière d'étendre la paix romaine a l'orbe entier des terres nouvelles, refaire une catholicité espagnole sous la glaive de Charles-Quint, ou

un grand empire franc en ralliant les musulmans au christianisme ac-comodant de l'oriflamme?"<sup>93</sup>.

O sea, no se puede olvidar que ha habido también un Renacimiento enteramente contrario a la tiranía y a los imperialismos: Coluccio Salutati, etc. (humanismo civil de las ciudades italianas), o Erasmo, por ejemplo (humanismo evangélico) que inicialmente no ha dejado de ejercer una importante influencia en España y Portugal<sup>94</sup>. (Esos nombres que ahora suelen citarse cuando se quiere dar a entender cuán hermoso fue el Renacimiento<sup>95</sup>. Mejor, uno de los Renacimientos, o un par de ellos). Pero, en realidad, los Renacimientos cortesanos han asumido plenamente el sistema de valores de la sociedad caballeresca medieval<sup>96</sup>, aunque fuera vestido y adornado con nuevos atuendos: el honor y el valor guerrero<sup>97</sup>, etc., venidos a ser ahora el paradigma moral de la nación entera, o sea, de todos los servidores del rey ("conquistadores"), más que de una clase. Esta ha sido la producción ideológica de las Cortes. De este modo habrá heroicas naciones limpias (como la portuguesa) y naciones villanas (todas las enemigas): nobles pueblos conquistadores, orgullosa suma de todas las virtudes caballerescas y cristianas, y ruines pueblos bárbaros, pérfidos. Y será la grandeza del rey la que engrandece al pueblo.

"Quanto regge la costruzione camoniana —escribe D. Bigalli— è l'implicita assoluta omologia tra la macchina dell'universo, dove regna il potere sovrano di Dio, che la regge e la pone in essere, e la macchina dell'umanità associata, dove si esercita la terrena sovranità"<sup>98</sup>. Como Dios en el universo, el rey regula en la sociedad el

orden perfecto. El representante del Dios del cielo es el rey en la tierra. Y, por tanto, la más adecuada representatividad exigiría que hubiera también un solo rey en la tierra. En opinión de los franceses este Príncipe del mundo debería serlo el rey francés<sup>99</sup>. El capellán de Carlos V, Guevara, es en principio de la misma idea (sólo que concluyendo a favor de su Príncipe), e. d., que Dios con su voluntad única y universal “un rey sólo quiere que gobierne a un reino superbo, un exercito poderoso por un solo capitán quiere que sea regido y, lo que es más que todo, quiere que un Emperador solo sea monarca y señor del mundo”<sup>100</sup>. ¿Por qué no deberá ser portugués este monarca? Una estrofa de Camões que luego fue desechada así lo reivindicaba:

Tempo vira, que entr'ambos hemispherios  
Descobertos per vos, e conquistados,  
E com batalhas, mortes, captiverios,  
Os varios povos d'elles sujeitados:  
De Hespanha os dous grandíssimos imperios  
Serão n'um senhorio so junctados,  
Ficando por metrópoli, e senhora,  
A cidade que ca vos manda agora<sup>101</sup>.

La grandeza del rey no tiene limites, como no los tiene su corazón —“O coração sublime, o regio peito,/ Nenhum caso possibil tem por grande” (VIII, 69)— y tampoco los tiene, en consecuencia, su Imperio. Con el rey por delante, nada es imposible para los intrépidos portugueses: “Impossibilidades não façais;/ Que quem quiz

sempre pode” (IX, 95). Su objeto no puede ser menos que el mundo todo. Vasco da Gama es consciente de que, con toda su alteza, no es más que un humilde servidor y “um diligente descobridor das terras do Oriente”; el muy excelso rey Manuel, por el contrario, “a seu jugo, e lei sumetteria/ Das terras, e do mar a redondeza” (VIII, 57).

El rey —es una imagen clásica— es el sol<sup>102</sup> que ilumina y vivifica el reino: de él parten y a él conducen todos los mecanismos de integración social; a él miran todos los estamentos y grupos sociales<sup>103</sup>. “Lo que los reyes hacen, bueno o malo, todos ensayamos de hacer... Jugaba el Rey: éramos todos tahúres; studia la Reina: somos agora estudantes”<sup>104</sup>. El rey es el espejo en que se mira la nación. Decide el rey, sobre todo, si se hace la guerra (ese factor de tanta influencia en la formación de las “conciencias nacionales”), a quién, por qué, cuándo, “pues del rey como cabeza pende/ el peso de la guerra”, Ercilla lo ha dicho bien claro<sup>105</sup>... Todavía bien entrados en el siglo XVIII, Chamfort refiere en sus *Caracteres y anécdotas* el comentario de un soldado escocés a un francés ante el espectáculo de los prisioneros americanos de la guerra de la independencia: “Tú haces la guerra por tu rey, yo hago la guerra por mi rey: ¿por quién demonios hacen estos la guerra?” Esto es, ¿cómo es posible una sociedad (ley, etc.: orden social) sin un rey?

¿Será el rey o será la justicia la cabeza de este cuerpo que se dice la nación? ¿Será la justicia o será la corona, la que represente en la tierra el perfecto orden celeste? De Florencia a Boston, la conciencia nacional democrática, en lucha por la libertad y la justicia en la línea del Renacimiento libertario, no goza de unas referencias tan

absolutas, de unos símbolos tan palpables como la conciencia monárquica sacral: la nación se sabe nación, pero es saberse sumiso cuerpo del rey. Para este Renacimiento autoritario, un pueblo sólo es un pueblo cuando el cuerpo tiene una cabeza: el rey; cuanta gloria irradian la corona, tanta corresponderá al cuerpo.

### Nación poderosa

En esta ideología todo queda absorbido por el rey y su servicio. El “pueblo” –lo que nosotros diríamos la nación– es mera comparata: atemorizándose en la tormenta o en la batalla<sup>106</sup>, o haciendo las fechorías que en cada caso exige la escena, para resaltar tanto más por contraste la grandeza del héroe (el fiel servidor del rey domina soberanamente las situaciones, sin amedrentarse nunca; nunca pierde su dignidad, etc.); vale incluso, al menos una vez, en el famoso relato de Inés de Castro, para excusar la barbarie de un rey bárbaro<sup>107</sup>. El pueblo/vulgo no es nada concreto en cuanto contenido. (El contenido se lo da el rey). Un fondo oscuro. En efecto, en el poema no hay otra gente que el rey, el personal de su servicio –ni oradores, ni labradores, ni siquiera mercaderes o burgueses<sup>108</sup>– y la tropa anónima entre miserable y heroica, según convenga mejor a la literatura en cada sitio. El pueblo no sabe gobernarse por sí mismo, es llevado de un extremo a otro por los vientos de sus pasiones o impresiones (“vulgo errante”: VII, 85), es caprichoso y cruel; aunque en

algún momento se merece la compasión de Camões por ser injustamente explotado por los funcionarios reales (Ib., 85-86). Lo que engrandece al pueblo es el rey y el servicio al rey. Precisamente el tema renacentista “de dignitate hominis”, entendido como su autonomía, tan altamente positivo, aquí se encuentra enteramente invertido: el honor consiste, no en la libertad, sino en el *servitium* feudal. Entendida la sociedad según la figura del macroantropo, el rey es la cabeza –y el representante de Dios, etc., para que su significado quede enteramente sacralizado–; el pueblo es el cuerpo y los miembros, y –como enseñan con esta imagen clásica la tradición paulina, la estoica e incluso la misma faraónica al parecer– el cuerpo debe obedecer a la cabeza. “Porque é de vassallos o exercicio,/ Que os membros teem regidos da cabeça” (II, 84). Los pueblos necesitan y desean ser mandados (I, 18). Y según qué reyes tienen, se transforman los pueblos en tales (IV, 17: “co’ o rei, se muda o povo”).

El término “nación” apenas aparece en el poema y, por supuesto, en ningún caso se trata de un concepto bien definido en el sentido actual<sup>109</sup>. También es claro que el poema de Camões –compuesto “a nação minha”– no ha pretendido desarrollar un concepto. De todos modos el canto al “ilustre pecho lusitano” reúne un conjunto de elementos que, apreciado con cierta largueza, nos puede permitir hacernos una idea aproximada de la nación renacentista: el rey, la misión o destino nacional, la historia, la tierra, el *populus*, etc. No pretendemos hacer una relación exhaustiva:

## 1. *La misión nacional*

Con los siguientes elementos, además de los ya citados genéricamente más arriba, expansión de la fe, etc.:

a) Dios y el rey (aunque pueda parecer extraño, Dios es un elemento nacional): las grandes acciones de los portugueses han sido las de aquellos “que aventuraran/ Por seu Deus, por seu rei, a amada vida” (VII, 137).

b) la fidelidad y obediencia filial a la madre Iglesia: distintivo de la nación portuguesa –en contraposición a la francesa, italiana, inglesa o alemana (VII, 2-8)<sup>110</sup>.

c) El nexo rey/patria: un rey “extranjero”, cualquier cosa que eso signifique, es un castigo de la patria, y al contrario “o doce freio/ De rei seu natural” es sagrado (VIII, 28).

d) La cohesión pueblo/rey, hecha patente en la lealtad incondicional de los súbditos: “Oh gran’ fidelidade portuguesa,/ De vassallo, que tanto se obrigava!” (III, 41)<sup>111</sup>. Por el rey los portugueses están dispuestos a ir, no sólo a las Indias, sino a la muerte: “D’um rei potente somos, tam amado,/ Tam querido de todos, e bemquisito,/ Que não no largo mar, com leda frente,/ Mas no lago entraremos de Acheronte” (I, 51). Esta es una nota esencial de la naturaleza portuguesa: por eso Magallanes, portugués auténtico en las obras, no lo es en el espíritu, “não na lealdade” (X, 140)<sup>112</sup>. A este tema, objeto de todo el poema, Camões le ha dedicado en especial las siguientes estrofas:

Por isso vos, o'rei, que per divino  
Conselho estais no regio solio posto  
Olhai que sois (e vede as outras gentes)  
Senhor so de vassallos excellentes!  
Olhai que ledos vão per varias vias,

Quaes rompentes leões, e bravos touros,  
Dando os corpos a fomes, e vigias,  
A ferro, a fogo, a settas, e pelouros;  
A quentes regiões, e plagas frías,  
A golpes de idolátras, e de Mourros,  
A perigos incógnitos do mundo,  
A naufragios, a peixes, ao profundo:  
Por vos servir a tudo aparelhados,  
De vos tam longe, sempre obedientes  
A quaesquer vossos ásperos mandados,  
Sem dar resposta, prompts e contentes (X, 146-148).

Siendo también un elemento nacional el honor, que es tanto como nobleza (es ya una cualidad colectiva, no menos que personal), puede decirse que de algún modo se ha democratizado o vulgarizado su significado, puesto ahora al alcance de cualquiera en el servicio de la misión nacional:

a) El honor consiste en el engrandecimiento del rey en cualquier modo de servicio<sup>113</sup>: el premio de las grandes acciones será “fama grande, e nome alto e subido” (IX, 88), “e numerados/ Sereis entre os heroes esclarecidos” (Ib., 95); y sobre todo con tales servicios “fareis claro o rei, que tanto amais” (Ib.).



b) Honor y gloria es dar la vida por Dios: por una parte, por la razón económica de que así se gana rápidamente la palma del martirio y el cielo<sup>114</sup>; por otra, porque el “quien pierde la vida, la gana” evangélico ha adquirido entretanto este sentido épico propio de los héroes del Walhalla:

Oh ditosos aqueles que poderam  
Entre as agudas lanças africanas  
Morrer, em quanto fortes sustiveram  
A sancta fe, nas terras mauritanas:  
De quem feitos illustres se souberam,  
De quem ficam memorias soberanas,  
De quem se ganha a vida com perdella,  
Doce fazendo a morte as honras d'ella! (VI, 85).

## 2. *La memoria histórica*

a) El recuerdo de los que mantienen alto “o nome eterno de Portugal” (VI, 52): “As armas, e os Barões assinalados” (I, 1) del inicio del canto; “amor dos patrios feitos valerosos” (Ib., 9). Ni qué decir que en esta visión Viriato, etc. son portugueses. En buena medida la patria son esos hombres y hechos heroicos (“Ditosa patria, que tal filho teve!”: VIII, 32). Memoria histórico-heróica. El poema repasa y canta en repetidas ocasiones (cfr. III, IV y VIII) la historia de los próceres y de las acciones heroicas de la Lusitania “livre e senhora” (III, 95), “o reino de altivo, e acostumado/ A senhores em tudo soberanos” (Ib., 93).

b) Esta memoria histórica define en su interior la comunidad nacional como “geração de Luso” (VII, 2) y a Portugal como su casa y linaje (cfr. VIII, 40). Los portugueses entre sí son “irmãos” (IV, 14), una familia, “hijos” del fundador de la nación.

Siendo el concepto de la historia el de un teatro más que el de un desarrollo, la historia nacional es vista como una galería de héroes y de acciones heroicas; reflejo de la comunidad eclesial que se congrega en la veneración de los santos y en la lectura de la historia sagrada. La historia de los “modelos” así entendida ha tenido la mayor importancia para la conciencia renacentista (para la conciencia nacional, en nuestro caso).

### 3. *Los símbolos nacionales*

“As bandeiras”, etc.: “bandeira vencedora” (I, 14), “bandeira do grande Henriques” (IV, 16), “lusitana bandeira—excelsa e gloriosa” (X, 61). Las pinturas, (“muda poesia”)<sup>115</sup>, que exponen el pasado nacional, cfr. VII, 76 ss y VIII, 1 ss.

Antes que nada quizás el poema mismo, expresión y símbolo de la grandeza nacional (compuesto con la más clara conciencia de “servicio a la patria”)<sup>116</sup>.

### 4. *El destino o providencia*

“O Fado”, es decir, “Os Fados grandes” (I 24) y “o Fado eterno” (Ib., 28), o, mejor dicho, la Providencia<sup>117</sup>: el “favor do ceo” (I,

25) que la suerte confirma siempre de nuevo, la “grande estrella” (Ib., 33), “benigna estrella” (VI, 47; VIII, ES), “sancta estrella” (VIII, 29).

### 5. *La tierra, la patria*

“Nossa terra” (VI, 42), “nossa Lusitania” (Ib., 43), se dice. “Amada terra” (V, 3), “doce e cara terra” (VI, 67), hermosa tierra parecida al paraíso (VIII, 3).

Pero esta hermosa tierra ha sido mojada y ganada con sangre (véanse las narraciones de la Reconquista): tierra de la libertad patria conquistada con las armas: “Defendei vossas terras; que a esperança/ Da libertade está na vossa lança” (IV, 57); “a terra nunca de outrem sujugada” (IV, 19); tierra de los héroes patrios: “Esta provincia, que princeza/ Foi das gentes na guerra em toda parte” (Ib., 15)<sup>118</sup>. Por tanto libertad igual a tierra igual a patria (y, en efecto, se repiten los mismos epítetos para la tierra como para la patria): “a patria amada” (IX, 51, X, 143), “patria cara” (IX, 17). La patria es el hogar, el hogar es la estirpe (VIII, 40): “Não faltarão christãos atreimentos / N’ esta pequena casa lusitana” (VII, 14). Portugal es “la casa del padre” de Camões (“ninhu meu paterno”: I, 10), el solar de la comunidad o familia portuguesa.

Las hazañas de los heroicos barones —como también el poema— se han llevado a cabo por “amor da patria”, la cual debe ser amada por encima de todo por ley natural<sup>119</sup>.

Esta es tierra real, no mera ideología de la tierra: con los ríos, los montes (“patrios montes”: V, 3), los campos labrados, “toda a terra, que rega o Tejo ameno” (I, 25). Este río Tajo en particular (“caro Tejo”: V, 3; “patrio Tejo”: X, 37), vive en el poema también como un símbolo nacional: dando y gozando de la abundancia, “claro Tejo” (II, 42), “Tejo ameno” (Ib., 58), “rico Tejo” (VII, 70); llorando por los guerreros muertos (“os temidos Almeidas, por quem sempre o Tejo chora”: II, 14); o “Tejo duvidoso” (IV, 28), sintiendo con la patria sus dolores y alegrías.

#### 6. *Carácter: valeroso y leal*

“Forte gente de Luso” (I, 24D, “gente fortissima” (Ib., 31), “fortes Portuguezes” (Ib., 32), “nação forte” (III, 95), “reino forte” (IV, 1), “povo forte” (VII, 8): sospecho que el adjetivo más veces predicado de los portugueses en el poema es “forte”; es gente con las virtudes y cualidades de los romanos (Ib., 33), “gente belligera” (Ib., 34), “gente generosa” que no soporta las provocaciones sin responder (I, 87), “gentes possentes” (VI, 1), gente esforzada en la guerra, “que o valor sanguinolento/ Das armas, no seu braço resplandece” (VII, 69)... Gente caracterizada sobre todo entre todas por “A antiga fortaleza/ A lealtade d’animo, e nobreza” (V, 90). También se cantan otras cualidades menos heroicas: la galantería de los portugueses con las mujeres (VI, 47 ss), etc.

Este pueblo sabe indignarse y rebelarse contra “os damnos, e ofensas” de malos reyes y gobernantes”. Es terrible entonces: “Alte-

radas então do reino as gentes,/ Co'o odio, que ocupado os peitos  
tinha,/ Absolutas cruezas e evidentes/ Faz do povo o furor, per  
onde vinha” (IV, 4). Pero en general es gente sumisa al rey y a las  
autoridades, si es tratada con justicia, y también heróicamente sacri-  
ficada y patriótica en situaciones de peligro para el rey:

Das gentes populares, uns approvam  
A guerra com que a patria se sustinha:  
Uns as armas alimpam, e renovam,  
Que a ferrugem da paz gastadas tinha:  
Capacetes estofam, peitos provam;  
Arma-se cadaum como convinha;  
Outros fazem vestidos de mil cores,  
Com letras, e tenções de seus amores (IV, 22).

Dirigiéndose al rey, Camões hace en una ocasión este exquisito  
elogio de su gente: mirad en torno, rey, “E julgareis qual é mais ex-  
cellente,/ se ser do mundo rei, se de tal gente” (I, 10).

### *7. Espírito: la ley y la fe, la virtud, la libertad*

En cumplimiento de su alta misión, los portugueses expanden  
por todo el mundo las buenas leyes, deponen malos tiranos y ponen  
en su lugar buenos reyes, etc. El reino es sus leyes y el Imperio la  
expansión de las mismas.

Si pretendiéramos analizar el concepto de la ley en el poema (Euskadi se ha entendido durante largo tiempo a sí misma como la tierra del Fuero, nación del Fuero), encontraríamos que se esparce en una compleja red de relaciones que recoge la mayor parte de la vida moral de la sociedad: la ley y el rey, la ley y la patria, la ley y las costumbres, la ley y la religión, etc. Aquí nos basta con señalar esta complejidad.

La ley —en la medida en que nos puede interesar como elemento de la nación portuguesa— significa ante todo el cristianismo (VII, 119); en este sentido puede valer para definir la personalidad portuguesa junto con la tierra y las costumbres (Ib., 116)<sup>120</sup>. Si Roma fue fundada por las armas de Rómulo, fue refundada por las leyes de Numa<sup>121</sup>: porque la ciudad se sostiene sobre las armas y sobre la justicia. Pero en un pueblo inculto guerrero el temor de los dioses es la mejor defensa de la justicia; y la mejor defensa del temor divino mismo los milagros del cielo. (Cierto que no podemos esperar en Camões la “ilustración” escéptica de Tito Livio). La nación portuguesa no se encontrará a través del poema a falta de milagros que sostengan su fe y su misión.

El vínculo entre rey y ley es evidente (“lei do rei”, VII, 86)<sup>122</sup>: hacer buenas leyes y hacerlas cumplir luego, tanto como fidelidad a la justicia es fidelidad al rey (“ao bem commum, e do seu rei”: VII, 84); son los fieles servidores de la ley los que engrandecen la patria (“os que ao rey e á lei servem de muro”: X, 23): como el servicio de las armas, el servicio de la ley es servicio del rey y de la patria (IX, 94), etc.

Otro tanto vale para la libertad: con las leyes justas, es el rey quien garantiza la libertad nacional: “Viva o (...) rei que nos liberta!” (IV, 21).

La virtud –en el sentido de *virtú*: “virtude justa e dura”, VI, 98– tiene también su lugar en este mismo contexto heroico-caballeresco. Virtud es que cada uno labre su nobleza personal por sí mismo (“buscar co’o seu forçoso braço/ As honras, que elle chame proprias suas”: VI, 97), con duro esfuerzo y acciones intrépidas, sin conformarse con la nobleza de los antepasados<sup>123</sup>. Virtud es valentía (“o valor sanguinolento das armas..., virtude sobrehumana”: VII, 69-70) y honra (“honras immortaes”: VI, 95). En definitiva, la virtud es una cualidad portuguesa y no ha de faltar en el mundo, mientras haya portugueses: “Por mais que da fortuna andem as rodas / Não vos hão de faltar, gente famosa, / Honra, valor, e fama gloriosa” (X, 74).

El punto de enlace de todos estos diversos elementos es siempre el rey<sup>124</sup>. En la Revolución, cuando la Ilustración cierre violentamente el ciclo abierto en el Renacimiento, el rey será eliminado de la escena<sup>125</sup>, pero la mitología –el modelo cultural e ideológico– básicamente continuará<sup>126</sup>. Esto es, eso que suele llamarse “nacionalismo moderno”, según puede verse, no es otra cosa que el ejercicio de cambiar el sujeto y mantener los predicados –una operación similar a esa llamada secularización, que despoja a Dios de sus atributos y luego los traslada toditos a la Naturaleza. Un ejercicio gramatical que, si poéticamente ha significado un cambio grande, quizás haya sido sólo una revolución muy pequeña en la historia del

pensamiento. La pregunta del soldado escocés sigue todavía seguramente sin haber recibido una respuesta de la democracia.

## Los portugueses y “el otro”

“El otro” apenas tiene en la epopeya otra función que la de hacer resaltar más la grandeza y excelencia de los protagonistas portugueses. Todas sus propiedades son negativas.

Pero “el otro” puede ser [b] europeo o [a] no europeo (y no cristiano, etc.: africano, asiático; mahometano, pagano), comenzaremos por éste último.

[a] 1. Es en general gente anónima de tierras lejanas, sin cultura o personalidad, sin rostro: “gente remota” (I, 1), “gente fera e estranha” (III, 103).

Sobre todo el África es “inculta, e toda cheia de bruteza/ (...) que se habita/ D’essa gente sem lei, quasi infinita” (X, 92)<sup>127</sup>. “Terras viciosas de Africa” (I, 2). Esa gente es en general simplemente “los moros” (cuando esto mismo no va acompañado de algún predicado negativo más).

2. No son cristianos. Y los no cristianos no son personas ni son nada: sino “infidas gentes” (II, 1), “infiel e falsa gente” (II, 6).



La religión islámica es “a superstição falsa e profana” (IX, 2) y el creyente islámico un “torpe ismaelita” (I, 8). Los indios son “Gentio/ Que toda bebe o liquor do sancto rio” (Ib.). Uno y otro son secuaces del diablo: “Um reino mahometá, outro gentio/ A quem tem o Demonio leis escritas” (X, 108).

3. En la misma línea, estos pueblos extraños e infieles son siempre bárbaros (“barbaros profanos”: VIII, 84), salvajes, brutos y sucios. Los africanos son “selvatica gente, negra e nua” (X, 93); “bruta multidão,/ Qual bando espesso e negro de estorninhos” (X, 94). Para nombrar al mahometano se dice simplemente “o bárbaro”, “os perros” (III, 48); “o povo immundo” (VII, 2), “o povo bruto” (Ib., 13), “feros maometanos” (VIII, 88). Se matan tantos árabes que el río se tiñe de rojo, pero éste no es más que “sangue mauro, barbaro e nefando” (III, 75); para dar a entender que el rey Alfonso invadió y masacró las tierras de aquellos se dice que aquel rey “a suberba do barbaro fronteiro/ Tornou em baixa e humillima miseria” (IV, 54). Aniquilar a esos bárbaros es una acción civilizadora y matar estos perros infieles es obra evangélica<sup>128</sup>.

4. Son traidores, pérfidos, falsos: el poema está lleno de tales calificativos, “o mouro astuto” (I, 62), “perfido inimigo” (I, 71), “o mouro instruido nos enganãos” (I, 97), “os mouros enganãos” (II, 7), “companhia perfida e nefanda” (II, 8), “os mouros cautelosos... onde reina a malicia” (II, 9); “a malicia fea, e rudo intento/ Da gente bestial, bruta e malvada” (V, 34); “má tenção dos mouros, torpe e fera” (VIII, 80; rept. en IX, 6); “o conselho infernal dos maometanos” (Ib., 84), etc.

Los moros son en todo momento traidores e hipócritas (“maligna gente sarracena”: IX, 6): sienten odio contra los portugueses en su corazón, pero exteriormente se mostrarán zalameros. “Um odio certo na alma lhe ficou,/ Uma vontade má de pensamento:/ Nas mostras, e no gesto o não mostrou; Mas com risonho e ledo fingimento,/ Tratal-os brandamente determina,/ Até que mostrar possa o que imagina” (I, 69). Otra vez: “O recado, que trazem, é de amigos,/ Mas debaixo o veneno vem coberto” (I, 105). Otra vez: “Quando as ínfidas gentes se chegaram/ A’s naus, que pouco havia que ancoraram./ D’entre elles um, que traz encommendado/ O mortífero engano” (II, 1-2). Otra vez: “Foram com gestos ledos e fingidos/ Os dous da frota em terra recebidos” (II, 8). Otra vez: “título falso..., falsa conta” (III, 110). Otra vez “Na dura Moçambique emfim surgimos;/ De cuja falsidade, e má vileza/ Ja serás sabedor, e dos enganos/ Dos povos de Mombaça pouco humanos” (V, 84). Las cosas no cambian en Asia, donde los moros siguen implicados: “Pouco obedece o Catual corruto/ A taes palavras; antes revolvendo/ Na phantasia algum sutil e astuto/ Engano diabólico e estupendo; / Ou como banhar possa o ferro bruto/ No sangue avorrecido, estava vendo;/ Ou como as naus em fogo lhe abrazasse;/ Porque nenhuma á patria mais tornasse” (VIII, 83) .

Los portugueses son, por el contrario, siempre veraces: “gente verdadeira,/ A quem mais falsidade enoja, e offende” (VII, 72)<sup>129</sup>.

[b] Los portugueses también son superiores a las otras naciones europeas: “vós, o’rei, que por divino/ Conselho estais no régio solio posto,/ Olhai que sois (e vede as outras gentes)/ Senhor so de vas-

sallos excellentes!” (X, 146). Se ha citado ya la superioridad sobre los castellanos. Ni los ingleses ni los alemanes llegan a la par de la caballerosidad portuguesa. Próximos a la esfera del extraño pérfido (cfr. “um Germano enganoso”: VI, 69), son por lo menos, o sobre todo, malos cristianos. Los alemanes, rebaño indócil alimentado en prado exuberante y rebelado contra su pastor, no contento con inventar nuevas sectas y magisterios –“cego error”–, se dedica a hacer la guerra contra el soberano yugo de Dios, en lugar de hacerlo contra el otomano (VII, 4). Igualmente el rey de Inglaterra (Enrique VIII), que tiene el título de rey de Jerusalem, pero (“Quem viu honra tam longe da verdades”) deja reinar en la santa ciudad a los turcos y emplea la espada en perseguir a los católicos seguidores de Jesucristo, no en conquistar las tierras santas de éste. “Pois de ti, Gallo indino, que direi?/ Que o nome Christianissimo quizeste,/ Não pera defendel-o, nem guardal-o;/ Mas pera ser contra elle, e derribal-o!” (Ib., 6). Italia se encuentra “ja sumersa/ Em vicios mil, e de ti mesma adversa”, y sus gentes “em delicias/ Que o vil ocio no mundo traz consigo,/ Gastam as vidas, logram as divicias,/ Esquecidos de seu valor antigo” (Ib., 8). En medio de este mundo de pérdida sólo la valiente y fiel pequeña nación portuguesa levanta, siendo ésta la misión divina a ella confiada, la bandera inmaculada del cristianismo<sup>130</sup>.

[c] Para captar todo el efecto, esta desestima de “el otro” debe ser contrastada todavía con la sobrevaloración del portugués. Aunque el autor finalmente no haya querido incluirlas en su obra, estas estrofas, compuestas para el Canto X (debían seguir a la estrofa 73),

encontradas por Faria e Souza en el manuscrito de Madrid, no dejan de expresar su espírito:

(...) aquellas preeminentes  
Excellencias, que o ceo tem reservado.

.....

Que em poucos se acham poucas repartidas,  
E em nenhuma nação junctas, e unidas.

Religião, a primeira (...)

.....

Que pode pretender a primazia  
Da illustre e religiosa monarchia.

Lealdade é segunda (...)

.....

N'esta per todo o mundo se conhecee  
Por tam illustre o povo lusitano,  
Que jamais a seu Deus, e rei jurado,  
A fe devida e publica ha negado.

Fortaleza vem logo, que os authores  
Tanto do antigo Luso magnificam,  
Que os vossos Portuguezes com maiores  
Obras, ser verdadeira certificam:

.....

E vencendo do mundo os mais subidos  
Sem nunca de mais poucos ser vencidos.

Conquista sera a quarta, que no imperio  
Portuguez so reside com possança:  
Pois no sublime e no infimo hemispherio  
As quatro partes so do mundo alcança.

.....  
Deixo de referir a piedade  
Do peito portuguez, e eortezia,  
Temperança, fe, zelo, e caridade,  
etc.

Esta claro que, antes que una comunidad de libertad, la nación moderna ha sido una comunidad de orgullo y —hacia fuera— una comunidad de odio y desprecio.

## La lengua y las letras portuguesas

Las lenguas muestran en el Renacimiento ambiciones heterogéneas: pretensión de cada una de ser ella superior a todas las otras; de ser cada una la más parecida al latín y su heredera; o de ser enteramente diferente del latín e independiente, hasta pretender ser incluso más antigua y más perfecta que aquél, etc.

Igual que lo estan haciendo las monarquías, las lenguas “vulgares” estan afianzando el poder —el código, la norma. Se estan elevando y ennobleciendo, alcanzando el rango del latín. Si ahora las

lenguas vulgares son indigentes todavía, ello no es un defecto propio de su naturaleza, tampoco la latina fue siempre copiosa. “E manifestó que as linguas grega e latina primeiro foram grosseiras e os homens as puseram na perfeição que agora tem”, dice Fernão de Oliveira. Corresponde a los hombres gramáticos y literatos esta labor de perfeccionamiento de la lengua<sup>131</sup>. El poeta Camões se ha esforzado en ello: si las hazañas de los capitanes portugueses son más admirables que las de los romanos, él quisiera componer la epopeya nacional portuguesa a la par de la latina. Desde sus primeros versos (“Arma virumque cano”, – “As armas, e os Baroes...cantando”), el poema está compuesto en constante emulación de Virgilio<sup>132</sup>. Camões quiere hacer poesía noble, no popular y baja; quiere dignificar, enaltecer, enriquecer el portugués<sup>133</sup>, superar la grandeza greco-latina. Para ello invoca a las musas patrias del Tajo:

Dai-me agora um som alto e sublimado;  
Um estylo grandiloquo e corrente;  
Porque de vossas aguas Phebo ordene  
Que não tenham inveja as de Hippocrene.

Dai-me urna furia grande e sonora,  
E não de agreste avena, ou frauta ruda<sup>134</sup> (I, 4-5).

La “ciencia” lingüística renacentista es en general un conglomerado de los relatos bíblicos y de las fuentes grecolatinas. La diversidad de lenguas es efecto del pecado (Babel) y, como elemento de la

historia del pecado, considerada negativa y dañosa para la humanidad, causa de las idolatrías y herejías, los odios entre los pueblos y las guerras<sup>135</sup>. Divididas las lenguas y dispersados los pueblos, los reinos y los imperios se suceden atacando y sometiendo unos a otros<sup>136</sup>. Ha venido a ser una ley del mundo que a la expansión del imperio o a su ruina –“siempre la lengua fue compañera del imperio”– siga la expansión o la ruina de la lengua. Las lenguas latinas han decidido fácilmente su propia nobleza de hijas del latín –el humanismo no ha sido en balde latinista– mientras consideraban a las no latinas como lenguas deformes y bárbaras, no gramaticales. En consecuencia los mozambiqueños hablan una “linguagem tam barbara e enleada” (I, 62). Los sudafricanos, si se les habla no entienden a nadie, si hablan ellos no les entiende nadie: “Nem elle intende a nós, nem nós a elle,/ Selvagem mais que o bruto Polyphemo” (V, 28). Sobre la conveniencia de imponer la civilización y la lengua portuguesa a esos salvajes (“agora que é tempo e somos senhores”)<sup>137</sup>, los portugueses han tenido tan pocas dudas en las tierras por ellos conquistadas como los españoles en las suyas.

Entre las fatuidades nacionales/nacionalistas del Renacimiento está la de la lengua más aventajada de todas. “Nossa antiga e nobre lingua”, dirá ufano Oliveira; y declarará, después de señalar sus muchas aptitudes, “nãõ samente nestas, mas em muitas outras coizas tem a nossa lingua vantagem, por que ela é antiga, ensinada, próspera e bem conversada e também exercitada em bons tratos e officios”<sup>138</sup>. Para los humanistas portugueses la lengua más preciosa del mundo es el portugués y a su lado todas las otras son exiguas. (Tam-

bién entre las lenguas existe “el otro”). En esta competencia lingüística, los dos capítulos más interesantes, en el caso del portugués, suelen ser los de la comparación con el latín y con el castellano<sup>139</sup>. Camões ha escrito poesía tanto en portugués como en castellano, en ambas bellamente, y ambas lenguas le han parecido bellas. Pero bella sin igual es sobre todo la lengua portuguesa: el tópico que Camões utiliza para expresar esta idea es que el portugués es, en el fondo, el latín mismo, aunque por el tiempo pasado sea con algunas mellas<sup>140</sup>. Los portugueses son enteramente romanos y su lengua es por eso tan romana; y por eso son los preferidos de Venus, la antigua diosa protectora de Roma:

Sustentava contra elle Venus bella,  
Afeiçoada á gente lusitana,  
Per quantas calidades via n'ella  
Da antiga tam amada sa romana:  
Nos fortes corações, na grande estrella,  
Que mostraran na terra tingitana<sup>141</sup>;  
E na língua, na qual quando imagina,  
Com pouca corrupção, crê que é latina (I, 33)<sup>142</sup>.

Portugal es la heredera, no sólo de la lengua, sino de todo el patrimonio cultural greco-latino. Es la nueva Atenas, el luminoso espíritu de la antigüedad ha renacido aquí:

Eis depois vem Diniz, que bem parece  
Del bravo Afonso stirpe nobre e dina;



Com quem a fama grande se escureee  
Da liberalidade alexandrina (...).

Fez primeiro em Coimbra exercitar-se  
O valeroso officio de Minerva;  
E de Helícóna as Musas fez passar-se  
A pizar do Mondego a fertil herva.  
Quanto pode d'Athenas desejar-se,  
Tudo o suberbo Apollo aqui reserva (III, 96-97).

Quizá, más que se creía, se quería creer en estas grandezas nacionales tan comunes como solemnes del Renacimiento. El nuevo espíritu del tiempo aspiraba sin duda a revestirse de nobleza y de grandezas<sup>143</sup>. Pero un humanista no dejaba de ser un novator que pretendía sacudir y despertar los espíritus amodorrados y lanzarlos a la carrera por caminos nuevos<sup>144</sup>. Lejos de ser el *mouseion* que los humanistas cantaban y reivindicaban, cuál era en verdad la triste realidad de ese momento en la cultura portuguesa, Camões lo ha expresado –lamentando su propia experiencia– en VII, 79-82<sup>145</sup>.

Si la lengua y la literatura portuguesas no son, pues, lo que tanto se deseaba que fuesen, podrá tratarse de excusar esa pobreza con el tópico romano citado más arriba: que Portugal sí tiene grandes héroes, pero que éstos no se han dedicado a escribir sus hazañas<sup>146</sup>. Esto, sin embargo, tanto puede valer de excusa como de acusación. La nueva Atenas del Tajo puede parecerse mucho entonces a un viejo país bárbaro:

Da a terra lusitana Seipiões,  
Cesares, Alexandros, e da Augustos;  
Mas não lhe da comtudo aquelles dões,  
Cuja falta os faz duros e robustos:  
Octavio, entre as maiores oppressões  
Compunha versos doctos e venustos (...).

Vai Cesar sujugando toda França,  
E as armas não lhe impedem a sciencia;  
Mas n'uma man a penna, e n'outra a lança,  
Igualava de Cicero a eloquencia;  
O que de Scipião se sabe, e alcanza,  
E nas comedias grande experiencia<sup>147</sup>;  
Lia Alexandro a Homero de maneira  
Que sempre se lhe sabe á cabeceira.

Emfim não houve forte capitão,  
Que não fosse tambem docto e sciente,  
Da lácia, grega, ou barbara nação,  
Senão da portuguesa tamsomente (V, 95-97).

¿Por qué? Por la incultura portuguesa. No aprecian la literatura:  
luego no pueden ocuparse en lo que no estiman.

Por isso, e não por falta de natura,  
Nao ha tambem Virgílios, nem Homeros;  
Nem haverá (se este costume dura)  
Pios Eneas, nem Achilles feros.

Mas o peor de tudo e, que a ventura  
Tam ásperos os fez, e tam austeros,  
Tam rudos, e de ingenho tam remisso,  
Que a muitos Ihe da pouco, ou nada d'isso (V, 98).

Tan bárbaros son, que ni les importa ser bárbaros. ¿Qué queda ya de las brillantes nueva Atenas y nueva Roma que se cantaban? El amor del poeta y sus sueños, en el reino ideal; la brutalidad y el mercantilismo portugués, en la realidad. “O muito amor da patria” es lo que a Camões<sup>148</sup> le hace cantar y lo que, en medio de tantos desengaños, le da la fuerza para cumplir “co’o que quero á nação minha” (X, 8-9). Es decir, la total resignación, la verdadera grandeza portuguesa de Camões:

No mais, Musa, no mais; que a lyra tenho  
Destemperada, e a voz enrouquecida:  
E não do canto, mas de ver que venho  
Cantar a gente surda e endurecida.  
O favor com que mais se accende o ingenho,  
Não o dá a patria, não, que está mettida  
No gosto da cubiça, e na rudeza  
D’uma austera, apagada e vil tristeza (X, 145).

En Camões se dan a la vez el apologista y el escritor que en la literatura vasca solemos distinguir. Y como dentro de la literatura vasca, también en él se encuentran aquellos dos en tensión, para no

decir en contradicción. Pero esa misma contradicción es bastante propia del Renacimiento.

### ¿Rigor metódico o tabú?

Estas notas quisieran ser una invitación a la libertad –libertad mental nuestra. Nos hemos autoimpuesto, en efecto, algunos dogmas y tabúes en las ideas que quizá no nos están ayudando mucho.

Así, en nuestro mundillo académico está establecido como un dogma firme –contra el que hemos visto a Braudel resistiéndose<sup>149</sup>– que las naciones, las ideas de nación y las conciencias o sentimientos nacionales, son cuestiones que han surgido ayer. Así lo periodizó en su día H. Kohn y luego la mayor parte de los investigadores, al menos entre nosotros, han seguido repitiendo, sin cuestionarlo un momento, lo que aquél dispuso, habiendo llegado esta tesis a gozar casi del status de evidencia precientífica. Emplear en la explicación de hechos anteriores a la Revolución Francesa el concepto de nación o de nacionalismo está considerado, sin más, como una tergiversación: es anacrónico, se dice, y una total falta de rigor terminológico<sup>150</sup>.

Pero lo que entre nosotros se suele pretender hacer pasar por cuestión asegurada en la investigación histórica, en modo alguno parece tan claro ni seguro. Dígase lo que se diga, el historiador ho-

landés J. Huizinga, que no suele pecar de falta de rigor, se opuso desde el primer momento a semejante “simplismo”<sup>151</sup>. Y una buena parte de la investigación de estos últimos veinte años se está moviendo justamente en dirección opuesta a aquella tesis, sobre todo por parte de los historiadores de la Edad Media y del Renacimiento: para citar sólo algunos franceses (aparte de Braudel), F. Loth<sup>152</sup>, R. Fédou<sup>153</sup>, M. Bloch<sup>154</sup>, etc., el interesado podrá encontrar más información bibliográfica en S. Teillet, *Des Goths a la nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du Ve au VIIe siècle*, París 1984<sup>155</sup>. Pierre Vilar no debería quedar olvidado precisamente entre nosotros<sup>156</sup>. Y en el tema que nos está ocupando en estos apuntes merece ser citado muy particularmente Martim de Albuquerque, *A consciencia nacional portuguesa. Ensaio de historia das ideias políticas*, Lisboa 1974. Este rigor tan rigurosamente exigido, ¿será para fortalecer la ciencia o para salvar un tabú?

Noviembre de 1993.

(Trad. abreviada y adaptada del euskara por el autor)

## Notas

1. BRAUDEL, F., "La identidad de Francia", Cuenta y Razón 76-77 (1993) 134.
2. Ib. "Una nación es una multitud de realidades, de seres vivos, que no responde al hilo de una historia cronológica de día tras día, de semana tras semana, de año tras año. Limitarse al tiempo breve es el punto flaco de la historia narración".
3. Ya H. Kohn ha tomado en consideración las raíces judías del nacionalismo, cfr. *El nacionalismo. Su significado y su historia*, Buenos Aires 1966, 13ss. Véase también SMITH, A. D., *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona 1976.
4. GARIN, E., *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano*, Bari 1980, 10.
5. Ib., 13.
6. Ib., 33ss.
7. Cfr. Luis MENDES DE VASCONCELLOS (*Sítio de Lisboa*, 1608): "Considerando os philosophos e geógrafos, a esta similhaça o mundo, fazem do Oriente a mão direita, do Occidente a esquerda, e do Pólo arctico a cabeça; e, a este respeito Europa está na parte superior, presidindo as mais, como cabeça de todas".
8. Véase ALBUQUERQUE, M. de, *A Consciencia nacional portuguesa*, I, Lisboa 1974, 297ss (belleza de la tierra portuguesa, etc.) y 302ss (fertilidad). Según Sousa de Macedo Portugal está situada "en la mejor de las quatro partes del mundo, que es Europa, en la mejor parte de Europa, que es España, en la mejor parte, y sitio de España: y assi Europa es la mejor parte del orbe, España como cabeça es la principal de Europa, Portugal como corona honra España, y consiguientemente el mundo todo" (Ib., 309).
9. C.-G. DUBOIS, *Mythe et Langage au seizième siècle*, 1970, 115. Opina igualmente Jean BODIN (*Methodus ad facilem historiarum cognitionem*): "C'est une caractéristique des peuples septentrionaux que de prononeer les mots en heurtant durement les consonnes sans faire attention aux voyelles (...). Les méridionaus dont la chaleur est tempéré et les esprits débiles ont au contraire une prononciation plus douce, ainsi que les femmes, douées de moins de vivacité et de feu que les hommes", etc. Y Fernão de Oliveira, *A Gramática da linguagem portuguesa*, Lisboa 1975, 39: "(...) as qualidades serem diversas, nas quais têm domínio as condições do céu e terra em que vivem os homens. Vem que umas gentes for-

mam suas vozes mais no papo, como Caldeus e Arábigos, e outras nações cortam vozes, apressando-se mais em seu falar, mas nós falamos com grande repouso, como homens assentados”.

10. El nombre de Lusitania, para designar a Portugal, se ha empezado a usar a finales del s. XV (“quando o ardor dos estudos clássicos e a invenção da imprensa tinham feito comum no ocidente da Europa a leitura dos historiadores e geógrafos gregos e romanos”: Herculano) y se ha extendido rápidamente, cfr. ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 275-276.
11. Cfr. IX, 91: “Não eram senao premios, que reparte/ Per feitos immortaes e soberanos/ O mundo co’os Barões, que esforço e arte/ Divinos os fizeram, sendo humanos:/ Que Jupiter, Mercurio, Phebo, e Marte,/ Eneas, e Quirino, e os dous Thebanos,/ Ceres, Pallas, e Juno, com Diana,/ Todos foram de fraca carne humana”. “Mas a Fama...”
12. “E tu, nobre Lisboa, que no mundo/ Facilmente das outras es princesa;/ Que edificada foste do facundo,/ Per cujo engano foi Dardania accesa...” (III, 57).
13. Fernando de Oliveira fundamenta la antiquísima nobleza portuguesa basándose en las leyendas de Beroso (en este punto Camões se muestra más cauteloso: cfr. IV, 8, incrédulo respecto a Brigo): “A antiga nobreza e saber da nossa gente e terra da Espanha, cuja sempre melhor parte foi Portugal...”, cfr. A Gramatica da linguagem portuguesa, Lisboa 1975, 40-41, todo el cuento de Tubal aplicado a Portugal. Consiguientemente la presencia de los portugueses en aquella tierra es anterior a la aparición de los griegos: “Luso, que também enobreceu esta terra, nao foi grego, mas de Portugal nascido e criado (...) —y para que tampoco falte el mito de la verdadera religión— porque já desde entao os Portugueses sabem conhecer e servir e louvar a Deus”. Todo debe confluír en la fundamentación de la sempiterna nobleza portuguesa: “Aponte isto para que desta nossa própria e natural nobreza nos prezemos e nao fabulizemos ou mintamos patranhas estrangeiras...” (Ib., or. 42).
14. El dios del vino Baco era efectivamente sobrino de Cadmos y éste hermano de Europa (raptada por Zeus en figura de toro) y fundador de la torre-ciudad de Tebas y de su linaje real.
15. El Elysio o los “campos elysios” —que ahora se encuentran en París— eran en la mitología griega la zona de los bienaventurados en el “infierno” de los muertos, o sea, el paraíso, y éste estaba situado naturalmente en Portugal Por esta razón el héroe Luso eligió esa región para su descanso. Pero, ya que aquí andan mezcladas las mitologías griega y bíblica con los cuentos de Annio de

Viterbo, es posible que los paradisíacos Campos elysios que Luso el tebano encontró en Portugal fueran cultivados y denominados con ese nombre muchísimo antes por Elysa: este Elysa, por su parte, parece haber sido hijo de Jaban y nieto de Jafet, quien pobló Europa después del diluvio y encontró en Portugal la región más bella. Por tanto, para cuando llegó Luso –es decir, antes de la llegada de los griegos– Portugal estaba ya poblada y Luso en realidad sólo reformó y restauró el reino (no fundando, sino restaurando las Ciudades)... Sobre la leyenda de Tubal en Portugal, cfr. ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 284-285.

16. Las murallas de Lisboa levantadas por Ulises eran, como las de Roma, eternas.
17. Que los romanos no pudieron someterla a su dominio lo prueba Viriato; pero, según la leyenda, también bajo los godos y los árabes hubo allá zonas independientes. Así lo dice también Oliveira (op. cit., 41): “E só esta nossa terra Portugal, na Espanha, quando os Godos com seus costumes bárbaros e viciosos perderam a Espanha, teve sempre bandeira nunca sujeita a Mouros, mas muitas vezes contra eles vitoriosa”. Los españoles tienen sus astures y cántabros (los vascos nuestro Ernio). Sobre este mismo tema en Francia, cfr. GILLOT, H., *La Querelle des anciens et des modernes en France*, Paris 1914, 133.
18. En Aljubarrota fue preso y encerrado, hasta pagar el rescate, en una jaula de hierro, el Canciller Pedro Lopez de Ayala. Sobre “El Condestable” cfr. OLIVEIRA MARTINS, J. P., *A Vida de Nuno Alvares*, 1893.
19. Ni qué decir que tanto unos como otros habían leído *Aeneida* I, 278, “his ego nec metas rerum nec tempora pono:/ imperium sine fine dedi”.
20. “Bem parece que o nobre e gran’ conceito/ Do lusitano espiritu demande/ Maior credito, e fe de mais alteza,/ Que creia d’elle tanta fortaleza” (VIII, 69).
21. Tópico retórico que se encuentra ya en el discurso fúnebre de Pericles (Tuc. II, 41).
22. Du Bellay desea al rey la fuerza para renovar la grandeza de Roma: “Que vous puissent les Dieux un jour donner tant d’heur,/ De rebastir en France une telle grandeur” (*Les Antiquitez de Rome*, 1558, Dedicatoria). Llegamos a Boileau en el Clasicismo ilustrado con la misma cantinela, convertida entretanto en canto triunfal: “La Seine a des Bourbons, le Tibre a des Césars”. París, nueva Roma. Y Como Grecia tuvo su Siglo de Pericles, Roma su Siglo de Augusto, Francia (la Modernidad) tiene “Le Siècle de Louis XIV” (Voltaire).



23. LOTMAN, J. M., *Semiótica de la cultura*, Madrid 1979. Agradezco estas referencias al Prof. Josu Amezaga, a cuyo análisis remitimos para un estudio más detenido del tema.
24. Ib., 73. “Además, dado que la cultura es *memoria* (o, si se prefiere, grabación en la memoria de cuanto ha sido vivido por la colectividad), se relaciona necesariamente con la experiencia histórica *pasada*)” (71). “La cultura no tiene por objeto el conocimiento del futuro” (73). Tan simple como fundamental cuando se trata de conciencia colectiva.
25. GARIN, E., *El Renacimiento italiano*, Barcelona 1986, 21-22. Fuera de Italia las posturas frente a Roma (el conflicto interno de los que no son romanos con su ser Roma) serán complejas: la pretensión de ser la nueva Roma será común; pero se reconocerá al mismo tiempo que nadie puede igualar a Roma (el mismo Du Bellay que invita al rey a igualar a Roma, escribe: “Cette ville (...) de qui le pouvoir/ Fut le pouvoir du monde, et ne se peut revoir/ Pareille a sa grandeur, grandeur, sinon la sienne/. Rome seule pouvait a Rome ressembler”, etc.); habrá una abundante polémica (“La Querelle”), por otro lado, en la que cada uno pretende haber superado ya por su parte la grandeza romana. Tampoco faltará la tendencia a distanciarse de todo lo romano (igual a italianos), es decir, a no querer saber nada de Roma, “tout ainsi que Dieu nous voulut separer de l’Italie par un haut entrejet de montaignées, aussi nous sépara-t-il presque en toutes choses, des moeurs, des loix, de nature et complexions”: paradójicamente la razón geográfica aducida aquí por Pasquier (*Lettres*, IX, 1) es una razón tomada de Petrarca, contra los alemanes (“Ben provide Natura al nostro stato,/ quando de l’Alpi schermo/ pose...”), quien a su vez se ha apropiado un pensamiento de Polibio. El significado de todo el “mito galo” es evidentemente antiromano, cfr. GILLOT, H., op. cit., 141.
26. GILLOT, H., op. cit., 22.
27. El afán de emulación es un aspecto muy destacado por Maravall en el Renacimiento (particularmente en el español en su opinión), cfr. *Antiguos y Modernos*, Madrid 1986, 333, 337, 346, eta Afán abundantemente recogido igualmente en lo que respecta a Francia por GILLOT, H. op. cit., 14-15, 115, 132-133 (superioridad militar sobre Roma); 15, 18, 22, 39, 84-85 (superioridad cultural y literaria); 46-47, 111 (técnica); 78, 104, 149-150 (científica). ¡Superioridad culinaria incluso (112)! Las mismas rocas de Francia son las mejores del mundo y más hermosas que las romanas, por lo que el arte francés puede ser superior al romano: “Nulle nation n’a de plus beaux moyens de batir que la France:

- toutes les pierres, et les plus belles qui soient, son sol les lui fournit en abondance. Nulle nation n'a plus de ressources" (Ib., 100).
28. GILLOT, H., op. cit., 29: "Le Français fait la guerre pour secourir le faible, le Romain, pour réduire l'opprimé et subjuguier l'oppresser. La France est celle qui conquiert pour enseigner la civilisation, faire régner les lois. Si haute est montée la gloire des Français qu'ils dépassent la vertu guerrière et le génie romains, autant qu'autrefois la bravoure latine les autres nations, et la science latine l'ignorance barbare".
29. Ib., 28: "La France est le pays de la bravoure magnanime. Ses héros s'appellent Charles Martel, Godefroy de Bouillon, Charlemagne que l'on pourrait comparer à Auguste...". Y observa el autor: "Idée qui revient dans tous les panégyriques du XVIIe siècle: la mission de la France parmi les nations est une mission de paix, de générosité et de justice".
30. Sobre la particular asistencia de la Providencia a Francia, cfr. Ib., 6 ("Démonstration tres claire que Dieu a plus de sollicitude de la France qu'il n'en a de tous les Etats temporels", de Seyssel) y 136 (G. Postel).
31. Ib., 29.
32. "Tu regere imperio populos Romane memento" (Eneida VI, 851). Cfr. YARDENI, M., *La Conscience nationale en France pendant les guerres de religion (1559-1598)*, Louvain-Paris 1971, 66-67: "Dans son esprit et dans sa conception de l'histoire, Du Haillan est l'élève fidele des anciens (...). Certes, la France est partie d'un tres modeste début pour en arriver a ce qu'elle est aujourd'hui; mais cela n'est pas dû, comme chez Pasquier, a un progres ou a un développement intrinseques; si la France a connu un tel essor, c'est plutôt par une analogie parfaite avec Rome".
33. Cfr. TITO LIVIO, *Ab Urbe condita*, I, 4. 1: "Sed debebatur, ut opinor, fatis tantae origo urbis maximique secundum deorum opes imperii principium".
34. "E c'um amor intrínseco accendidos/ Da fe, mais que das honras populares,/... conduzidos" (III, 24).
35. El mito vizcaíno hace venir de Escocia a Jaun Zuria.
36. "Quae ab exiguis profecta initiis eo creuerit ut iam magnitudine laboret sua" (Tito Livio, *Praefatio*). Compárese con Du Haillan: "Et se peut dire de la France ce qui a esté dit de Rome, que jamais estat n'eust si petite et faible commencement, ny de petit commencement ne parvint a telle grandeur cestuy-ci", cfr. YARDENI, M. op. cit., 66-67, nota.

37. MARAVALL, J. A., *Estudios de historia del pensamiento español*, vol. I, Madrid 1983, 62: “De aquí que en el siglo XII surja ya una obra, la llamada *Cronica Silense*, para la cual la historia es el destino político de todo un pueblo, de una comunidad humana constituida en una forma de vida que le es peculiar (...). Alfonso X el Sabio reconocerá explícitamente al *pueblo* como un personaje histórico”.
38. ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 53: “No sentido assinalado, o termo *povo* representou (...) a totalidade da comunidade e equivaliu ao termo *grei*, que alcançou na divisa de D. João II um sentimento de ordenação jurídica – “*Pola Ley e pola grei*” – e que D. Francisco de Almeida definirá mais tarde (1508) como “*a congregação de nossos parentes, amigos e compatriotas, a que chamamos república*”.
39. BIGALLI, D., “*Sulle concezioni politiche de Luis de Camões*”, in: *Rivista di Storia della Filosofia* 47 (1992) 487-491.
40. FUSTER, J., en el Prólogo a MUNTANER, R., *Crónica*, Madrid 1970, XVII: “(...) En la *Crónica* encontramos el dibujo de una cierta “totalidad” del cuerpo social: de la sociedad concebida como un bloque único y unánime. Quizá se deba a que Muntaner era “burgués”, y no “aristócrata” (...). El “pueblo”, en la *Crónica* de Ramón Muntaner, no es más que la *nación*”.
41. Recuérdese la profecía de Rómulo, “prima hodierna luce caelo repente delapsus”, a Próculo Julio, que tendrá su reflejo en el Canto X de la epopeya portuguesa: “*Abi, nuntia Romanis, caelestes ita uelle ut mea Roma caput orbis terrarum sit; proinde rem militarem colant sciantque et ita posteris tradant nullas opes humanas armis Romanis resistere posse*” (I, 16. 7).
42. Cfr. *Romans et contes*, Paris 1966, 353: “Je ne vois avant Thucydide que des romans semblables aux Amadis, et beaucoup moins amusants. Ce sont partout des apparitions, des oracles, des prodiges, des sortilèges, des métamorphoses, des songes expliqués, et qui font la destinée des plus grands empires et des plus petits Etats: ici des bêtes qui parlent, la des bêtes qu’on adore, des dieux transformés en hommes, et des hommes transformés en dieux. Ah! s’il nous faut des fables, que ces fables soient du moins l’emblème de la vérité! J’aime les fables des philosophes, je ris de celles des enfants, et je hais celles des imposteurs”. Algunos aprendices de desmitologización neoilustrados nuestros parecen seguir teniendo los mismos problemas con la historia todavía –sólo que doscientos años más tarde.
43. SYME, R., *La revolución romana*, Madrid 1989.

44. "(...) Virgilio se puso a escribir un poema épico que debiera revelar la mano del destino en los más remotos orígenes de Roma, la continuidad de la historia romana y su culminación en el régimen de Augusto" (579).
45. *Ib.*, 581: "Como otras composiciones literarias patrocinadas por el gobierno, la historia de Livio era patriótica, moral y educativa".
46. *Ib.*, 583.
47. *Ib.*, 551-552.
48. E. GARIN, *op. cit.*, 2Z.
49. Porque, como lo expresa bien claramente el verso de Du Bellay, en esta visión humanista del universo político, al menos como ideal o símbolo, "Rome fut tout le monde et tout le monde est Rome" (*Les Antiquitez de Rome*, 1558). Para la antigüedad de los orígenes de esta visión, cfr. AVERINCEV, S. S., "El carácter general de la simbólica en la Alta Edad Media", in: LOTMAN, J. M., *op. cit.*, 145 ("la *urbe* como *orbis*, Roma como *mundo*").
50. Los humanistas italianos sentían la Edad Media como la noche de setecientos años que siguió a la destrucción del Imperio por los bárbaros y al subsiguiente dominio de estos bárbaros (Leonardo Bruni), con todas las crueldades que las ciudades italianas han sufrido en ese tiempo divididas en banderías favorables al Emperador germánico o al Papa romano. El Renacimiento significaba, por el contrario, el nuevo nacimiento de aquellos tiempos gloriosos de la Italia "libre" y dominadora de todos estos bárbaros. La *Roma renovata*, pues, figuraba, en contra de los bárbaros y en contra de la Edad Media, el sueño político de la Italia unificada y de nuevo señora del mundo. "En el pasado se veía sólo aquella oleada de barbarie que había soterrado la cultura clásica, la cultura que, con aquellos ideales humanos que ahora volvían a arder en los corazones, había construido un modelo que sería imperecedero. De ahí surgió, creo, la polémica inextinguible contra las sombras del Medioevo, edad intermedia entre la luz antigua y la nueva aurora. De ahí la áspera invectiva contra los bárbaros, ya fuesen *galos o germanos*, que robaron, sin comprenderlos, los tesoros de Roma", cfr. E. GARIN, *op. cit.*, 52.
51. Las ciudades italianas se sentían hijas y herederas de Roma, a ellas les correspondía por derecho de sucesión el dominio y el Imperio.
52. Sin contar de nuevo a Du Bellay ("Pales Esprits, et vous, Ombres poudreuses"), etc., en Francia, en España se puede citar "A Roma sepultada en sus ruinas" de Quevedo —y recordar que la misma ha sido inspirada por el humanista polaco Szarynsky. "Y a Roma, que gran tiempo altivamente/ se vio del universo

apoderada,/ y de cada nación después hollada”, ha cantado también Ercilla en La Araucana, Canto XXVII. “See the wild waste –escribe A. Pope en Inglaterra– of all-devouring years!/ How Rome her own sad sepulchre appears:/ With nodding arches, broken temples spread!”.

53. “Sur ces poudreux tombeaux –nos permitimos citar una vez más a Du Bellay– exercent leur audace, / Et osent les vaincus les vainqueurs dédaigner” (Comme on passe en été...)
54. W. MELCZER, “Nationalisme et expansion impérialiste dans la littérature espagnole (1557-1597)”, in: *Théorie et pratique politiques a la Renaissance*. XVIIe Colloque International de Tours, Paris 1977, 350: “Le concept de la monarchie universelle de l’empereur, qui avait été accepté par les théoriciens politiques et de même par les juristes au Moyen-Age (Dante, Bartolo da Sassoferrato), était au seizieme siècle tombe en déconsidération”. Y en p. 354: “L’idée de l’*Orbis Christianus* se surimposa, d’une façon ou d’une autre, a l’idée de l’*Imperium Romanum*”.
55. Ik. GILLOT, H., op. cit., 131.
56. En España la grandeza de los Césares será concedida a España naturalmente, y precisamente para sojuzgar al “turco” (obligada unidad de nueva Roma y nuevo Israel): Garcilaso de la Vega califica a Carlos V de “César Africano”, en alusión al “Escipión Africano” que estableció el Imperio sobre África con la destrucción de Cartago (*Elegía II*) y valora las aventuras africanas de aquel (1535) como el resurgimiento y superación de Roma: “(..) Las armas y el furor de Marte,/ que con su propia fuerza el africano/ suelo regando, hacen que el romano/ imperio reverdezca en esta parte,/ han reducido a la memoria el arte/ y el antiguo valor italiano” (Soneto XXXIII, *A Boscán desde La Goleta*). Cfr. igualmente la Canción de Fernando de Herrera (a la victoria de Juan de Austria sobre los moriscos, 1571): “Y el fértil Occidente (...),/ con claro honor de España,/ te mostrará la luz desta hazaña./ Que el cielo le concede/ de César sacro el ramo glorioso/ que su valor herede,/ para que al espantoso/ turco quebrante el brío corajoso”. Después de Lepanto Aldana verá definitivamente trasladado a España el Imperio: “nombrado, oh Gran Felipe, Dios te había/ por Rey universal de todo el suelo”. Sobre la mística de la cruzada contra los turcos y la conquista de Constantinopla en Francia, cfr. GILLOT, H., op. cit., 6ss. Sobre la guerra contra los turcos para liberar, no el Santo Sepulcro, sino las tierras troyanas que fueron origen de la monarquía francesa, cfr.

JODOGNE, P., J. *Lemaire de Belges écrivain franco-bourguignon*, Bruselas 1971, 398-400.

57. Los cuatro precedentes –ordenados significativamente en ese orden en el camino del pecado a la redención por la Providencia agustiniana, en el esquema completado por Camões con el quinto Imperio portugués en el sentido del triunfo eseatológico– han sido el asirio, el persa, el macedonio-griego y el romano: si dichos Imperios han realizado grandes acciones, “Tempo cedo virá, que outras victorias [portuguesas],/ Estas, que agora olhais, abaterão” (VII, 55), como se dice en la profecía del Catual. Cfr. también R. SCHNEIDER, *Das Leiden des Camões*, Hamburg 1959, 100-101 y 132. El interesado puede consultar VIEIRA, A., *Historia del Futuro*, Madrid 1987 (Introducción, pp. 34 ss, “El mito del Quinto Imperio”).
58. BRAGA, T., *História da Literatura Portuguesa*, vol.II, Lisboa s/d., 321, encuadra en un horizonte distinto la visión camõesiana: “Sentiu a Antiguidade, não pelo emprego de uma mitologia, cuja vacuidade reconhecia, mas por essa luta entre o Oriente e o Ocidente, que Heródoto considerou a ideia fundamental da História, luta fatal dos Gregos e dos Bárbaros (...). Quando sob o imperialismo de Alexandre, se opera a maravilhosa empresa da Ásia e os seus triunfos são representados pelo Baco indiano, celebrado nos Poemas alexandrinus, compreende-se como Camões ligou o maravilhoso dos *Lusiadas* a esse dominador do Oriente, relacionando a empresa dos Portugueses com essa primitiva e agora definitiva missão *occidental*”. Sobre la oposición esencial Oriente/Occidente, básica también en el pensamiento de Mirande, cfr. todavía SYME, R., op. cit., 363: “La rivalidad de los líderes cesarianos fomentó una oposición latente entre Roma y el Oriente, y un nacionalismo que la guerra y la revolución, el hambre y el miedo exageraron hasta el ridículo”. También 561 ss.
59. Como ejemplo de este tópico en el Renacimiento portugués se cita la seguridad mostrada por Damião de Góis en la epístola a Pietro Bembo (1540): “Facta nostratum nec Graecorum nec Rhomanorum rebus gestis inferiora esse”, in D. BIGALLI, op. cit., 489. Podría citarse igualmente a Frei Heitor Pinto: “Os nossos Portuguezes (...) terem feitas, em nossos tempos, em África, e em Asia, façanhas tam excedentes e pasmosas, que as gregas, tam cantadas de Homero, e Thucydides, e as latinas, tam celebradas de Lucano e Tito Livio ficam, em sua comparação, um pequeno outeiro a par do alto monte Olympo”.
60. Ulises.
61. Eneas.

62. Rodamonte: personaje de la epopeya "Orlando innamorato" (1495) del escritor y político renacentista italiano M. M. Boiardo, retomando los temas heroicos del ciclo de Rolando. Igualmente Rugeiro, personaje fabuloso del "Orlando furioso" (1516), gran aventurero.
63. Los Titanes, hijos de la Tierra, que se rebelaron contra el Olimpo, vencidos por el rayo de Zeus y enterrados bajo los montes.
64. Peritoo y Teseo intentaron rescatar del infierno de los muertos a Proserpina, esposa de Plutón.
65. *Ibidem* I, 44: "(...) Esquecerem-se Gregos, e Romanos/ Polos illustres feitos, que esta gente/ Ha de fazer nas partes do Oriente".
66. Recuérdese en euskara el "Canto de Lelo".
67. Como se ve en el romance "Triste estaba el Padre Santo", para citar un ejemplo, el Saco de Roma (1527) ha tomado para los españoles este mismo significado: "La gran soberbia de Roma / agora España la refrena".
68. "Deixo, deuses, atraz a fama antiga,/ Que co'a gente de Romulo alcançaram,/ Quando dom Viriato, na inimiga/ Guerra romana tanto se afamaram" (I, 26). "D'esta o pastor nasceu, que no seu nome/ se ve que de homem forte os feitos teve;/ Cuja fama ninguem virá que dome;/ Pois a grande de Roma não se atreve" (ILT, 22).
69. OLIVEIRA, R., op. cit., 41: "E tanta a nobreza de nossa terra e gente, que só ela com seu capitão Viriato pôde lanzar os Romanos da Espanha e segui-los até a sua Italia".
70. El mar ("deuses do mar") y Baco mismo, quien pronuncia el discurso.
71. También aquí se copia un topos común de los apologistas romanos, cfr. SYME, R., op. cit., 552: "Los griegos podían tener a su Alejandro; era glorioso, pero no era un imperio. Los ejércitos y los forzudos campesinos italianos habían aplastado y roto a los grandes reyes de los países orientales, sucesores del macedonio, y habían sometido a su mando a naciones más correosas que las que jamás había visto el Conquistador de todo el Oriente. En un alarde de exaltación patriótica, los escritores de la Roma augustea debatían ingeniosamente si el propio Alejandro, en la cima y el cenit de su poder, hubiese podido triunfar sobre el vigor juvenil de la República guerrera. Se sentían tan valientes como para dudarlo [T. Livio, 9, 18 ss.]. Es más, la sólida fábrica de la ley y el orden, edificada por la sagacidad innata de los estadistas romanos, se mantendría en pie y duraría siempre".

72. Ib. I, 13: “Pois se a troco de Carlos rei de França [Carlomagno],/ Ou de Cesar  
quereis igual memoria,/ Vede o primeiro Afonso, cuja lança/ Escura faz qual-  
quer estranha gloria”.
73. Ese mismo ha sido comparado en la estrofa anterior con Numa Pompilio.
74. “Per Heitor portuguez, de quem se nota,/ Que na costa cambaica sempre arma-  
da,/ Sera aos Guzarates tanto dano,/ Quanto ja foi aos Gregos o Troiano”  
(X, 60).
75. Infieles.
76. Milcíades.
77. Leonidas.
78. Según la leyenda romana Horacio Cocles resistió él solo a todo el ejército etrus-  
co (“tusco”) de Porsenna en un puente de estacas sobre el Tiber, hasta que  
éste se derrumbó detrás de él, salvando de este modo la ciudad.
79. SILVA DIAS, J. S. da, *Camões no Portugal de Quinhentos*, Lisboa 1981, 44: “E toda a  
História Pátria, dos primórdios da monarquia ao reinado de D. Sebastião, tem  
na sua pena as cores de uma cruzada interminável, na fidelidade ao catolicis-  
mo”. Para el objeto de este ensayo no será necesaria una exposición más de-  
tenida del tema del sebastianismo, etc., del “sueño manuelino” y del “destino  
portugués”.
80. “Nicht als ein Recht, sondern als oberste Pflicht im Dienste der Welt erscheint  
die Eroberung. Als Erbe und Lohn eines Volkes, das im Kampf mit den heid-  
nischen Mauren entstand und gefestigt wurde, stellt dieses Weltreich gleich-  
sam den auf die Welt projizierten Sieg des lusitanischen Stammes über seinen  
Todfeind dar” (p. 79).
81. Por ejemplo, lb., 22, las atrocidades de Vasco da Gama.
82. Ib., 23.
83. Sobre esta sagrada leyenda cfr. ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 340-348. No  
haremos caso de otros géneros de pruebas de la elección providencial, que  
tampoco en el Renacimiento portugués faltan, pero que no tienen relieve en  
Camões: la religiosidad de los portugueses ya antes de su cristianización (F. de  
Oliveira: “Liceleu... recebeu em seu reino a El-Rei Dionísio, ou Dinís, com  
festas de sacrificios e devoções, porque já desde então os Portugueses saben  
conhecer e servir e louvar a Deus”); o su evangelización anterior a la de todos  
los otros pueblos, iniciada en Evora con la predicación del beato Mancio,  
discípulo de Jesús, etc.



84. Las mitologías paralelas –el rey Clodoveo en Francia, etc.– e. d., la competencia mítica entre las diversas monarquías es patente.
- 85 “A matutina luz serena e fria,/ As estrelas do polo ja apartava;/ Quando na cruz o Filho de Maria/ Amostrando-se a Afonso, o animava” (III, 45).
86. “Em nenhuma outra cousa confiado,/ Senão no summo Deus, que o deo regia;/ Que tam pouco era o povo bautizado,/ Que, pera um so, cem Mouros haveria” (III, 43).
87. La tópica victoria nacional debida al cielo venía narrada de esta manera en Azevedo, *Epítome da Historia portugueza*: “Proseguiu el-rei D. Afonso as conquistas da Beira, e Estremadura portugueza: passou ao Alem-Tejo, aonde triumphou de cinco reis mouros, e quinze regulos, cujo principal imperador era Ismael, com infinita multidão de barbaros. Afonso cheio de piedade, e confiança em Deus, attendia a oração e lição sancta entre o maior estrondo das armas. Leu alta noite a victoria milagrosa de Gedeão, com trezentos homens sem armas, contra o formidavel exercito dos Madianitas. Elevou o pensamento ao ceo, fallou a Deus, e disse: “Senhor todo poderoso, bem sabeis que so para gloria do vosso adoravel nome tomei as armas contra os inimigos da fe: igualmente podeis dar a victoria a muitos ou a poucos. Se quereis que eu seja morto ás mãos dos inimigos, cumprase vossa vontade sancta. Se me concedeis a victoria, será vossa toda a gloria”. Adormeceu vestido, inclinada no livro a cabeça: viu em espiritu o nuncio do Rei eterno, que lhe dizia: “Confia, que vencerás estes infieis; e o Senhor te manifestará sua misericordia”. A este tempo D. João Fernandes de Souza, camareiro do principe, o despertou, dizendo-lhe: “Ahi esta un veneravel velho a procurar-vos”. Respondeu: “Entre, se é christão”. Tanto que o viu, conheceu ser o que na visão se lhe mostrara: ao qual ouviu dizer: “Tende bom animo, vencereis, e não sereis vencido. Sois amado per Deus, que tem posto os olhos de sua misericordia em vós ate a decima-sexta geração, na qual, attenuada, outra vez obrará novos beneficios per effeito de sua piedade. Deus me envia, que ao toque da campainha da minha cella, esta noite, no deserto em que vivi entre os barbaros ha sessenta annos, guardado pelo Senhor, vades sem tertimunhas, gozar as maravilhas do Altissimo”. Venerou Afonso ao Senhor, e seu enviado. Disposto em oração, ao toque signalado foi; e viu de repente fóra dos arraiaes, ao nescente, um raio de luz mais brilhante que o sol, no meio vinha Jesu-Christo crucificado, aos dous lados anjos em fórmula de mancebos resplandecentes, inclinados a adorar o Senhor. Largou armas e sapatos, prostrado em terra, banhado em ternissi-

mas lagrymas, exclamou: “Para que vindes a mim Senhor? (...) Ide manifestarvos aos infieis, para que todos em vós creiam». Confia Afonso, lhe diz Christo da cruz: venho estabelecer os principios de teu reino sobre pedra firme: vencerás não so agora, mas sempre que tomares armas contra os inimigos da cruz. Acharás os teus alegres; acceita o titulo de rei, que te derem; pois eu (a quem so pertence edificar, e destruir os imperios) quero em ti, e teus descendentes estabelecer para mim um reino sanctificado, puro na fe, amavel na piedade, que d’elle seja levado meu nome ás nações estranhas. Para teus successores conhecerem quem lhes entregou o dominio, comporás as armas das cinco chagas, com que remi o genero humano, e dos dinheiros, como que fui vendido aos Judeus”.

88. Aunque en las ediciones actuales del poema no suele incluirse, según algunos manuscritos —espero que aquí en Vitoria/Gasteiz sea licita una nota para recordarlo— Camões canta entre los muertos en esa batalla a “Guevara roncador, que o rosto untava/ Mãos, e barba, do sangue que corria;/ Por dizer que dos muitos que matava/ Saltava n’elle o sangue, e o tingia;/ Quando d’estes abusos se jactava,/ De través lhe da Pedro, que o ouvia/ Tal golpe, com que alli lhe foi partida/ Do corpo a vã cabeça, e a torpe vida”.
89. Véase nota 85.
90. R. SCHNEIDER, op. cit., 80: “Affonso Henriques, jener erste portugiesische König, der gegen den Herrscher von Leon seine Selbständigkeit wahr, ist heilig in gleichem Sinne wie Moses; nicht etwa weil er heilig lebt, sondern weil er ein Beauftragter Gottes ist, der mit ihm Zwiesprache halt”.
91. Noble es en esta ideología “quien nace con obligaciones”, a diferencia del villano, y la obligación misma tiene un significado específico: “(lo que hace al caballero) es la obligación, es decir, el deber de tomar a sus antecesores como dechado a imitar”, ha escrito Núñez Alba (1652), cit. in. J. A. MARAVALL, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid 1989, 33. El guipuzoano Bachiller Zaldibia: “Y Boecio en el tercero libro De Consolación afirma que, si algo tiene bueno la nobleza de los pasados es la obligación que impone a los venideros para no degenerar de la virtud de los mayores”. Cfr. en el Poema VIII, 94: “Se mais que obrigação (...) / No peito vil, o prémio pode, e val”.
92. Atención también al tópico de la “antigua libertad”! (La libertad clásica es siempre antigua y herencia de los antepasados: efr. Tuedides II, 56: “la tierra que nuestros antepasados nos legaron libre”; igualmente Cesar, “ea libertate quam a maioribus”, De bello gallico II). Luego, que la “libertad” pueda significar

tanto la nueva esperanza de los explotados como la defensa de los viejos privilegios de los explotadores, es ya viejo en la historia, cfr., por ej., SYME, R., op. cit., 205: “A la *libertas* se la invocaba, las más de las veces, en defensa del orden imperante por Individuos o clases que disfrutaban del poder y la riqueza. La *libertas* del aristócrata romano significaba el régimen de una clase y la perpetuidad del privilegio” .

93. P. MESNARD, *L'Essor de la philosophie politique au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris 1977, 12.

94. En esa suma de todas las cosas que es el poema de Camões no faltan estos aspectos: la condena de la codicia, que corrompe a administradores y administrados, “e mil vezes tyrannos torna os reis” (VIII, 96 ss); crítica de que la voluntad del rey pueda más que la justicia (X, 23, etc.), elementos de la tradición antitiránica. Hay sobre todo la condena de un viejo venerable a toda la aventura imperialista de ultramar, que A. Sergio considera como la cima de todo el humanismo moral portugués, cfr. *Breve Interpretação da história de Portugal*, Lisboa 1983, 87: “O humanismo moral português culmina no discurso do *Velho do Restelo*”. Pero en general Camões se atiene a la tradición más conservadora, véase DA SILVA DIAS, J. S., op. cit., 43: “O Velho do Restelo nao é um porta-voz do Epico”. Igualmente lb., 84-85: “Não encerra, por outro lado, elementos de afinidade com o humanismo cristão ou com as novas doutrinas da Renascença”. Más que en la línea del humanismo crítico, ese Camões debe ser visto, creo yo, en la del moralismo político de Tito Livio, cfr. *Ab Urbe condita*, Praef. 12: “Adeo quanto rerum minus, tanto minus cupiditatis erat: nuper diuitiae auaritiam et abundantes uoluptates desiderium per luxum atque libidinem pereundi perdendique omnia inuexere”.

95. Erasmo no hubiese admitido nunca a Aquiles o César como modelos del príncipe cristiano, ni la síntesis —mejor mezcolanza— de Roma e Israel, ni el uso de las armas para la expansión de la fe, mucho menos la guerra para la extensión de las posesiones, etc.

96. Cfr. J. DELUMEAU, “Fondements idéologiques de la hiérarchie sociale: le discours sur le courage à l'époque de la Renaissance”, en: *Théorie et pratique politiques à la Renaissance*, XVII<sup>e</sup> Colloque international de Tours, Paris 1977, 273-285.

97. Ib., 273: “Ce discours comporte les deux affirmations antithétiques que voici: a) le chevalier est courageux; b) le vilain est lache. Bien sûr, une telle ideologie était moins le reflet d'une réalité que la justification d'un pouvoir. Il s'agit d'un

schéma théorique (...) qui autorise les hommes de guerre à gouverner... et à exploiter”.

98. BIGALLI, D., op. cit., 485.

99. MESNARD, P., op. cit., 446-449.

100. Cit. en J. A. MARAVALL, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*, Madrid 1982, 519.

101. Cfr. SERGIO, A., op. cit., 53: “A formação de uma monarquia dualista, com um só soberano para Portugal e para Gastela, foi ideia dominante na nossa segunda dinastia”. Sobre la capitalidad de Lisboa, cabeza y corazón del reino “metrópoli, e senhora”, a imitación de la jefatura real, cfr. ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 184- 186.

102. GILLOT, H., op. cit., 5 (con la nota), 106. Como el sol en la naturaleza, el rey es en la Sociedad la fuente y el sostén de la vida, como fundamento del orden y de la justicia: Shakespeare ha expresado esta idea en imágenes solemnes que valen por todo un pequeño tratado político en *Richard II*, III, 2, 36-55. Sin rey la sociedad vive sumida en la negra noche, “then thieves and robbers range abroad unseen,/ In murders and in outrage bloody here”. El rey es el representante suyo elegido por el cielo, y el derecho del rey es el derecho del cielo.

103. “Tibi Diva Britannia fundit Plebemque et proceres” manifiesta J. Addison esta idea de la unidad social orgánica con el rey como cabeza en su “Pax Gulielmi auspiciis Europae reddita 1697”, sin olvidar de paso ensalzar la divinidad de las Islas.

104. Juan de Lucena, “Carta exhortatoria a las letras” in: *Opúsculos literarios de los siglos XIV al XVI*, Madrid 1892, 216.

105. Cfr. La Araucana, XXXVII: “Sólo el rey decide si la guerra es justa/ y obligación no tiene/ de inquirir el soldado diligente/ si es lícita la guerra y si conviene/ o si se mueve injusta o justamente;/ que sólo al rey, que por razón le viene/ la obediencia y servicio de su gente/ Como gobernador de la república,/ le toca examinar la causa pública”.

106. El héroe portugués “reprende/ A vil desconfiança inerte e lenta/ Do povo” (VIII, 28).

107. “Trazian-a os horrificos algozes/ Ante o rei ja movido a piedade;/ Mas o povo com falsas e ferozes / Razões, á morte crua o persuade”.

108. Las exhortaciones del final del poema, X, 150 ss (“Todos favorecei em seus officios:... religiosos..., cavalleiros”: pero ni siquiera ahí se encuentra ninguna burguesía) no basta para poder hablar de una presencia de los distintos gru-

pos sociales en el poema. Este, como se lee en SARAIVA, A. J.-LOPES, O., *História da Literatura Portuguesa*, Porto-Lisboa 1985, 350, “todo ele é um friso de nomes aristocráticos em constante paralelo emulador com outros da Antiguidade; e não resta lugar para a acção anónima doutras camadas nacionais. Nada mais frisante a este respeito do que a narrativa dos acontecimentos de 1383-1385, sobretudo se a confrontarmos com a sua fonte, Fernão Lopes. Camões omite o episódio central da luta contra os Castelhanos, o cerco de Lisboa, cujo heroísmo colectivo Fernão Lopes narrou com uma vibração autenticamente heróica. Omite a acção dos *povos do reino*, das *uniões*, e fala apenas de Nuno Alvares, D. João I e Antão Vasques de Almada, protagonista da batalha de Aljubarrota, na qual resume toda a resistência. Desta maneira fica, afinal, apoucada essa luta em que a nacionalidade se manifestou como um todo, precisamente contra uma minoria aristocrática que ainda a não reconhecia”.

109. Una exposición del origen y desarrollo del concepto de nación en relación a Portugal puede verse en ALBUQUERQUE, M. de, op. cit., 49-96.
110. SARAIVA, A. J.-LOPES, O., op. cit., 343: “A ideia da epopeia pátria andava associada certa ideologia oficial forjada pela expansão, e cujas raízes encontramos já em Zurara. Segundo essa ideologia, os Portugueses cumpriam uma missão providencial, dilatando tanto o Império como a Fé: eram os Cruzados por excelência. As lutas internas entre Cristãos (Católicos e Reformados, Casa de França e Casa da Austria), coincidindo com o avanço turco nos Balcãs, que chegara até Viena (1529) dois anos depois do saque de Roma por tropas luteranas do católico Carlos V, vinham tornar mais actual esta missão divina atribuída ao Reino Lusitano, exemplo que envergonharia o resto da Cristandade”.
111. Junto con otros muchos viejos tópicos (“Esta Espanna que dezimos tal es como el Paraiso de Dios”), también este de la lealtad sin par se encuentra ya en el célebre elogio de España de la Crónica de Alfonso el Sabio: “Espanna sobre todas es adelantada en grandez et más que todas preciada por lealtad”. La lealtad es al rey y también a Dios: ambas van de la mano.
112. Frei Heitor Pinto, *Imagem da vida christã*, 1563, ha formulado del siguiente modo este espíritu “feudal” de siervo que continúa en el Renacimiento —y luego también en la Edad Moderna—: “A lealdade dos Portuguezes, afamados per todo o mundo, alem de se mostrar em muitas cousas, se ve claramente na conquista de Africa, e de Asia, que tenendo elles conquistadas muitas cidades e grandes reinos, e ganhadas as Indias, até o cabo do mundo, aonde fizeram em armas façanhas tam espantosas que excederam as dos Gregos e Romanos, e

- alcançaram pera si perpetua memoria, nunea la houve Portuguez que se levantasse ou rebellasse a seu rei: o que nunca me lembra que lêsse de nenhuma outra nação”.
113. “Agora co’os conselhos bem cuidados;/ Agora co’as espadas, que immortais/  
Vos farão, como os vossos ja passados” IX, 95). Obsérvese también la alusión a los antepasados en este contexto .
114. “Olha como em tam justa e sancta guerra,/ De acabar pelejando está contente:/  
Das mãos dos Mouros entra a felice alma/ Triumphando nos ceos, eom justa palma” (VIII, 17).
115. BRAGA, T., op. cit., 322: “Os *Lusíadas* foram elaborados nas emoções da mocidade de Coimbra, diante dos monumentos do passado e das maravilhosas tradições; contemplando as impressionantes Colgaduras dos *Triunfos da Índia* nos Paços da Ribeira...”
116. Sobre el significado de la epopeya para la grandeza nacional en el Renacimiento y en particular en el portugués, cfr. SARAIVA, A. J.- LOPES, O., op. cit., 340 ss.
117. “As gentes vãs, que não os intenderam,/ Chaman-lhe fado mau, fortuna escura,/ Sendo so providência de Deus pura” (X, 38).
118. Sobre el concepto de “provincia” en el sentido de tierra patria, cfr. CHABOD, F., *La idea de nación*, 1987, 24 ss
119. Así lo entendía Pedro Jose da Fonseca: “A patria deve preferir-se no amor aos amigos, parentes, e até aos proprios paes e filhos. Camões não se esquece em assignar ao seu heroe e illustres companheiros, na citada oitava (IV, 93), esta brilhante qualidade. Este amor da patria é dado pela natureza até aos mesmos barbaros (*Poetica de Horacio*). “Ingenita erga patriam Caritas”, escribía Tito Livio, maestro del arte de la historia para los renacentistas. Ercilla ha entendido a los bárbaros indios araucanos como a defensores heroicos de la libertad y de la patria. “¡Oh, cuánta fuerza tiene!, ¡oh, cuánto incita/ el amor a la patria, pues hallamos/ que en razón nos obliga y necesita/ a que todo por él lo pospongamos./ Cualquier peligro y muerte facilita:/ al padre, al hijo, a la mujer dejamos/ Cuando en trabajo a nuestra patria vemos,/ y Como a más parienta la acorremos” (XXIX). Como siempre, el modelo lo ofrecen los maestros clásicos (“Buen testimonio desto nos han sido/ las hazañas de antiguos señaladas”).
120. Véanse también estos tres elementos juntos como expresión general de la cultura nacional en III, 96: “Com este [Diniz] o reino prospero florece,/ (Ale-

açada ja a paz aurea divina)/ Em constituições, leis, e costumes,/ Na terra, ja tranquilla, claros lumes”.

121. T. LIVIO, op. cit., I, 19. 1: “Qui regno ita potius urbem nouam conditam ui et armis, iure eam legibusque ac moribus de integro condere parat”
122. Ver también IU, 96 ss.
123. VI, 95-99. El lector recordará la “ex uirtute nobilitas” romana de Tito Livio.
124. FUSTER, J., op. cit., XVII-XVIII: “El *providencialismo*, en la Edad Media, tuvo que provocar su propio e imprescindible complemento, el *nacionalismo* popular (...). Al arrimo de las ilusiones de una monarquía especialmente mimada por Dios, se hizo posible que un grupo étnico tomase conciencia de su entidad. Los súbditos comenzaron a sentirse *unos* con su rey, y de rebote, a sentirse *unos* entre sí”. El fundamento y la manifestación más claros de esta unión serán la lengua y la tierra: “La tierra y la lengua eran dos de esas afinidades primarias. Ramón Muntaner las saca a colación a cada paso”. Citemos todavía TOUCHARD, J., *Historia de las ideas políticas*, Madrid 1985, 180: “Hacia finales del siglo XV el concepto de nación se disocia claramente y con bastante rapidez del de monarquía”.
125. Es conocido el aforismo revolucionario, “que la nation n’est pas faite pour son chef”, citado por Sieyès, cfr. *Qu’est-ce que le Tiers État*, Paris 1888, 29, nota 4.- La sentencia que se trata de subvertir, “L’État c’est moi” (que equivale a “La nation c’est moi”) suele ser aducida como la réplica absolutista de Luis XIV al Parlamento de Paris en 1655.
126. Cfr. DELUMEAU, J., op. cit., 283: “Le peuple vainqueur entendit confisquer l’éthique de l’adversaire vaincu. Il se proclama ‘invincible’; voulut, lui aussi, des lauriers, des chars, des arcs de triomphe”.
127. Es más que significativa la definición de estos salvajes, “aquelles, que creou/Natureza sem lei, e sem razão” (I, 53), que Camões pone en boca de un mahometano, pero que tal vez podemos entender como su concepto de esta gente: estos hijos brutos de la naturaleza no participan plenamente de la alta dignidad humana de los hijos de Dios, de la razón.
128. Cfr. SCHNEIDER, R., op. cit., 70: “(...) weckt der Anblick fliessenden Blutes die dunkelsten Verruchtheiten des Menschen auf. Es besteht keine Gemeinsamkeit zwischen ihnen und ihren Opfern; denn ebenso wild wie ihre Grausamkeit ist ihr Stolz: der Stolz der Auserwählten, die zur Weltherrschaft ausersehen sind. In solchen Tagen sind sie völlig frei von dem Schuldgefühl, das

später in der Heimat in ihnen erwacht und die Quellen ihres unbändigen Lebens vergiftet”.

129. Como manda ya desde antiguo el esquema de la oposición, por un lado están la verdad y la fidelidad, es decir, nosotros (griegos, romanos), siempre veraces; en el otro los “bárbaros”, siempre falsos. Sobre el orgullo español de ser los más veraces entre todos los pueblos del mundo, cfr. HERRERO GARCÍA, M., *Ideas de los españoles del siglo XVII*, 1928, 79-81. Entra en la misma línea el orgullo vasco similar (recuérdese la “palabra de vasco”, tópico de la moral noble medieval, empleado si no me equivoco mayormente —o quizá exclusivamente— en castellano: personalmente no lo he oído nunca dicho en euskara). Quizás sea legítimo citar aquí a NIETZSCHE, F., *La Genealogía de la moral*, Madrid 1984, 36, cómo los nobles griegos se autodenominaban los “veraces”: “la citada palabra se convierte en el distintivo y en el lema de la aristocracia y pasa a tener totalmente el sentido de *aristocracia*, como delimitación frente al *mentiroso* hombre vulgar”.
130. Cfr. SARAIVA, A. J.-LOPES, O., op. cit., 349: “A famosa exortação aos estados cristãos (...) para que se unam contra os Turcos, reproduz com maior eloquência exortações análogas de Gil Vicente, António Ferreira, João de Barros e outros, inspirados pela política dos reis de Portugal, interessados numa cruzada contra os Turcos que aliviasse a sua pressão no Oriente”.
131. OLIVEIRA, F., op. cit., 43: por tanto, aunque el portugués ahora sea pobre todavía, “não desconfiemos da nossa língua porque os homens fazem a língua, e não a língua os homens”.
132. Para estos renacentistas —se ha tratado de un movimiento básicamente latinista— el maestro modelo de épica y el más grande poeta de todos los tiempos ha sido Virgilio, no Homero, cfr. UNGER, R., “Klassizismus und Klassik in Deutschland”, in: BURGER, H. O. (ed.), *Begriffsbestimmung der Klassik und des Klassischen*, Darmstadt 1971, 37-38.
133. F. J. Freire, uno de los fundadores de la Arcadia Lusitana, ilustrado y clasicista riguroso, ha valorado de esta manera la aportación de Camões, en *Dicionário Poético*, 1765, “Discurso preliminar”: “Considerando o grande Camões, ao levantar o edificio da sua immortal epopea, que os poetas seus nacionaes, ou antigos, ou contemporaneos, não tinham cuidado em formar aquella linguagem, com que se deve fallar a sublime poesia, entrou elle n’esta grande empresa. Como era profundamente versado assim na lição dos poetas latinos, como nas especulações poeticas, soccorrido com as auctoridades dos primei-



ros mestres, começou a enriquecer a sua epopeia de infinitas vozes novas, e estranhas, tiradas da linguagem, que inventaram {imitando aos Gregos} os poetas latinos. Para esta introdução mil vezes o obrigou a necessidade; mas muitas mais a pompa e grandeza do estylo, em que cantava; a que elle ora chama *altiloquo*, ora *altisono*, ora *grandiloquo*, e *grandisono*. Bem previa elle, (...) que seria imitado da posteridade, e eternamente engrandecido por pae da nossa linguagem poetica, em que —no se olvide que ya vamos adelantados en el s. XVIII— apenas temos que invejar á italiana, e ingleza”.

134. Es un tópico considerar que la propia lengua ya no es ruda, o desear que ya no sea ruda (campesina, y por ende, ignorante, tosca, inculta). Como ha escrito Diogo Bernardes en Lima, 1596: “Alli a minha [lengua] que tu ves tam muda/ Praticando entre aquelles aldeãos/ Será havida por branda, é não por ruda...”
135. DUBOIS, C.-G., op. cit., 54, aduce como ejemplo este texto de Lutero (In primum librum *Mosis* enarrationes): “Sic Gallus odit et contemnit Germanos, Itali oderunt et contemnunt prae se omnes nationes. Apparet igitur ex ista linguarum divisione dissociatos animos, et mutatos mores, mutata ingenia, et studia, ut vere eam appellare possis seminarium malorum. Nam et Politiae et Oeconomiae turbationem excitavit. Haec et si gravissima incommoda sunt, nihil tamen ad hoc sunt, quod etiam Ecclesias turbavit haec linguarum divisio, et occasionem dedit in infinitum patentis idolatriae et superstitionis”.
136. Leemos otra vez en Lutero (citado por Dubois, 53): “Si enim linguae non essent confusae, etiam animorum consociatio mansisset. Nunc ruit Babylon, ruit Ninive, ruit Hierosolyma, ruit Roma. In summa, regna omnia ruunt ex confusione linguarum quae parit animorum dissociationem”.
137. OLIVEIRA, F., op. cit., 42. Este autor português ha expuesto el citado principio de modo no menos rotundo que el español Nebrija: “Porque Grécia e Roma só por isto ainda vivem, porque quando senhoreavam o Mundo mandaram a todas as gentes a eles sujeitas aprender suas linguas (...). E desta feição nos obrigaram a que ainda agora trabalhemos em aprender e apurar o seu, esquecendo-nos do nosso. Não façamos assim, mas tornemos sobre nós agora que é tempo e somos senhores, porque melhor é que ensinemos a Guiné que sejamos ensinados de Roma...”
138. *Ib.*, 43 y 39
139. La lengua más propia, más hermosa, etc., suele ser evidentemente en Portugal el portugués y en España el español. Para probar, por ej., que el portugués tiene más propiedad que el español el gramático Barros (*Diálogo em defesa da*

*língua Portuguesa*, 1540) compara los verbos “olhar/mirar”, concluyendo que el español es una lengua sin ninguna propiedad: en efecto, los órganos de dichos actos se llaman “olhos/ojos” y no “miros”, etc. En la pronunciación y conversación “nós falamos com mais majestade e firmeza (que los castellanos)”, observa Oliveira. Igualmente según Nuno Fernandes do Cano “a nossa [lengua] em euphonia, acêto e ortografia he mais cõforme a latina”. El humanista y primer ortografista del portugués Magalhães de Gândavo (de origen flamenco, probablemente de Gante), parece no sentir demasiada estimación por el castellano: “Enfim que se [lengua] algúa com razão se pode chamar barbara he a vossa [castellana], a qual toma da lingua Arabia (...) a mayor parte dos vocabulos, [y asi] falais do papo com aspiração; e assi fica húa linguagem imperfecta, e mais corrupta do que vos dizeis que a nossa he” (*Diálogo em defensão da língua Portuguesa*, 1574).

140. Una lengua se considera tanto más perfecta cuanto más igual al latín. En 1498 tuvo lugar una disputa ante el Santo Padre en Roma entre un humanista italiano y los embajadores de Francia, España y Portugal, sobre cual de estas lenguas era más parecida al latín, cfr. BAHNER, W., *La lingüística española del Siglo de Oro. Aportaciones a la conciencia lingüística en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid 1966, 57, 82.
141. “Terra tingitana”, África.
142. También para Gândavo el portugués es “a melhor e mais elegante das linguas é â que mais se confôrma com a latina” (*Regras que ensinam a maneira de escrever e orthographia da língua Portuguesa, com hum Dialogo que adiante se segue em defensam da mesma língua*, 1574). Esta similitud con el latín es para Gândavo la fuente de todas las preeminencias del portugués; a su lado el castellano no tiene ningún valor, tan corrompido y alejado como se encuentra del latín, cfr. CARVALHAO BUESCU, M. L., *Babel ou a ruptura do signo*, Lisboa 1983, 187-188. Como otros muchísimos tópicos del Renacimiento, también éste se encuentra intacto en la Ilustración, por lo que no sorprende encontrar esta misma obsesión, no sólo en humanistas como Resende, Barros, etc., sino también, por ej., en el ilustrado Dias Gomes, tan adicto por otra parte de Camões (*Obras poetisas*, 1799, ed. postuma): “E certo que a nossa língua portuguesa é de todas as da Europa a mais chegada á latina”.
143. MARAVALL, J. A., *Antiguos y Modernos*, Madrid 1986, 330: “La burguesía naciente, de la misma manera que aspira a asumir formas de vida noble, según un fenómeno social muy conocido y estudiado, pretende no menos ennoble-

- cer su cultura enlazándola con la Antigüedad". Que esto último sea precisamente un fenómeno burgués quizá no sea muy seguro. En todo caso, en lo que se refiere a la epopeya camoesiana, es común desde A. J. Saraiva señalar la total ausencia de la burguesía en la misma.
144. SILVA DIAS, J. S. da, op. cit., 14-21 y 34-35. (Aún admitidas las restricciones de p. 52: "do humanismo, só calaram fundo no seu espirito a latinidade e a he-lenidade").
145. Cfr. también X, 8-9.
146. Este es efectivamente el razonamiento de que se vale, por ej., Garcia de Resende (*Cancioneiro Geral*, 1516, "Prólogo"): "Porque a natural condiçã dos portugueses he nũa escrevê cousa que façam, sendo dinas de grande memoria». Asimismo João de Barros (*Décadas da Asia*, I, 1522, "Prólogo"): "E vendo eu que nesta diligencia de encommendar as cousas a custodia das letras (conservadores de todas las obras), a Nação Portuguez he tão descuidada de si, quam prompta e diligente em os feitos..." Sobre el mismo tópico en Francia, cfr. GILLOT, H., op. cit., 128.
147. Amigo de Terencio y muy dado a la literatura.
148. "Porque o amor fraterno, e puro gosto/ De dar a todo o lusitano feito/ Seu louvor, é somente o presupposto/ Das Tagides gentis" (V, 100).
149. Es muy probable que el temor de una "dilución" en Europa lleve pronto a bastantes intelectuales de Estado al redeseubrimiento de viejas raíces "naturales" que hasta ahora podían considerarse irracionales y románticas, propias de "provincias".
150. Por ej., MARAVALL, J. A., *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid 1964, 476-477. Maravall habla sin embargo del "prenacionalismo del siglo XVI" (*Antiguos y Modernos*, Madrid 1986, 348) y de "conciencia protonacional" (Ib., 399); igualmente en *Estudios de Historia del pensamiento español*, Madrid, 1983, passim; los Estados modernos han surgido según él de un "fondo comunitario protonacional" (*Poder, honor y élites*, Madrid 1989, 194); y uno se inclinaría a pensar que, en definitiva, resultaría más claro abandonar una conceptualización demasiado estrecha, que necesitar luego constantemente matizaciones que sí resultan muy oscuras.
151. HUIZINGA, J., "Wachstum und Formen des Nationalen Bewusstseins in Europa", in: *Im Bann der Geschichte*, Nimega 1942. Véase también SHAFER, B. C., *Le nationalisme. Mythe et réalité*, Paris 1964 [orig. ingl., 1955], 57ss., "Comment

- les nations et le sentiment national se sont développés du XIIe siècle au XVIIIe siècle”. Convendrá distinguir sentimiento, conciencia, idea de nación.
152. “La naissance et le développement d’un sentiment national” (1950), *Rev. Hist.* 206-215. “La formation de la nation française” (1950), *Peu. des deux mondes*, 418-435. *Naissance de la France*, Paris 1970.
- 153 *L’Etat au Moyen Age*, Paris 1971.
154. *La société féodale*, Paris 1968.
155. Una investigación similar, de los godos a la nación hispana, cfr. MESSMER, H., *Hispania-Idée und Gotenmythos*, Zurich 1960.
156. VILAR, P., *La Catalogne dans l’Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, Paris 1962.

## ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| En agradecimiento a Pierre Vilar, <i>Joxe Azurmendi</i>  | 7   |
| Historia y sociología ante el fenómeno “nación”, <i>Pierre Vilar</i>                                 | 31  |
| La cuestión nacional, <i>Pierre Vilar</i>  | 51  |
| El hecho catalán, <i>Pierre Vilar</i>  | 83  |
| Topoi nacionales/nacionalistas en el Renacimiento:<br>“Os Lusíadas” de Camões, <i>Joxe Azurmendi</i> | 125 |